



Carlos
Castán **La mala luz**

Lectulandia

La mala luz, de Carlos Castán, autor de otras obras de la narrativa española como *Sólo de lo perdido* o *Museo de la soledad*, es un texto desgarradamente romántico, una novela sobre el deseo y la búsqueda de intensidad. *La mala luz* es la primera novela de un autor que hasta ahora ha generado un grupo de lectores de culto en torno a sus libros de relatos. Una novela muy intensa: romántica, melancólica, oscura, sensual, que consigue un *in crescendo* extraordinario. Un texto empático y turbadoramente poético, duro y enternecedor. Además, es a la vez, un clásico *noir* que se lee en absoluta tensión. Carlos Castán tiene fieles seguidores, lectores que han seguido sus contadas publicaciones con auténtica devoción.

«Querida Nadia. Estimada Nadia. Nadia a secas. Tú no me conoces. Soy amigo de Jacobo. No sé cómo decirte esto. No sé si estás al tanto de que ha muerto. Lo han asesinado, en realidad.» Jacobo y el narrador son viejos amigos que comparten complicidades literarias, filosóficas y vitales. Cuando Jacobo aparece muerto a puñaladas en su casa de Zaragoza, su amigo tomará el relevo de su vida, quizás como última posibilidad de huir de la suya. Así conocerá a una mujer, Nadia, que se convertirá en el centro de su existencia y junto a la que vivirá una investigación obsesiva para esclarecer el asesinato de su amigo.

Lectulandia

Carlos Castán

La mala luz

ePub r1.1

Titivillus 27.05.15

Título original: *La mala luz*
Carlos Castán, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para V.

«Recordaba que mi padre solía decir que la razón de vivir era prepararse para estar muerto durante mucho tiempo.»

W. FAULKNER, *Mientras agonizo*

«Estábamos muertos y podíamos respirar.»

PAUL CELAN, «Recuerdo de Francia»,
La arena de las urnas

«Explicar con palabras de este mundo que partió de mí un barco llevándome.»

ALEJANDRA PIZARNIK, *Árbol de Diana*, 13

I

El monstruo

«El monstruo estaba hecho de miedo.»

WILLIAM LINDSAY GRESHAM,
El callejón de las almas perdidas

(Muerto tras estos ojos)

Los dos nos habíamos mudado a Zaragoza recientemente, en el transcurso de unos pocos meses, primero Jacobo y luego yo, ambos recién separados, todavía con la marca de la alianza en el dedo, ese anillo de piel algo más pálida que funciona para el mundo como una especie de emblema de soledad recién estrenada y moderadamente vergonzante. Supongo que cada uno de nosotros iba huyendo de lo suyo. Él con la intención de iniciar una etapa distinta, tras su jubilación anticipada, y yo puede que de algún modo siguiendo sus pasos, no tanto por el alivio que suponía poder contar con su compañía de vez en cuando, como seducido, creo, por la poderosa fascinación que siempre han ejercido sobre mí los principios, los cuadernos en blanco, las vueltas a empezar, cualquier situación que, de una manera o de otra, pueda relacionarse en mi imaginación con naves ardiendo en remotas bahías o casas dejadas atrás sin previo aviso, como si nada, sin darle a la cerradura las vueltas de rigor, dejando sobre la mesa los platos sucios que se usaron en la cena de la noche anterior. Gente, por ejemplo, que sale de la cárcel o abandona por fin el hospital tras una tortuosa cura de desintoxicación y, con sus cuatro bártulos, alquila una habitación en un lugar desconocido, lejos de todo lo anterior, y coloca en un vaso que hay sobre el lavabo su cepillo de dientes, mete en los cajones unas cuantas mudas, puede que también un revólver o el retrato de una mujer que apenas se sostiene, y abre la ventana para que entre el aire y empiece la película. Y se ven entonces los neones en los muros de enfrente y el ajeteo de un barrio hostil por descubrir en el que habrá que ir poco a poco sentando plaza. Un concurso de traslados en el momento oportuno, la toma de posesión de un nuevo destino administrativo puede ofrecerte algo parecido a eso, la sensación de estar vivo contra pronóstico y de cuaderno en blanco con olor a imprenta todavía, a la espera de cosas y de tinta. Y todo eso a pesar del cansancio y de las cadenas viejas que sin duda aún habrán de arrastrarse enganchadas a los pies.

Cuando Jacobo me contaba los detalles de su mudanza y los primeros compases de lo que parecía una vida nueva en toda regla, no podía evitar sentir cierta envidia, si se trata de llamar a las cosas por su nombre, porque aunque sea de manera intermitente uno siempre tiende a considerar, por instinto de supervivencia, que está a tiempo todavía de dotar a los días que quedan de algo de sentido y construir una nueva torre en medio de la nada para seguir viviendo: ganas a fin de cuentas de otros escenarios, nuevos rostros, la humilde posibilidad de perderme por calles que no supiera exactamente antes de empezar a recorrerlas dónde desembocan o entrar a tomar café en bares en los que nunca antes hubiese puesto los pies, una ciudad al fin y al cabo, con sus bajos fondos y sus salas de cine, su Fnac, sus librerías, sus noches

parecidas a las noches de verdad. Todo como a escala, como de juguete, pero real en resumidas cuentas y a la vuelta de la esquina. En la pequeña ciudad en la que inicialmente vivíamos (desde hace cuántos años, y qué largo cada uno de ellos), la dulce Provincia, es como si se hubiera ido adensando progresivamente, de un tiempo a aquella parte, la nube de hastío que, como de oficio, ya de por sí, envolvía las tardes a partir de cierta hora y nos metía en los huesos esa humedad de vida ya vivida, de tristeza enquistada y repetida, como un extraño rocío vespertino, una especie de sudor al revés que atravesara, de fuera adentro, los poros de todos los muros y de todas las cosas habidas y por haber y las dejara empapadas de vacío y de pasado y de un cansancio antiguo que te obligaba a pasear medio encorvado, a leer sin ganas, a siestas eternas con tal de no ver de qué lamentable manera agonizaba el tiempo bajo esa mala luz que se adueñaba igualmente de la calle que del interior de las casas y los bares.

Nos habíamos conocido años atrás, Jacobo y yo. Durante bastante tiempo nos veíamos prácticamente a diario, la típica cerveza de después del trabajo, más o menos ritual, que se prolonga cada tarde un poco más, a veces hasta la madrugada. Ese descubrimiento recíproco del uno por parte del otro empezó siendo eufórico y vital. Faltaban días para llevar a cabo todo lo que planeábamos hacer, y hasta horas en la noche para enumerarlas. Ese tipo de afinidades son ante todo una cuestión de foco, de visión sobre el mundo: de repente descubres a alguien que no sólo coloca en el mismo punto del espacio la fuente de luz, sino que lo dirige en la dirección exacta en la que tú mirabas. Mucha gente decide salirse del mundo de una manera o de otra, pero no es fácil que dos personas vayan a hacerlo a la vez y por la misma puerta, pasando a verlo todo desde muy lejos e idéntico ángulo. Cuando se da una coincidencia así, es posible despreciar y admirar en armonía todo cuanto va haciendo desfilar ante nuestros ojos el mundo circundante, y reírse de las cosas, especialmente de asuntos medio sagrados para el resto de los mortales, temas intocables, cuestiones delicadas que dejan de serlo de madrugada, como por arte de magia a partir de cierta hora, entre el humo de los bares de los que entran y salen a tropezones clientes con sus historias a cuestas, sombras con gabardina que se pasean por nuestro campo visual y piden copas que beben a solas mientras la música los engulle, personajes de un teatro demasiado pequeño como para ser tomado del todo en serio. A Jacobo le gustaba sobre todo hablar de mujeres, tanto de sus novias del pasado, demasiadas para que mi ajada memoria retuviera la circunstancia y el nombre de cada una con la precisión que él hubiera querido en su interlocutor para no tener que andar repitiendo a cada paso las mismas explicaciones, como de sus conquistas extramatrimoniales más recientes. Su cháchara podía llegar a ser una turbadora confusión de niñas soñadas y señoras como leonas, de hazañas más o menos reales con otras que no pasaban de la categoría de intención o proyecto por madurar, todo un laberinto verbal de carne y fantasía en el que yo me perdía con facilidad entre tanto nombre femenino como se mencionaba, tanta carta de aquí para allá, tanta braga para arriba y para

abajo. Nunca, ni siquiera en el cine, me han parecido tan deseables las mujeres como contadas por Jacobo, ni tan perturbadoras como a través de su boca las hazañas de amor. Le brillaban los labios al recordar alcobas y faldas levantadas en los escondites más precarios, pies desnudos haciendo sus dulces tareas por debajo de las mesas más formales, unas veces historias del pasado y otras de cuatro días atrás, rendiciones y arrebatos, el candor y la furia, el desmayo entre sus brazos de lo que parecían damas de leyenda convertidas de repente, como por el efecto de un beso mágico, en hembras sin más, despeinadas y bellísimas, jadeantes y sucias. Al principio temía que, en justa correspondencia, esperase de mí confesiones similares, con el mismo grado de escabrosidad y detalle, pero enseguida se dio cuenta de que yo estaba lejos de sentirme cómodo hablando de esas cosas, ni siquiera en momentos así, cuando los vasos se vacían deprisa y sé que todas duermen.

En contraste con esa especie de fiesta perpetua, justo en el reverso del coñac y la música, estaba también la que fue desde bien temprano la obsesión de su vida: el horror de los campos de concentración alemanes y todas sus derivas. Su padre había sido superviviente del de Mauthausen, y los años siguientes a la liberación los dedicó, infatigablemente, a dar conferencias y todo tipo de charlas acerca de su experiencia, del deber de recordar y de la extraña culpa por haber salido con vida de un infierno en el que ardieron tantos. Como Primo Levi, cayó en la cuenta del cansancio que terminó por generar en la opinión pública un discurso mil veces repetido, comprobó cómo el mundo dejó de querer escuchar aquel relato de atrocidades fundamentalmente a partir de la guerra del Vietnam, que, como si se tratara de una nueva y vigorosa moda, volvió caduco en cuatro días todo lo relacionado con el espanto anterior. La imagen del horror pasó a ser la del napalm haciendo arder las junglas y no ya más la de los cadáveres desnudos amontonados en la nieve. La Guerra Mundial pasó a ser vieja de la noche a la mañana, y con ella el asunto de los esqueletos andantes, las carretillas llenas de pellejos con rostro, los trabajos forzados, los hornos crematorios y las cámaras de gas. Y también como Primo Levi, acabó sus días dejándose caer por el hueco de la escalera, harto de salas vacías, de oídos sordos y de los ecos terribles de su propio silencio. El legado que recibió Jacobo de su padre, por encima de todo lo demás, fue la culpa. Difícilmente podía perdonarse no haberle escuchado a su debido tiempo más y mejor, haberse hastiado sin disimulo de prestar atención, desde niño, a las mismas historias que solían acabar en un baño de lágrimas que se le antojaba tan patético como insoportable. Uno se harta siempre de las pesadillas de los demás y de los gritos de madrugada en la habitación de al lado, provengan de quien provengan. Se puede escuchar durante un tiempo, tomar la mano, deshorarse por completo, ofrecer un calmante, un vaso de agua, pero si se quiere de verdad simplemente continuar viviendo no queda otro remedio que terminar por colocar algún tipo de barrera a todo eso, cerrar los oídos y, de una manera u otra, alejarse. Irse de allí, dejar solo al que gime. Es como abandonar a un herido en la cuneta cuando el enemigo se aproxima a pasos agigantados y carece de sentido correr

el riesgo de quedarte a contemplar cómo se desangra del todo. Sólo después de morir su padre, Jacobo se interesó de verdad por la historia que contaba aquel hombre derrotado que lloraba con todas las películas, incluso con las comedias *screwball* más desenfadadas, que se hundía en el sofá, que se quedaba inmóvil a veces, mirando al vacío, con la cucharada de sopa detenida a mitad de camino entre el plato y su boca. Lo leyó todo al respecto, lo divulgó como pudo y trató de hacer suya la visión del espanto. Sentía que le debía a su padre las pesadillas que vinieron después, el insomnio, los miedos, las sombras de verdugos rondando la noche entera por cuartos y pasillos. Yo diría que de algún modo extraño llegó a amar ese sufrimiento heredado que entre toneladas de horror le devolvía algo de la ternura del padre, un cierto olor de hogar, el perfume de los viejos castigos soportables y justos. Hay quien conserva como oro en paño el reloj de bolsillo de un ser querido, un retrato, una estilográfica antigua o un mechón de pelo a modo de reliquia: Jacobo en cambio tenía ese miedo. Y lo cuidaba a su manera, lo alimentaba con fotografías y recuerdos y libros. Al principio, cuando me hablaba del tema yo me incomodaba un poco y tendía a bajar la mirada sin terminar de saber qué actitud tomar, como cuando de niño tienes que dar el pésame a un compañero de clase que ha enterrado a su madre hace dos días. Nunca sabes si es mejor el silencio o las palabras ante la tragedia, abrazar a alguien, regalarle tu bocadillo o sencillamente dejarlo solo. Sin embargo Jacobo, como si tuviera la lección bien aprendida, tenía cuidado de no insuflarle al asunto una gravedad especial en nuestras conversaciones. Prefería poner el acento en cuestiones más o menos genéricas que le interesaban, tales como las reacciones humanas ante situaciones límite, la supervivencia, el aguante, la fuerza del rencor. Y era increíble la naturalidad con la que de esa cuestión pasábamos a otra cualquiera en nuestras conversaciones; sin darnos cuenta ya estábamos hablando de nuevo de los pequeños chismes del mundo circundante, de música y mujeres, de viajes que haríamos un día y de todos los cartuchos todavía por quemar.

Con todo, creo que al final no acertamos a ser buenos el uno para el otro. Sin querer, nos arrastrábamos mutuamente hasta nuestros correspondientes pozos, imantados por la negrura del otro y la fuerza de sus vórtices. Nunca supimos ayudarnos de verdad en lo que realmente importaba, más bien nos comportábamos como esos hombres que se ahogan en el mar y que al sumergirse se agarran a sus salvadores de tal modo, con brazos y uñas, que acaban por arrastrarlos con ellos hasta el fondo. Sin decirnos nada, como por instinto, dejamos de vernos tan asiduamente y otra vez el tedio volvió a envolverlo todo. Así estaban las cosas en los meses anteriores a abandonar mi casa y así continuaron después, en la época del apartamento alquilado a toda prisa, la soledad brutal, las persianas bajadas y los cerrojos echados de noche y de día, como si sirvieran para algo todas esas cautelas y las sombras no pudiesen atravesar paredes y poros.

(La vida entonces)

Y más o menos así era la vida entonces, antes del traslado. Unas calles heladas y desiertas, un piso recién alquilado con los muebles de otro, el silencio, las horas bajo la bombilla pelada en el techo del salón, el sinsentido que parecía haberse ido posando sobre los objetos, despacio, como se forma sin que nos demos cuenta una capa de polvo, apoderándose de ellos, envolviéndolo todo en una especie de gasa manoseada y gris. Así eran entonces los días de mi vida. Las tardes en casa, sobrecogido. Me siento a veces a la mesa delante de un plato, sin hambre de ninguna clase. Soy la madre de mí mismo, soy a la vez el muchacho que se hunde y la voz que le dice que trate de animarse, que se venga para arriba de una vez, que se cuide un poco, que se meta en la boca, aunque sea sin ganas, unas cuantas cucharadas de arroz, otra más, que verás cómo te sienta bien, que veré cómo me sienta bien. Recuerdo el miedo que yo era, hecho carne, el amasijo de nervios, y cómo me notaba a mí mismo más o menos como se percibe un temblor, los movimientos bruscos de un corazón agotado que dentro del pecho parecía ir cambiando constantemente de postura sin terminar de encontrar el sitio. Me veo sentado en la butaca junto a la puerta de cristal que da a la terraza, con el abrigo puesto y abrochado hasta el cuello. No sé si no puedo o no quiero moverme. Es difícil saber eso, sencillamente no me muevo. Me sobresalta cualquier ruido procedente de la calle o de la escalera, el timbre del portero automático cada vez que lo aporrea un cartero o los repartidores de propaganda. Y recuerdo el pavor a volverme loco, a no saber regresar, y también algunas partes del discurso inconexo que se hilaba en mi cabeza, salpicado de interferencias y de ladridos y de música hiriente y preguntas borrosas: quién se me llevó, y adónde, que no me noto aquí, en esta voz que por momentos se pone a hablar sola en mitad de la tarde pronunciando nombres de gentes que se fueron, ni en la mano que traza casi sin darse cuenta estos signos de tinta alucinada (palabras en el idioma tan universal como confuso del temblor) que no es posible descifrar después; ni me encuentro tampoco en estas pobres líneas que me buscan, que sobre las hojas de un cuaderno se preguntan nerviosas por mí, por mi paradero, por qué andaré haciendo a estas horas por qué mundos de Dios, por qué caminos. Y aunque sé que soy a la vez el prisionero evadido que corre sin descanso con los pies heridos y la cuadrilla que, armada hasta los dientes, trata de cercarme y me azuza su jauría, no reconozco como míos los pasos que me buscan en hoteles húmedos, en puertos, en calles solitarias, en camas revueltas, en recónditos bares (de esos en los que solamente se está una vez porque es imposible volver a dar con ellos, como si quedaran tras nuestra marcha sumergidos en una niebla que no es de este mundo). Ni me veo tampoco en la angustia que me va

llamando porque se hace tarde y no aparezco, y grita un nombre que es el mío, o lo fue al menos. Lo repite cada vez más fuerte, cada vez más rota la garganta hasta no ser más que un puro gemido recorriendo los pasajes del laberinto, las orillas del pantano, los bosques de la noche: el llanto de un monstruo que me recuerda.

Suena el teléfono a veces, no demasiadas veces. Algunas no respondo, sencillamente no soy capaz de contestar. Hablar me parece un ejercicio tan imposible como inútil. Otras sí descuelgo el aparato rogando para mis adentros que no sea nada, que se hayan equivocado de número y en realidad nadie me busque ni quiera nada de mí. Tengo miedo de lo que la voz, sea la que sea, pueda evocarme desde el otro lado de la línea, de las cosas que mencione, de las personas que nombre y de los recuerdos que todas esas palabras puedan llegar a desperezar. Tengo miedo de que me hagan llorar. No hay voces amigas ahora. Ni las hay ni las concibo. No existe tal cosa en este momento. Todas, de una manera o de otra, conectan directamente con el mundo, con ese rumor nervioso e insoportable en que se ha convertido el mundo al otro lado de la ventana. Me asomo a mirar de tanto en tanto. No suele haber más que un vacío helado por el que de vez en cuando atraviesa un coche. Va cambiando la tonalidad de los grises según el momento del día. La peor es la que se corresponde con la hora en que la actividad parece haber terminado y sin embargo no es del todo tarde. Las tiendas permanecen abiertas todavía, se ven luces encendidas en algunas ventanas, siluetas de gente que empieza a poner la mesa, el ruido de los platos y de los cubiertos; por la acera de enfrente un niño se encamina solo hacia su casa de regreso de alguna academia con una mochila a la espalda. Allí afuera, en donde ahora se divisa sólo esta acuarela oscura batida por el viento, hasta hace poco estaba mi vida, una vida de la que me he resbalado como un anciano en una senda cubierta por el hielo. Estoy en la casilla de las tibias y la calavera, no recuerdo cuántos turnos me toca permanecer sin jugar.

Me engancha en las palabras, hay algunas que se quedan agarradas en algún lugar del cerebro y por más que lo intente no se van. Pienso en la palabra *hogar* mientras la radio da noticia de la ola de frío siberiano que ha entrado en el país durante la noche, mientras yo daba vueltas en la cama buscando la postura con la que coger el sueño: los puertos de montaña cerrados, las clases suspendidas en algunas ciudades del norte por causa de la nieve, la sugerencia de no utilizar el coche salvo en caso de extrema necesidad. Me quedo pensando en esa expresión, «extrema necesidad», y estoy a punto de llorar de nuevo. El hogar es un niño en pijama que corre a deshora por el pasillo y también la voz que desde la cocina le dice que no camine descalzo si no quiere resfriarse, que se termine el vaso de leche y se meta en la cama de una vez. Una cama con cuatro esquinitas, un libro ilustrado en la mesilla. Extrema necesidad. Miedo de repente a la ternura que me trae una imagen como ésa. Pánico en realidad porque sé que, aun con toda su estúpida simpleza, cuando la ternura derrota, lo hace de verdad: no sé qué mierda de hilos mueve por dentro la simple visión de un juguete abandonado en un rincón, un lápiz de colorear que aparece de pronto donde no

debiera estar, el cromo de un futbolista que sale envuelto en bolis de polvo al barrer debajo de la cama. No sé qué incendiarias teclas pulsa todo eso. Extrema necesidad: una mejilla suave a la hora de dar las buenas noches, el olor a frambuesa del dentífrico infantil que envolvía ese beso que ya no más. Durante el paseo, en la mesa de novedades de una librería me detuve en un álbum que recogía gran parte de la obra del fotógrafo Lewis Hine. En una de sus páginas, abierta al azar, me aguardaba una imagen para la que en esos momentos me encontraba indefenso (me pasa a menudo, miro muchas cosas que no debiera): un niño, vendedor ambulante de periódicos en los años de la Gran Depresión americana, se ha quedado dormido, agotado del todo, en la escalera de un edificio, sentado en uno de los peldaños y con la cabeza apoyada en la pila de los diarios sin vender que ha colocado un par de escalones más arriba a modo de almohada. No hay en la imagen más drama que un niño vencido por el cansancio que se esconde de los ojos de su empleador para reponer parte de las fuerzas que se ha dejado voceando la prensa por aquellas barriadas de aceras rotas, en las paradas de autobús y a las puertas de los edificios de oficinas. No hay en la foto herida alguna ni rastro de llantos ni torturas. No hizo falta nada de eso para que, en su momento, al contemplar aquella instantánea supiese con certeza que si, por un casual, aquel niño hubiese sido uno de mis hijos, no me hubiera sido posible dedicar ni un instante de mi vida futura a otra cosa que no fuese apedrear cristaleras, poner bombas a diestro y siniestro, asesinar cancilleres, incendiar palacios hasta caer abatido por el disparo certero de un tirador de élite parapetado tras la puerta abierta de un coche patrulla. La conclusión de esta mezcla confusa de recuerdos e ideas que actúan como si tuviesen vida propia y se posan a veces como cuervos sobre mis sesos es que las cosas por las que daría mi vida no las tengo ya. O las he perdido o me he perdido yo, pero el caso es que extendiendo las manos y no toco nada.

Dice la radio que la ventisca que ahora golpea mis cristales hace una veintena de horas atravesó Moscú. Llega a mi casa tras dejar blanqueadas las cúpulas del Kremlin y atravesar una Europa nocturna y humeante con millones de calderas de calefacción trabajando a toda máquina mientras los hombres duermen. Hace un frío enorme en esta parte del planeta. Salvo bajo el montón de mantas donde permanezco quieto en posición fetal, todo es noche y escarcha, carámbanos en los aleros, agua que se hiela dentro de las tuberías, cachorros congelados en las madrigueras. Todo silba, todo ruge ahí fuera.

Es casi imposible defenderse de la angustia cuando se trae como aliados todos los recuerdos en masa, sin clasificar, como un montón de flechas disparadas al unísono sin apuntar del todo, a ver cuál de ellas es la que logra atravesar algo de carne allá a lo lejos, cuál destroza un nervio, cuál revienta un ojo. En mis sueños me buscan ejércitos de perros y linternas, no dejan de gritar mi nombre, mis apellidos, mientras tiemblo agazapado entre los arbustos, intentando contener la respiración, no moverme en absoluto, no toser. Me despierto muchas veces en mitad de la noche, no siempre recuerdo qué estaba soñando exactamente en el momento en que me incorporé de

golpe. Tengo que levantarme entonces, encender alguna lámpara, lavarme la cara. El corazón sigue latiendo a toda velocidad. Sólo sabe trabajar en una dirección, el pobre, y en su empeño de remar siempre hacia mi supervivencia, independientemente de que sea ésta razonable o no, se convierte en aliado de las tormentas. Bombea sangre sin parar, no puede hacer otra cosa, la manda hasta los vasos más lejanos a él, a las puntas de los dedos de manos y pies, al temblor de los sesos, y eso equivale a alimentar también el incansable flujo de imágenes en la mente, palabras y fantasmas, recuerdos en jauría, los rostros de quienes más echo de menos, algunos que ya se han ido del mundo para siempre y otros que ojalá lo hubieran hecho tiempo atrás, ojos que un día me miraron con amor. De vez en cuando hay instantes de tregua pero nada tan frágil y esquivo como esa calma engañosa. Se me ocurren a veces posibles abrigos contra el desasosiego, escondites que apenas ensayo se revelan inútiles de todo punto. En busca de refugio la querencia natural hace que me incline hacia los libros que en otro tiempo, en caídas pasadas, en derrotas ya medio olvidadas, acertaron a devolverme a la vida. Pero mi capacidad de concentración es casi nula ahora. No me sirve, por tanto, una historia completa en la que zambullirme puesto que de todas salgo despedido quiera o no quiera, sino en todo caso un ambiente, un aire, una prosa medianamente habitable, cualquier pasaje aislado de un contexto que por un instante pueda crearme el espejismo de que despego de la amargura en la que se hundan mis pies al querer caminar y al menos en parte logro por unos instantes arrancarme de mí. Persigo en las palabras una familiaridad antigua, un aire hogareño por así decir, una calidez que aunque termina siempre por revelarse efímera y esquiva, logra por momentos el espejismo de alto el fuego provisional en medio de la inacabable batalla que libran mis nervios contra sí mismos. Con el mando a distancia de la televisión, busco canales en los que pongan películas clásicas o, en todo caso, que se hubieran estrenado en España como tarde en los setenta, sólo por escuchar las voces de los dobladores de entonces. Ese sonido me resulta especialmente entrañable. Sean las que sean las palabras que salgan de esos labios que nunca aparecieron en pantalla y que ahora estarán muertos, me devuelven a la salita de casa de la abuela, al chocolate rancio y la lata de leche condensada, a las galletas cogidas sin permiso de un bote de aluminio que había en la alacena, somnolencia de domingo después de cenar con el fantasma del lunes acechando ya a la vuelta de unas pocas horas de sueño inquieto, un sofá de escay verde que se cae a pedazos y los tiroteos en blanco y negro sacándome del mundo gloriosamente, los diálogos de amor, los rascacielos, las rubias, las persecuciones.

3

(Volver a casa)

En aquellos días se produjo el espectacular accidente de la mina chilena. Treinta y tres trabajadores quedaron atrapados a setecientos veinte metros de profundidad. El mundo siguió en directo y con el corazón en un puño aquella tragedia con la que, durante setenta días, abrían todos los informativos de televisión a lo largo y ancho del planeta. Y la prensa escrita, y las emisoras de radio. No se hablaba prácticamente de otra cosa. Primero consiguieron abrir una vía por la que los equipos encargados del rescate podían introducir desde el exterior los medicamentos y víveres considerados de mayor urgencia. Y entraron también en comunicación directa y fluida con los atrapados, auscultaron su miedo, divulgaron su esperanza de salir de ahí con vida, sus conatos de despedida en los momentos más negros, sus mensajes de amor, sus poesías torpes, llenas de un candor que, en su sencillez, sobrecogía: puro terror naïf. La gente se preguntaba qué podría sentirse atrapado debajo de una ladera, con toneladas de tierra encima y toda la incertidumbre acerca de volver a ver algún día la luz del sol y todo lo que normalmente baña. Fuimos sabiendo poco a poco de los casos particulares, los nombres y las circunstancias de los mineros que habían quedado encarcelados allá abajo, casi rozando el infierno. Las imágenes televisivas mostraban la desesperación de los familiares que seguían las operaciones lo más encima que se les permitía, día y noche agarrados a las vallas de alambre que delimitaban el perímetro de seguridad. Tanto fuera como en el interior de la galería derrumbada, el lema al que todo el mundo se agarraba era «volver a casa». Como marines heridos en los hospitales de campaña de Vietnam que en su delirio sueñan con las luces de las avenidas un sábado por la noche, su olor a hamburguesa y a música y a sexo. Volver a casa.

Yo estaba seguro de que entre esa treintena larga de hombres tendría que haber al menos uno que, tras los recibimientos de rigor ante las cámaras y las celebraciones oficiales, una vez desembarazado del agobio de autoridades y enviados especiales, las felicitaciones, los micrófonos amontonándose ante su boca, regresaría a casa solo y encontraría en ella cada objeto exactamente en el lugar donde lo había dejado, un vaso de agua llena de agujeros de polvo en la mesilla de noche, justo en el sitio en el que él lo había puesto; sobre la mesa de la cocina seguramente un plato sin recoger con las sobras, invadidas ahora por el moho y las hormigas, de una cena de más de dos meses atrás. Todo exactamente como se había quedado cuando salió a trabajar aquella mañana, las persianas bajadas hasta ese mismo punto, las puertas entreabiertas, la cama deshecha, una toalla en el suelo del baño. No podía dejar de identificarme con ese minero al que, de regreso, según entrara por la puerta, se

tragaría el silencio de su propia casa, un par de cuartos destartados en la ciudad de Copiapó, pongamos por caso. Me preguntaba en qué habría pensado esos dos meses largos enterrado allá abajo, cuando los demás hablaran de volver a casa, de escenas medio navideñas y el propósito colectivo de recuperar el tiempo perdido si salían con vida, lo que de verdad vale la pena, la feria, los caballitos, los domingos merendando en el campo la familia al completo, una buena parrillada, lavar entre todos el coche en el arroyo; nada de pisco nunca más, nada de nada nunca más, arropar a los niños solamente, llevarlos a pasear los domingos por El Pretil o por el parque Schneider, agradecer a Dios cada mañana nueva, cada soplo de aire limpio, y la luz, sobre todo la luz, disfrutar de lo poco, de lo tanto. Soñaría quizás con que alguna antigua novia se hubiera enterado de ese encierro y de que allí estaba él, o cualquier viejo amigo de los tiempos de la escuela que ahora no recuerda pero quién sabe, o algún compadre de las farras de antaño, le estuviera esperando allá arriba, en la superficie de oxígeno y estrellas con una buena botella para celebrarlo. Mentiría contando a sus compañeros de encierro que alguien le aguarda, que no da del todo igual que viva o que se muera, que existe a quien le importa la suerte que corra ese pellejo reseco, desnutrido, manchado de tierra y polvo de cobre. Yo pensaba en él por las noches, en ese hermano chileno. Se me apareció en sueños más de una vez y filosofábamos tímidamente a base de frases cortas y largos silencios como hacen algunos hombres sabios al final del día, junto al fuego, una vez encerradas en sus establos todas las reses. La vida dura mientras alguien te espera y lo demás es ya supervivencia, decía, aunque sobrevivir a secas no deja de tener también su chiste y su arrebató. A pesar de que yo sabía que la mina era de cobre y no de carbón, se me aparecía siempre con la cara tiznada como los guerrilleros que planean tender una emboscada en la oscuridad de la jungla. También lo visualizaba siempre con las manos sucias y las uñas negras. No estoy seguro de que tuviera razón mi hermano chileno en aquello de las esperas y la supervivencia pero llegué a tomarle cierto afecto a aquella sombra carbonizada que fumaba mirando al suelo y cebaba mate amargo dentro de mis sueños.

Al contrario de como solía sucederme normalmente, esa aflicción de entonces era una pena que venía prácticamente sin palabras, un dolor desnudo que no encontraba los términos adecuados, algo comparable a un desgarramiento animal con toda su incomprensión y su descomunal alarido, igual que un perro que despierta de la anestesia bajo cuyo efecto acaban de extraerle un riñón de mala manera. En la mente sólo los objetos a secas, extrañamente desnudos, como si hubiese resbalado de ellos la pátina que tienen de connotación o recuerdo, el aburrimiento de los paseantes al otro lado de la ventana. Es un dolor líquido que va anegando el lenguaje, que inunda el pensamiento entero como una ola sucia, disuelve los conceptos, moja el nudo de cables y pudre las conexiones. No podrá haber alivio hasta que las palabras vuelvan a respirar como antes y a abrirse paso otra vez y los sonidos y los signos de tinta recobren nuevamente algo de su significado. Atardece. No quiero pensar en ella. En algún lugar ahora mismo se mueven sus manos, sus músculos faciales, sus pies

pequeños. En algún lugar real, me refiero, de ahí fuera, además de en estos latidos enfermos de donde nunca se van. Y por lo demás, la lobotomía como objetivo supremo, la televisión, el móvil desconectado y los cerrojos echados con rabia, con estruendo, hasta alcanzar el tope. Cerrar con llave por dentro como no había hecho antes en toda mi vida. Si hay algo dolorido en mí es el cerebro. Pido que cesen los recuerdos, ruego inútilmente que callen de una vez todos esos ladridos en el sótano. Es en vano. Imagino que fuera posible acariciar un cerebro vivo, masajearlo suavemente, aparte, quiero decir, de como metafóricamente consigue hacerlo a veces la música o los susurros, y me figuro una mano con las uñas pintadas que roza el mío mientras yo permanezco con los ojos cerrados, inmóvil como cuando un extraño te afeita a navaja. Me unge con aceites, aromas y bálsamos y lo embadurna todo con pomadas frescas, recorre con las yemas de sus dedos mis sesos agotados y malheridos, muy despacio, las hendiduras, las grietas más oscuras una por una, los vasos capilares con cuidado de que alguno no vaya a romperse y se inunde todo de sangre ya más de lo que está.

Días también de pastillas para llamar al sueño cuando ya ninguna otra cosa lograba hacer efecto a la hora de aplacar esa amargura tenaz que se enquistaba dentro; ni poesía oriental, ni velas de vainilla ni escuchar la música de antes de que se desatara todo este desastre, cuando las cosas estaban en orden y la angustia no pasaba de ser un vértigo más o menos impostado, una manera de estar en el mundo, voluntariamente escogida, que tenía que ver con la estética del pesimismo, los ecos de un Schopenhauer mal leído sonando de fondo, como un violonchelo oculto en las sombras, y ese universo bellísimo y oscuro, desbordado de venenos y paseantes solitarios, putas de Brassai, bebedoras solitarias de Picasso o Degas, licor salvaje, lluvia en los callejones, un *blues* que estremece de pronto la noche más helada. Hasta que me quedaba dormido, poco a poco, mientras me acariciaba los brazos y los hombros susurrándome a mí mismo el «Recuerda, cuerpo» de Kavafis, esa bellísima oración de los amantes desgastados, de quienes duermen solos ya demasiado tarde, pasada cierta edad, pero acompañados siempre de la memoria de un ayer desbordado de batallas de amor en noches que se fueron, sobre cientos de sábanas bajas de todas las medidas y colores sobre las que quedó en forma de cerco el rastro de nuestro sudor más entregado, y en los lavabos llenos de grafitis de antros inmundos y en coches aparcados bajo los árboles y en pajares forzados de una patada en la puerta, sobre montones de heno y bajo doseles plateados alguna que otra vez, con la cubitera al alcance de la mano y velitas encendidas hasta el amanecer. Retales confusos de un recuerdo que a veces regresa aunque no se le llame, poderoso y terso, en la penumbra de alcobas mal ventiladas que huelen ya sólo a un sudor muy distinto al de entonces y a jarabes y a virus y a vestido de noche guardado en un baúl.

Además, el abatimiento en que me había sumido aquella separación se debía no tanto

a mi percepción del presente, que de hecho poco me importaba a esas alturas, sino a la imagen que me proporcionaba de mi propio pasado, de todos los tumbos dados hasta llegar allí, a los que arrancaba de cuajo toda posibilidad de sentido. Hay una pesadilla infantil, bastante universal y recurrente, en la cual el niño llama a sus seres más cercanos, a su madre, a su padre, pero éstos se comportan como si no lo viesen, hablan entre ellos, hacen sus cosas, pasan de largo: esto era bastante parecido, la sensación de estar gritando «Soy yo, ¿no me reconoces?, soy el mismo, soy el de siempre, ¿no puedes verme?, soy yo», pero la mirada que buscas te atraviesa sin reparar en ti, como una espada ciega, y tus palabras suenan igual que las de un loco que lo soñó todo, que se inventó una vida que nadie recuerda, que para todo el mundo es mentira aunque tus arrugas demuestren que lamentablemente el tiempo transcurrió de verdad. Lo tremendo no era comprender de pronto que lo que yo había tenido durante tanto tiempo como la pieza más importante en el rompecabezas de mi biografía se hubiera desgajado de mí como si nada, de la noche a la mañana, con esa facilidad hiriente, sino entrever por vez primera que cuando algo o alguien te arruina de verdad la vida eso es para siempre: solemos pensar en los años perdidos siempre en referencia al tiempo que quedó atrás, pero lo verdaderamente terrible son los años perdidos por venir. Todo lo que llegue vendrá más pálido y más débil, si es que no nace muerto. Ahora veía claramente la enorme fragilidad de lo que hasta hacía poco se presentaba ante mis ojos como indestructible. No me dolía estar solo pero sí la certeza de que, de una manera o de otra, ya siempre iba a estarlo en lo sucesivo en la medida en que a cualquier mujer que en el futuro quisiera acercarse a mí, por desnuda que acudiera, por transparente que trajese la mirada, no sabría verla más que como a la desconocida indiferente y desmemoriada en la que tarde o temprano llegaría a convertirse sin lugar a dudas, una extraña jugando a fingir que todo da igual, que yo nunca fui nada, caminando por distintas aceras de mi misma ciudad, entrando y saliendo en otros momentos de los bares y tiendas que frecuento, pasando de largo delante de mi puerta sin siquiera darse cuenta; alguien para quien un día habré muerto sin haberme muerto como he muerto ahora sin funeral, sin tierra, sin apenas nada, en una asimétrica despedida en la que el duelo corre sólo por cuenta del que se va: todas las lágrimas están dentro de la caja, fuera del ataúd no hay ninguna, allí la primavera ruge como una pantera en celo y el tiempo que queda parece el de una fiesta a punto de empezar.

Y es duro morir a veces, sobre todo cuando tras esa frontera oscura, al otro lado de la alambrada tendida en las tinieblas, en lugar del alivio de la nada lo que aguarda son otra vez los días y el cansancio, los trabajos, el aire doliendo dentro del pecho. Irse y seguir estando, eso es lo insufrible, estar pero haberse ido. Como dijo Celan en su poema «Recuerdo de Francia», «Estábamos muertos y podíamos respirar». Muertos tras la mirada, que no se ha apagado, tras unos ojos que continúan contemplando un escenario aunque éste se muestre ya tan vacío como una estepa nevada, un laberinto en forma de explanada o de ciudad fantasma con sus cañerías

secas, sus estaciones de tren abandonadas, las matas de hierba creciendo entre los raíles, templos llenos de telarañas como en un tiempo posnuclear, aire como de prórroga innecesaria, un puñado de páginas añadidas de mala manera a un relato agotado. Muertos, nos cruzamos a veces con otras personas que quizá también se tambalean avanzando a tientas, hipnóticamente, al recorrer sus propios pasadizos invisibles como sonámbulos en medio de la niebla, pero ni siquiera las vemos, no podemos verlas porque esta extraña muerte, como el viejo dios aristotélico, es pensamiento que se piensa a sí mismo, puro bucle de fiebre y obsesión.

Aun así, hay algo de reconfortante en la idea de abandonarse a la muerte, de descontraer por fin los músculos tras largos días de esfuerzo titánico y simplemente dejar de luchar. Meterse en la cama a morir es algo hermoso. Enseguida se dibujan en la mente los detalles de una habitación de hotel, un teléfono mal colgado en la mesilla, el aroma del Chanel número 5 sobre la piel desnuda. Un mundo más que cruel al otro lado de los cristales, una herida bella, una fragilidad que por fin cede y se rinde a lo que sea, un ser suave que no puede más. En el cuarto de baño contiguo, al otro lado de una puerta entreabierta con molduras blancas y picaportes dorados, queda una bañera llena de espuma en cuyo borde alguna de las velas permanece encendida. Cuando ese montón de espuma se haya terminado de enfriar del todo habrá llegado la muerte. Entretanto sólo el olor de la almohada a jabón de glicerina o al suavizante de la lavadora que le sirven al por mayor a la cadena hotelera. El reloj todavía en la pulsera, la fina cadena de oro rodeando aún el cuello, la respiración que se va ahondando progresivamente, el sueño que sobrevuela ya las calles de la infancia, las huidas de entonces, un colegio destartado en el barrio de Tetuán, los bocadillos de margarina y chorizo de Pamplona con el pan de ayer, el descampado donde me convertía los sábados por la mañana en José Eulogio Gárate, la sed, los frutales del verano, las pozas, las zarzas, el olor de las higueras, su savia espesa como el semen de un ogro, las espinas de moras y rosales, las rodillas teñidas de rojo con mercromina, las pedradas recibidas, las noches de añoranza en los campamentos de los *Boy Scouts* (mi ciudad sin mí, lejos, iluminada en mitad de una llanura, más allá de todas aquellas lomas sin nada, de esa sucesión inacabable de matorrales y laderas negras bajo la luz de la luna), los nudos de marinero, los días que no corren, las almendras amargas. Y también todo lo que vino inmediatamente después, los agravios, el vértigo y la náusea, la noche como territorio de ladridos y de ojos abiertos como platos atónitos en la oscuridad, tras de cada piedra, colgados de las ramas, vigilando desde todas partes; el viejo e inevitable amor por todas las huidas a través de carreteras infinitas o sin moverse del sitio, volando en el pensamiento, estrangulando enemigos, rompiendo rabioso cadenas y cerrojos, escabulléndome de la fiebre, del dolor de huesos, de la vergüenza; y el amor también, terriblemente loco, por todos los venenos, escondrijos y submundos, Bataille ahí, sus versos prestados una vez más, una última vez, *tu es l'horreur de la nuit, je t'aime comme on râle*, te amo como se agoniza. Tú eres la inmensidad del temor. Ver en la dentadura del

monstruo el reflejo de la boca que amaste tiempo atrás, y en su zarpa los dedos de agua que un día te abrieron el corazón como un cuchillo dulce. Y *Verrà la morte e avrà i tuoi occhi*. Y percibir confusamente, a través de las imágenes diluidas del delirio, cómo lo terrible se va volviendo suave para ti al tiempo que le nacen garras a lo bello y ya todo es lo mismo y ya todo da igual.

No deja de ser una idea adorable esa de meterse entre las sábanas, recién duchado con el gel más caro, por última vez. Uno puede acurrucarse contra ella, contra esa idea, estrecharla como un niño abraza en la cama a su muñeco de trapo o un insomne angustiado aprieta su ansiolítico debajo de la lengua, con esa misma desesperación y ternura, y notar la suavidad con la que, de adentro afuera, lentamente, la muerte te desborda. Borrar, como el suicida de Borges, cada cosa y la suma de las cosas: «no quedará en la noche una estrella, no quedará la noche». Ir olvidándolo todo, los golpes, los desprecios, las cicatrices más recientes y las más antiguas, rosadas, hipertróficas. Notar cada vez más cerca el olor de los fúnebres ramos de Rubén Darío, la cera fría, el terciopelo negro y también los pájaros de Juan Ramón, esos que tras la ventana se quedarán cantando. Y en el último instante perdonar a Dios, amar las ruinas a falta de otra cosa, los despojos que quedan, los fragmentos, el futuro como el mapa de un tesoro ardiendo dentro de la bañera; y contemplar, desde esa indulgencia que sólo da el cansancio, con una mirada que se parezca cuanto más mejor a la dulzura, la consumación de tanto desastre.

Aunque no es raro que en situaciones así uno se plantee la posibilidad de sustituir esa agonía estéril por algo con mayor empaque. Algo de peso, algo grande, sublime a poder ser. No deja de ser humano y a menudo ocurre: no es difícil que la pregunta trampa se abra paso por sí sola: si ya se ha producido lo más difícil, que es la renuncia a continuar con la vida tal como la conocíamos, si nos habíamos ya despedido de todo y ese adiós era sincero, ¿por qué no aprovechar esa rarísima y tremenda libertad, ese desapego imposible de alcanzar por cualquier otro procedimiento, para hacer aquello que a causa del miedo se quedó sin hacer? El fracaso peor, la muerte misma, eso ya lo tenemos. De hecho estábamos a treinta minutos de ella hace apenas un instante, con todos los envases de medicamentos dispuestos sobre la mesilla, como en exposición. Pensamientos así son la fuerza real e invencible del kamikaze, el valor del héroe sacrificado, la energía exenta de temor de quien comprende que el nuevo día ya no le concierne, que no va con él su sucia luz, que el tiempo ahora es un vasto país extranjero, y se instala en una prórroga que le coloca en situación de reírse, si quiere, de todo a carcajadas, incluso de lo que más temía; de estar sin estar, de vaciarse a raudales de cautela y de vergüenza en una hemorragia en la que van también los proyectos y recelos, los viejos sueños, el espanto y el orgullo. Se abren muchas llaves a partir de aquí, todo un abanico de posibilidades diversas pero que tienen en común la fuerza de esa libertad amarga y salvaje, del desapego triunfante de un espíritu recién liberado del instinto que acaba de descorrer el velo que ocultaba un mundo vertiginoso: puede uno jugar a

autodestruirse de un modo menos triste que acostado en una cama saliéndosele el valium por las orejas: en plan *Leaving Las Vegas*, por ejemplo, gastar hasta el último céntimo en las copas más caras, rodeado de putas y de luces de neón; o escribir en un cuaderno, como en *Mi vida sin mí*, la lista de cosas que se quedaron sin hacer, pequeñas curiosidades y caprichos del tipo ver amanecer en tal lugar del mundo o contemplar el ocaso en la otra punta, desayunar champán con ostras, por decir algo, bucear en el Caribe o correr descalzo por la nieve bajo la luna llena, cualquier cosa. Todo eso suponiendo que tenga algún sentido hacer lo que ya nunca podrá repetirse ni recordarse ni mucho menos ser contado. Puro espectáculo para los ojos de nadie, como un poema escrito sobre una roca perdida en un idioma que la humanidad ya hubiera olvidado.

Y está también la opción de ser otro o de intentar al menos jugar a eso, de emigrar con lo puesto a cualquier lugar al otro lado del océano, a México D. F. por ejemplo, donde el miedo se desplaza en taxis verdes, despavoridos, a cualquier hora y en cualquier dirección, y todo es salvaje y es verdad. Aterrizar un día allí, alojarme de nuevo en el hotel Milán, en la colonia Roma, pagarme un par de noches como máximo para reunir fuerzas y lanzarme desde allí a mendigar por las calles hasta que el corazón reviente, recoger cartones, descender a los infiernos, llenar cuartillas como hacían Jean Genet y el bueno de Jean-Paul Clébert, que anotaba, con su caligrafía menuda y apretada, en cualquier envoltorio, hasta en paquetes de tabaco desarmados, las hazañas de la vida vagabunda, su mísera poesía, toda esa monserga naíf de la libertad bajo un dosel plagado de estrellas, pero también el vértigo de negarse a entender otra cosa que no sea el momento que se está viviendo, el latido actual, la cena y el polvo de esa misma noche, el vino recién robado entrando por la garganta como una bendición, la compañía a un tiempo peligrosa y tierna de quienes apenas se hacen preguntas bajo las alcantarillas del mundo. Cambiarme de continente es lo más parecido que se me ocurre a que ella no hubiera nacido nunca.

Quizá pudiera ir a Zipaquirá, como alguna vez he pensado. En esa ciudad colombiana, de regreso de Vilha de Leiva, desde el taxi que nos devolvía a Bogotá un domingo por la tarde, me vi. Y de una forma tan clara que no me dio tiempo a reaccionar ni a pedir al chófer que nos llevaba que se detuviera un momento sobre el arcén. En los arrabales de Zipaquirá, en una especie de chiringuito construido con materiales como de chabola, lona, contrachapado y latón, en el que se servían copas y botellines de cerveza a la orilla de la carretera, me vi totalmente desastrado, tambaleante con un vaso en la mano. Era yo. Y por un instante me miré doblemente: miré desde el asiento del coche a aquel paria con el pelo revuelto que bebía, puede ser que mezcal, a orillas de la carretera; y miré desde esa misma cuneta y con idéntico asombro, a mi reflejo metido dentro de un taxi camino de la capital, con el maletero cargado de bolsas con las longanizas que acabábamos de comprar en Zutamarchán. Me he visto en otras ocasiones aunque de forma más borrosa y en imágenes estáticas —una foto tomada en uno de los barracones de Auschwitz a un grupo de prisioneros

por los soldados aliados recién liberado el campo, una de las figuras en un cuadro de Ramón Casas...— que, con el paso del tiempo, han ido desmintiendo gradualmente el parecido. En cambio, nunca he dejado de fantasear con la idea de regresar a buscarme a esa ciudad perdida de la región de Cundinamarca. Nadie podrá convencerme del todo de que no era yo el borracho de Zipaquirá que quedó, como yo, medio muerto de asombro al mirarme pasar.

Pero suele ocurrir que este tipo de pensamientos no pase de ser una excusa, casi siempre eficaz, para saltar rápidamente de la cama y arrastrarse hasta el teléfono rogando estar a tiempo todavía para un lavado de estómago. Las ambulancias, la luz, el mundo que regresa a toda velocidad rasgando a manotazos la telaraña negra. Una leve duda es suficiente para eso, aunque sepamos bien que todos esos planes peregrinos para inaugurar una segunda parte de nuestra vida, ya libre de trascendencia y de las viejas preocupaciones, no pasan de ser una retahíla de cartuchos que nunca quemaremos, trampas, fantasmagorías, castillos en el aire contruidos por unos sesos que no se resignan a saberse de inmediato mezclados con la tierra. Por interés y supervivencia, el inconsciente suele callarse como una puta aunque esté más claro que el agua cómo terminarán todas esas aventuras, las inmolaciones justicieras que a la mañana siguiente nos darán risa, cuando no algo peor, la lista en un cuaderno que no llegará ni a ser comprado, los vuelos que jamás se tomarán, aviones que volarán sin nosotros a bordo como lo hacen a diario miles de ellos en todas las latitudes y en todas las direcciones posibles, con su estela blanca, rasgando el cielo a todas horas llevando en su interior nuestro asiento vacío, aterrizando bajo lluvias que no nos mojarán en los arrabales de ciudades repletas de callejones por los que jamás nos perderemos y de mujeres con las que no llegaremos a cruzar la mirada, no digamos ya fluidos o promesas.

La grandeza, el verdadero lujo, está en esa displicencia algo aristocrática, en el sentido no peor de la palabra, de dejar siempre las cosas un poco a medias: esa copa de coñac que se abandona por la mitad en la terraza del bar, las monedas que no terminan de recogerse del todo de la bandejita en la que el camarero nos traía los cambios de la consumición, los platos sin rebañar, las tardes enteras de sopor y molicie, malgastadas sin culpa porque la vida sobra, porque tiempo habrá. Ésa es la actitud que se opone a la del miserable al que la necesidad más viscerógena y mezquina le hace ver poesía en aquello de sorber hasta el último jugo que la vida ofrezca. Y no tira nada, entonces, y guarda para mañana, y rastaramente esconde las sobras para apurarlas después igual que un perro saciado que entierra los huesos junto a un árbol con tal de no desperdiciar ni un gramo de alimento; y moja en el chocolate todos los churros que incluye la ración, así reviente, quepan o no quepan dentro de su estómago. Es mil veces preferible dejar siempre algo en el plato, desdeñar con elegancia parte del festín; cenar, por ejemplo, con una espectacular dama y permitir graciosamente que se escape viva. Y, en esa misma y arrogante tónica, abandonar por la mitad la vida, marcharse tal cual, como si nada, como quien deja atrás los restos de

una copa de helado ya derretido o un pequeño plato con calderilla.

Pero el pensamiento suele borrar de un plumazo ese tipo de ideas igual que se calla otras preguntas que quizás importen cuando hablamos de huir: si estampas contra la pared la vajilla entera, ¿cómo podrás desahogarte en el futuro?; si rompes los lazos, ¿de qué lastres te zafarás en adelante?; si abandonas toda referencia, ¿de dónde, de qué podrás ya alejarte? Y lo definitivo, el tema central de una desolada canción de orfandad y abandono que dentro de tu cabeza se niega a callarse del todo: ¿qué más darán tus pasos por el mundo, las nuevas ciudades, los mares que llegues a cruzar, los rumbos que tomes, los horizontes, las tormentas que atraveses y te atraviesen, los frutos que alcances, tu gloria o tu caída, tu pobre ser perdido en el desierto de lo venidero, si se cerraron los ojos que miraban tu vida?

(Hombre al agua)

La época del año en que es más difícil conseguir estar solo es en Navidad. Hay gente que te llama a todas horas para asegurarse de que estás bien y de que no te pudrirá la melancolía durante las fiestas. No te dejan en paz. Te apuntan a cenas, se empeñan en sacarte por ahí. Sentí la necesidad de hacer un pequeño viaje y apartarme un poco de todo, de manera que el año 2010 empezó en París, con un vaso de plástico en la mano, y la música festiva horadándome el cerebro bajo una torre Eiffel iluminada con un cegador azul eléctrico. Miles de personas fotografiaban el frío metálico y el efecto de los rayos láser sobre el hierro y el cielo, al tiempo que contra cada pared en un amplio perímetro a la redonda se alineaban decenas de jóvenes tatuados y con capuchas para ser cacheados por la policía, las manos en la nuca, los pies separados al máximo. En las calles aledañas ardían los coches entre sonidos de sirenas y charcos de champán.

Al día siguiente hacía un frío inhumano. Bajo los copos de nieve que caían como a cámara lenta, recorrí las dos o tres manzanas que separaban mi hotel del cementerio de Montparnasse, y pasé un par de horas entre sus muros, deteniéndome en las mismas tumbas que me habían atraído la primera vez que pisé ese lugar unos cuantos años atrás: las de Duras, Cortázar, Vallejo, Baudelaire, y esta vez añadí a mi breve ruta un par de sepulturas a las que antes no había hecho demasiado caso y me detuve también ante la de Serge Gainsbourg, llena de flores, cigarrillos deshechos por el agua, notas manuscritas y botellines de licor, y la de Jean Seberg, la cazadora solitaria, que logró al fin su lugar bajo la tierra fúnebre al octavo intento. Ponerme en cuclillas frente a cada una de ellas, acariciar con la punta de los dedos las losas mojadas como si del mármol pudiera emerger algo parecido a una respuesta, indagar vagamente sobre el sentido, y volverme a preguntar por qué hasta mis deseos más hondos, por más que vayan acompañados de urgencia, rabia o torbellino, toman cuerpo siempre entre signos de interrogación. Sentir el perfume de las rosas negras, de pétalos gigantes que no sé reconocer, todo el dolor tendido ahí, en el verdadero centro del mundo, alrededor de los cipreses, bajo la nieve, bajo la piedra, bajo todos los pasos, bajo todo.

Que París no era más que un bulevar de sombras, eso musitaba Moustaki al adolescente que fui desde un radiocasete a pilas de plástico rojo, tumbado en la cama, en la época en que las ciudades del mundo se iban formando en mi cabeza por primera vez, con sus puentes y sus escondites y sus torres, a partir de cuatro fotografías halladas al azar y toneladas de música. Y eso exactamente, bulevares de sombras, fueron para mí las calles hasta llegar al puente de Mirabeau. No sabía por

cuál de los dos lados se había arrojado Paul Celan la noche del 19 al 20 de abril de 1970, de manera que decidí uno de forma aleatoria y estuve un buen rato allí mirando el agua. Nunca creí en la tradicional metáfora que compara la vida con un río que nos lleva, más bien me parece que si el tiempo nos empuja lo hace a la vez que nos traspasa, nos desgasta, nos transforma de arriba abajo. No se trata de que, tal como ya somos, la corriente se limite a cambiarnos de lugar, cada minuto más cerca del mar o de la muerte. Si no hay cómo escapar de las horas y los días, del mañana ni del pasado, es porque el ayer nos ha deformado, eso es todo; ha llegado a traspasarnos de parte a parte dejando en nuestro interior su impronta de calamidad y cansancio. Mentiría si dijera que mis pasos me habían conducido hasta aquel puente azorosamente. Asomarme por esa barandilla había sido el motivo principal de mi viaje a París. Por alcanzar o fabricar ese instante había cruzado los Pirineos dos días atrás y había tomado en Pau un tren de alta velocidad, sólo con la intención de quedarme mirando un buen rato cómo el agua se introducía por los ojos del puente para perderse a mis espaldas camino del océano. Es extraño cómo se escogen a veces los lugares donde obtener respuestas o simple bálsamo para aliviar en parte el dolor que nos posee, y a qué derrotados dioses les mendigamos luz, de qué modo incomprensible vamos buscando en el mundo reclinatorios y momentos sagrados, símbolos dudosos, miradas que nos fotografíen desnudos como desde lo alto de un cielo roto. El caso es que, contemplando la corriente desde ese punto, imaginando el estruendo de un cuerpo que cae a peso desde la balaustrada a la hora en que todos duermen, pretendía yo averiguar, en última instancia, si quería o no seguir viviendo. O algo más incluso: si iba o no a seguir viviendo. Para eso estaba allí aunque ni entonces, ni creo que nunca, hubiera podido explicar exactamente por qué.

En esos días, mi arrasamiento interior era total y me mantenía sumido en un no estar para nada que se estaba prolongando en el tiempo más allá de lo deseable, mi economía hacía aguas por todas partes, el trabajo cotidiano se había convertido en algo infernal y el propio organismo empezaba a pasarme factura, propenso a morir como siempre he sido, de los excesos de antaño y de la propia angustia de entonces con su mal dormir y su peor comer, con todo su desgarrar y su farmacopea. En el hotel pasaba el tiempo leyendo, me había llevado bastantes libros pero no terminaba de centrarme en ninguno, pasaba de uno a otro a toda velocidad, nervioso, como quien busca un dato que le urge. Subrayé la siguiente anotación en el ejemplar de los *Diarios* de Sándor Márai: «¿La quería? No lo sé. ¿Puede uno querer a sus piernas, a sus pensamientos? Simplemente, nada tiene sentido sin piernas o pensamientos. Sin ella nada tiene sentido: no sé si la quería. Era algo diferente. Tampoco quiero a mis riñones o a mi páncreas. Simplemente forman parte de mí, como ella formaba parte de mí». Pensé en telefonar a Jacobo para preguntarle algunas cosas sobre los paisajes urbanos de los últimos días de Celan, pero no me decidí a hacerlo porque, con toda seguridad, habría descubierto señales de alarma en mi propio tono de voz, y lo veía capaz de improvisar en cuestión de horas una especie de expedición de rescate

para venir a buscarme si me imaginaba vagando por aquellas calles, solo, con los ojos arrasados, de bar en bar, tan peligrosamente cerca de los puentes.

Hay sueños que simplemente te destrozan vivo, mil veces peores que cualquier insomnio, por sudoroso y taquicárdico que éste sea, por fuerte que golpeen los latidos en la sien. Siempre, como lector o como observador de la vida, me había sentido vulnerable a aquella fascinación de la que antes hablaba por ese tipo de situaciones en las que alguien se ve obligado a empezar desde cero: las historias de presidiarios que salen a la calle apenas con lo puesto, desterrados que tras años de ausencia regresan al viejo barrio y buscan un trabajo cualquiera para salir del paso y un cuarto provisional en el que colgar su sombrero; viudos extranjeros que surgen de la nada, gente que de la noche a la mañana, por el motivo que sea, cambia de costumbres y de pasaporte. Siempre veía allí un torbellino de luz, el irresistible vértigo del borrón y la cuenta nueva, de convertir en carne y realidad corpórea lo que era hasta el momento remota posibilidad, de sentarse tranquilamente a decidir, sin prisa de ninguna clase, en cualquier bar de ese mundo recién estrenado, quién se va a ser en adelante, las batallas donde volver a batirse e incluso, indirectamente, la naturaleza de los miedos que a partir de ahora acelerarán el pulso en medio de un paisaje arrasado que es a la vez la cuna de todo lo que queda. En cambio, ahora que era yo quien me encontraba en un trance semejante, no podía quitarme de la cabeza la sensación de haber quedado varado en la cuneta, enfermo y sin fuerzas por ahora para nuevos episodios. Se disparó, eso sí, mi vieja pulsión de huida, la misma que cada verano me había llevado a conducir horas y horas por las carreteras de España, sin rumbo ni destino fijo, escuchando discos de *country*, parando a descansar en las gasolineras y anotando vaguedades en un pequeño cuaderno. Sólo que esta vez se disparó de una forma mucho más descontrolada y dolorosa porque el asunto ya no tenía que ver con aquella impostura de emborronar mapas o buscar moteles lo más desolados y cinematográficos posible donde pasar la noche, a poder ser con su máquina de hielo estropeada en el porche, sus persianas hechas polvo, su desolación en forma de cercos de humedad en el papel pintado de las paredes. Todo lo que antes no pasaba de ser una melancolía mansa se había transformado ahora en telaraña y temblor. Entre aquellas escapadas de miles de kilómetros y esa especie de fuga que ahora comenzaba había más o menos la misma diferencia que entre un niño que juega a que le matan de un disparo en el pecho y otro que se muere de verdad con los ojos en blanco sobre la acera.

Pero hay algo de oscuramente placentero en quemar las naves y ver cómo arde sobre las aguas, a una milla de la playa, la posibilidad del regreso. Una vez que se ha pensado es difícil decir que no a la tentación de romper con todo, a la querencia de ceder ante el vórtice negro que trabaja desde un abismo para absorbernos enteros, como una zarpa gigante que agarrándonos del tobillo tirase con fuerza de nosotros; costoso renunciar a cortar los hilos y apagar las luces últimas y desconectarlo todo para que no quede ya más que lanzar al mar retratos y ramos y cenizas. Saber que no

debes hacerlo y no poder evitarlo. Es como en la niñez pegar porque sí a un hermano pequeño o abandonar a la niña de tus sueños sin ningún motivo que ella ni nadie pueda entender, dejarla llorando sin más sentada en un banco del parque.

Pocos días después de haberme marchado oficialmente, tuve que subir a mi antigua casa a recoger algunas de mis pertenencias, y vi en el suelo del dormitorio, sucios, medio arrugados, faltos de betún, desolados ahí, unos zapatos míos. Por algún oscuro motivo, a mí un par de zapatos siempre me ha recordado a la idea de la muerte. En algún momento de la niñez, quizá no tan borroso en mis pesadillas como pretendo en la vigilia, debí de quedar impresionado al entrar en la habitación de un difunto, uno de esos familiares lejanos que fallecían a veces en provincias tan perdidas como ellos, y había que viajar toda la noche y perder un día de colegio entre cipreses, señoras de negro que preparaban cafeteras sin cesar y todo tipo de amigos y cuñados que se probaban medio a escondidas los abrigos del finado. Y juraría que después del entierro vi en el suelo un par de zapatos negros y entendí la muerte al notar, por primera vez, la ausencia de unas piernas que desde ellos ascendieran en dirección al techo del cuarto formando por el camino un ser humano con sus gestos y su camisa blanca: el vacío que dejaba el muerto estaba justamente allí, en ese aire encima de los zapatos. Y sentí también, aterrorizado, la posibilidad de unos pasos viudos recorriendo el pasillo las noches venideras. Estaban colocados a escasos metros de la cama que con toda seguridad habría conocido no demasiado tiempo atrás la risa y el deseo, por más que ahora oliese sólo a fiebre y hubiesen pegado estampas de vírgenes junto al cabecero: la puerta cerrada por dentro con toda la intención y los niños jugueteando por ahí fuera, rondando peligrosamente cerca, el dulcísimo miedo a ser descubiertos, la travesura del amor urgente. En el mismo instante en que mis ojos se tropezaron con ese par de zapatos míos abandonados allí supe que estaba muerto en aquella casa, es decir, que era como si entre esas paredes penase recluido un fantasma cuya ausencia de rostro fuera justamente la ausencia de mi rostro. Esa visión del calzado fue más determinante que la de los armarios vacíos con sus perchas desnudas, los cajones sin nada o las baldas de las librerías llenas sólo de polvo. Por Jacobo sé que en Auschwitz los zapatos se amontonaban a la entrada, aún pueden verse en las instalaciones del campo convertidas en museo, una enorme montaña de mocasines, botas de todas las clases y tamaños, sandalias de niño. Si contemplas esa monumental pila piensas en barbarie, en números y datos y en el horror de la historia, el desfile en blanco y negro de esqueletos en pijama que hemos visto tantas veces en los documentales, todos esos trenes chirriando al frenar junto a las puertas del infierno; pero si te quedas mirando durante un rato una sola de las piezas, un zapato en concreto o un par de ellos unidos por un nudo, entonces ves al muerto. Ves al niño que se peleaba con esos cordones para anudárselos de manera que la bota no se le fuese cayendo a cada paso ni se le terminara por comer el calcetín. Lo visualizas sentado en el suelo, tirando con fuerza de la lengua del zapato, ves sus mocos, escuchas su respiración, el ruido de sus bronquios al apresar el aire helado del

invierno polaco. Como yo me vi en aquel piso. Al cerrar la puerta a mis espaldas quedaron ahí dentro aquellos zapatos, vacíos para siempre, absurdos, desolados, llenos de un aire que por momentos se pudre. Mi vida, a partir de ese momento, era ya otra cosa difícil de determinar, la peripecia de un ser que se movía fuera de mí, y descalzo. En ese momento mi estado afectivo era atroz. Las calles, el mundo, incluso cualquier habitación en la que yo me encontrase habían quedado convertidas en pura intemperie.

Esa misma sensación de muerte propia he tenido al regresar a ciudades o barrios del pasado, a cualquiera de los lugares de donde me borré de golpe y que han seguido su vida como si nada, el ajetreo de cada día, locales que cambian de dueño, tiendas que se cierran, calles que se ensanchan, letreros luminosos que antes no estaban allí. No es difícil verse como un fantasma entre los vecinos que ya no nos reconocen, los escasos tenderos que siguen en su puesto, entrañables y envejecidos como por arte de magia, los grupos de niños surgidos de la nada que regresan del colegio en medio de una confusión de gritos y meriendas envueltas en papel de plata y balones de fútbol y cuadernos con deberes para el día siguiente, corros de señoras hablando en la acera y las voces lastimeras de los vendedores de lotería. Aquellos zapatos en el suelo de lo que había sido mi cuarto me hicieron comprender que, a todos los efectos, acababa de morir para mucha gente. Sin dolor ajeno, sin rito alguno, pero con exactamente el mismo resultado de soledad oscura y ausencia que se extiende hacia todo horizonte. Me venían a la mente los nombres de personas a las que ya no volvería a ver, salvo casualidad extrema, todos esos individuos que sin haber llegado nunca a ser verdaderamente cercanos constituían sin embargo el paisaje humano en el que se desarrollaban mis días. Sin el foco de su mirada sobre mí, todo cobraba una tonalidad de pesadilla. ¿Qué es de la vida de uno, cuando ya nadie la mira, aparte de la inanidad que va y viene, entra y sale de casa, cena o no cena, se retuerce o ríe? Si toda vida es un relato a fin de cuentas, todo relato necesita un lector. De lo contrario, la realidad circundante corre el peligro de diluirse, no habría más que percepciones fragmentarias, instantes como islas, momentos inconexos. La verdadera orfandad se produce cuando salimos de foco y los ojos que seguían nuestros movimientos se evaporan o explotan o simplemente vuelan como diminutos globos que huyeran a cielos de otros mundos. Existen ciertas concomitancias entre el recién abandonado y aquel compañero de clase que se quedó huérfano en los años de primaria y al que todos queríamos dar en el recreo parte de nuestro bocadillo y evitábamos dejarlo solo pensando por los rincones: la camisa sin planchar, la mirada perdida todo el tiempo y esa agüilla casi imperceptible que se encharca en un extremo de los ojos. Pero él al menos tenía una estrella que mirar por las noches desde su habitación, eso decía, y aquella misma estrella guardaba sus pasos y a veces hasta le tomaba las lecciones del día siguiente. Para el abandonado, en cambio, la negrura del cielo está repleta sólo de párpados cerrados. Un inmenso telón corrido. Cuando el maniquí pasa del escaparate al fondo del almacén en los sótanos de la tienda da igual la ropa que lleve puesta, si

está roto o no, si todavía tiembla.

Desde París, a tantos kilómetros de distancia, pretendía ver más claramente, con otra perspectiva, los acontecimientos últimos de mi vida y el propio estado mental en el que me hallaba; y, en lo posible, tratar de reordenar un poco las cosas. Acababa de mudarme a un noveno piso desde el que se veían las torres del Pilar y alguna que otra elevación más que volvía mudéjar la línea del cielo. Un lugar acogedor, con mucha madera, como siempre me ha gustado, con relieves de escayola hasta en el cuarto de baño y salteado de adornos japoneses, láminas y platos con pájaros pintados colgados en la pared. La calle estaba en cuesta y los autobuses urbanos pasaban por abajo a toda velocidad camino del centro o derrapaban escandalosamente para detenerse junto a la marquesina de la parada que había justo enfrente. A veces, por la noche, su sonido se confundía en la duermevela con el de un barranco que se desboca de golpe. El ajuar y las mantelerías era de lo que más solera tenía en aquella casa, todo como de otro tiempo, como si lo hubiesen robado de un imaginario museo dedicado a mi infancia. Una amiga que venía de vez en cuando por aquel entonces para darles a mis siestas algo de calorcillo me regaló un par de juegos de sábanas nuevos: «Me acuesto en esta cama tuya y me siento algo así como mi madre. No puedo follar así». Por consideración, empecé a usar las que ella había traído, pero a mí me gustaban más las otras. Le explicaba que hasta en Barcelona la mayoría de las casas por dentro son también así, que yo las he visto. Luego a sus habitantes tú los ves por la calle con ropa de diseño, con esas camisas grises o en bicicleta llevando una mochila de Nike o un bolso de cuero en bandolera. Sí, todo lo que tú quieras, pero por dentro las casas son así. Al menos la mayoría. Das a un interruptor cualquiera y se enciende en el techo la desolación. De las lámparas de araña de seis bombillas lucen como mucho dos o tres, y emiten una luz tan amarillenta y desgastada que casi te hace desear estar muerto con tal de no pertenecer, como un bulto más entre los bultos, al conjunto de cosas que te rodean, todas ocupando un determinado volumen del aire al igual que tú: todo, redondeles de ganchillo, objetos de porcelana, toallas descoloridas dobladas en el altillo de un armario que nunca cierra bien.

Algunos viernes venían los niños. Llegaban allí con un montón de bultos a pasar el fin de semana. La nevera vacía. Yo sin poder apenas pronunciar palabra. Lo miraban todo a su alrededor, luego se miraban entre ellos y por último a mí. Creo que la pregunta que flotaba en el aire era algo así como qué hacemos ahora, pero no referida a ese momento preciso, sino más bien de aquí en adelante, qué vamos a hacer, cómo vamos a apañárnoslas ahora que cuanto éramos se ha deshecho. Con todas esas maletas por ahí en medio, bolsas de viaje llenas de mudas, pijamas y pequeños juguetes, mochilas con los deberes del colegio, abrigos amontonados, parecíamos los supervivientes de una familia en un campamento de refugiados. Es como si su madre hubiese muerto durante un bombardeo y los tres, antes de huir, hubiéramos visto su cuerpo asomar entre las ruinas, los labios blancos pegados a la tierra, su pelo lleno de cal, la nube confusa de moscas y polvo. Me preguntaba si tenía

derecho a hacerles respirar el aire de aquel mundo mío atormentado, el silencio, los libros por el suelo, la mugre en los rincones; si podía darles algo que no fuera dolor. Y me preguntaba también si era preferible un padre muerto que un padre derrotado que se hunde delante de tus ojos sin que puedas hacer nada, sin que entiendas nada. Salíamos a dar una vuelta de vez en cuando, envueltos en bufandas y sin saber bien hacia dónde. Ellos siempre detrás, siguiendo a mamá pata, llenos de preguntas pero sin atreverse a verbalizar ninguna. Al pequeño a veces le daba la mano y le apretaba fuerte. Más que cariño o la sensación de seguridad que él debía de necesitar, creo que ese gesto le transmitía solamente la involuntaria enseñanza de que no existe amor que no sea llanto en resumidas cuentas, ni tiempo sin vacío ni piel sin desgarradura, y que así de derrotado como ahora él me veía, es como se acaba siempre cuando uno apuesta con la suficiente fuerza a favor de lo que sea. Seguramente la figura de un padre protector se había ya desvanecido del todo ante sus ojos y en su lugar hallaba a otro ser, familiar y desconocido a partes iguales, tan perdido como él y acorralado por una pena gemela de la suya. La escena me hacía pensar en una fotografía bastante célebre de Manuel Ferrol que, por alguna razón, se me quedó grabada desde la primera vez que la vi y que de alguna manera resume el aire de aquellos primeros fines de semana en compañía de mis hijos, una que se titula *Despedida de emigrantes*, tomada en La Coruña en el 56: no se sabe si padre e hijo van a separarse de un momento a otro o dicen adiós a una tercera persona que queda fuera del encuadre. Una mano tosca intenta abrazar al niño con dulzura aunque lo hace de la manera más torpe. Ambos lloran y miran al frente, puede que a la escalinata de un barco. Nosotros no veíamos barco alguno, ni mar ni nada, pero todo nuestro alrededor estaba lleno de ese aire de despedida de los muelles y de la certeza de que alguien o algo nos estaba robando, ante nuestras propias narices, un cargamento enorme de cosas que no volveríamos a ver. Quizás él, al tiempo que yo lo abrazaba, veía a su padre partir.

¿Cuánto tarda en morir un hombre que se tiende en la cama sin otra idea en la cabeza, mirando al techo, decidido a no moverse ya del sitio, a no comer, a no contestar a timbres ni teléfonos?, ¿cuánto tardan en secársele las lágrimas del rostro?, ¿en qué momento justo se agotan las correspondientes glándulas y dejan de manar? Hay un tipo de locura que es como una náusea negra que tiende a subir hacia el cerebro. A veces se produce a tal velocidad que adquiere la forma inconfundible del arrebato. Eso es lo que les ocurre a algunos suicidas no demasiado vocacionales y también a algún que otro asesino de esos que se arrepienten de inmediato, nada más haber cometido el crimen, y se preguntan qué han hecho y llaman ellos mismos a la policía y se comen a besos al cadáver tendido en el suelo, llenándolo de mocos y palabras. En mi caso la espuma de esa arcada es de ascensión bastante más retardada. Nace en las tripas y avanza en oleadas lentas que son como de sombra espesa, y luego se queda a anidar entre las grietas de los sesos, inunda toda esa recóndita viscosidad de imágenes de calaveras y recuerdos y asco, y mete en cada pensamiento la palabra

muerte, aunque sea con calzador, no como concepto diáfano sino como borroso perfil de guadaña herrumbrosa o cruz clavada con fuerza en medio del temblor. Y así es complicado levantar cabeza porque la perspectiva desde la que se ven las cosas se aleja del instante presente para situarse en un lugar tan oscuro que el tiempo pasa a ser una entidad asesina y veloz y apenas se encuentra muerte alrededor o signos que la nombran sin dar tregua: a algunas amigas que acudían a casa por esos días, por ejemplo, no podía dejar de verlas, por más que me esforzase, no como eran en el momento, sino como calculaba que serían al llegar a ancianas, y a mí mismo como un episodio, más o menos banal, de su pasado. Por debajo de su piel actual, veía asomarse ya a una vieja que suspiraba agotada en la cola de cualquier mercado y a la que alguien, quizá yo mismo, le había dejado preparadas las medicinas sobre la mesilla de noche. Algunas arrugas incipientes anticipaban un rostro que aún no era pero que a mí se me imponía de manera irremediable, y afectaba también a su aliento, a su modo de moverse y de estar calladas. En el caso de Julia la cosa iba todavía un poco más lejos: me era imposible estar a su lado sin pensar en su cráneo desnudo y en la tumba a la que irían a parar tarde o temprano todos aquellos huesos, el pubis que a veces empujaba enloquecido contra mí, los fémures abiertos de par en par, las desgastadas tibias que me rodeaban la cintura, la quijada que en la penumbra atacaba mi boca. Creo que la idea de la muerte es como un cuervo gigantesco o cualquier otra ave de carroña de alas enormes como mantos grasientos que huele el dolor a distancia como si fuese un incienso disuelto en el aire, y se acerca siempre cuando alguien se muestra derrotado a merodear en torno y, en función de la debilidad del herido y de la credibilidad de sus ciegos manotazos, se atreve a acercarse más o menos, a picotear tímidamente o a desgarrar en vivo una carne por la que nadie suspira.

El cuerpo sin vida de Paul Celan fue recogido once kilómetros Sena abajo, en un remanso del río. Yo me sentía ya a mitad de camino de un recorrido semejante. Sólo me faltaba esperar a ver en qué rama cercana a la orilla se enredaban mis piernas. Seguramente se desprendería un zapato que continuaría su rumbo, como una pequeña embarcación fúnebre, rumbo al Atlántico. Pensaba en alguien recogiendo el cadáver y en la posibilidad de una bocanada de aliento que me resucitase. Pero no llegué a saltar de ningún puente. No esa vez.

Aquella noche me acosté temprano en mi habitación del Hôtel du Nord, mientras seguía cayendo aguanieve en el patio interior al que daba la ventana, y los informativos de la televisión reproducían todo el tiempo las mismas imágenes de coches incendiados la noche anterior, asientos carbonizados, charcos de gasolina, chatarra retorcida. Recuerdo que tras cerrar los ojos me acariciaba el pelo a mí mismo imaginando que mi mano era de otra persona, de cualquiera, de alguien que sabe que mi corazón está lleno de pozos amargos a los que no quiere asomarse del todo pero tampoco pasar de largo, y me dice, mientras va acudiendo lentamente el sueño, que hay ciudades en el mundo en las que ya es de día, en las que la gente empieza a asomarse a la calle, recién duchada, para comprar el pan y la prensa y tomar café

recién hecho y tostadas con mantequilla y mermelada en las terrazas de las esquinas, y me habla del sol abriéndose paso entre las nubes más rebeldes y las copas de los árboles; y me asegura, apenas murmurando, que poco a poco, sin casi darme cuenta, iré reuniendo los pedazos para componer, con lo poco que quede, algo parecido a un ser humano. Ya verás como sí. Ya veré como sí. Y me voy quedando dormido a pocas manzanas de un inmenso río, bajo un cielo resquebrajado, en un cuarto de hotel de tres al cuarto donde nadie que me conozca sabe que estoy, oculto por las sombras de un bulevar no muy lejos de las hileras de coches calcinados, a no demasiados metros de mis pasos perdidos. Descansar significa que nadie me vea.

(El miedo ajeno)

Más o menos hacia el regreso de aquel viaje vino la temporada en que Jacobo empezó a tener miedo por las noches. Mucho miedo, quiero decir, como una especie de ración extra sobre el que de por sí había padecido durante toda su vida. No se atrevía a quedarse solo. A veces temía volver a soñar con fantasmas de la Gestapo que le empujaban de oficina en oficina hasta meterlo en un tren que atravesaba bosques llenos de nieve, pero la mayoría de las veces se trataba de terrores más voraces e indefinidos. Me llamaba cuando se acercaba el final de la tarde para que fuese a estar con él, de manera que sin poner demasiadas objeciones metía mi pijama, el transistor con los auriculares, una bolsa de aseo y el par de libros que tuviera entre manos en una pequeña mochila y al cabo de un rato me presentaba en su casa. Era fácil, no tenía que hacer nada en absoluto y ése es el tipo de trabajo que siempre se me ha dado bien. No requería en realidad ningún cuidado y la mayoría de las veces su estado psíquico era en apariencia normal, incluso alguna de aquellas noches podría decirse que especialmente animoso, de modo que no era una cuestión de prisas ni de alarmas. Todo lo que se me pedía era permanecer allí, en su casa, charlando tranquilamente de cualquier cosa o cada cual por su lado, leyendo uno frente al otro, cada uno en su sillón orejero, hasta que nos venciese el sueño. No era un mal plan en absoluto. Me lo quedaba mirando algunas veces, mientras él se encontraba enfrascado en su libro y no se daba cuenta de que lo observaba tan fijamente: su pelo canoso rapado al uno, su pinta de marine en la reserva; pasados con creces los sesenta, cariñoso y huraño a partes iguales, a mitad de camino siempre entre esos pozos sin fondo en los que se sumergía cada vez más a menudo y cierta *joie de vivre* que tenía que ver sobre todo con el disfrute del arte y del buen vino y con una adoración hacia las mujeres que podría decirse no era de este mundo: para él era un goce hasta mirar cómo pasaban de largo.

Es extraño ser el vigilante de algo que no puedes ver. Se suponía que mi enemigo ahí, en esa doméstica misión, era la legión de fantasmas que se movía dentro de su cabeza, algo inmaterial, oscuro, escurridizo, seres que campaban a sus anchas por una dimensión a la que yo no tenía acceso directo (y tampoco él, ése era el problema) y que de repente le hacían sospechar la presencia, al otro lado de la ventana, de cosas como hocicos dispuestos a estallar en dentelladas o filos relucientes que anticipaban en su pensamiento una arteria partida en dos aunque de momento se limitasen a latir ahí fuera a la espera del momento propicio, tras los chopos mecidos por la brisa nocturna o sumergidos en los charcos del asfalto iluminado en ámbar por la luz intermitente de los semáforos durante toda la madrugada. Una fuerza sin nombre ni

medida. En caso de ataque, bien poca cosa podría yo haber hecho. De alguna manera me sentía como formando parte de la guardia de un rey medieval ante la posible llegada de una invasión extraterrestre que llegaría por el cielo a velocidad supersónica disparando rayos a diestro y siniestro desde platillos volantes. Vigilante la mirada, tenso el arco y el músculo, feroz el gesto y nada más. Eso sería todo, apenas un simple símbolo de inservible lealtad, como el canto de la tripulación de un buque que irremisiblemente se hunde. Creo que mi presencia no pasaba de tener el efecto de unas cuantas gotas de placebo vertidas de soslayo en su vaso de leche de después de cenar. Pero entiendo que Jacobo no me llamaba para que yo me pusiese a opinar sobre si era necesaria o útil mi visita sino para que acudiera sin más, así es como funcionan estas cosas cuando una inquietud empieza a retorcerse en las entrañas o el temblor de un recuerdo, que de improviso adquiere en lo más hondo la forma de un monstruo, dispara las alarmas con motivo o sin él. «Tienes que venir, otra vez me tiemblan los pensamientos», me decía, o «Ando como muriendo esta noche», ésa era su forma de nombrar el miedo que tenía a que todo se apagara para él sin nadie cerca al que decir adiós o a pasar una noche más sentado en el borde del colchón, arañándose la cabeza como le había sucedido otras veces. A la hora de la verdad, conmigo ahí, la sangre no solía llegar al río. A veces la angustia era un poco más chillona y asomaba unas garras de sombra que luego no llegaban a aplicarse a fondo y otras simplemente la mansa percepción de un corazón que se gasta, una tristeza como de tarde desvaída, cuando el hastío envuelve sin distinción objetos y recuerdos en la misma nube invisible en la que el deseo no respira.

No era la primera vez que alguien me pedía algo así, he tenido familiares con miedo a morirse solos, en medio de la noche, y he acudido a su casa con parecida mochila y la misma satisfacción de ser útil sin tener que hacer apenas nada porque en realidad a ellos les sirve con oírte respirar, notar el leve calor que desprende un ser humano, algún sonido doméstico a su alrededor, cualquier cosa, la cafetera en el fuego, el clic de un mechero, y saber que estás cerca y que llamarás por teléfono al médico de guardia, a la ambulancia o a quien sea llegado el caso o al menos les apretarás la mano si se presenta el momento en que tengan que deslizarse irremediabilmente a eso que atisban en ocasiones como una pegajosa oscuridad sin regreso, cuando un silencio viscoso empieza a tirar de ellos por los pies y a arrastrarlos con una fuerza invencible desde el otro lado de un vértigo repentino o del propio ruido de su pulso al galope. Deberían poder inocularse en la mente, de la manera que sea, como una especie de perros pastores que, cuando alguno de esos pensamientos venenosos fuera a adentrarse en una zona pantanosa del recuerdo o proyectase nuevas formas de sombra y telaraña, se encargaran de reconducirlo por la fuerza junto al resto del rebaño a un recinto tranquilo y bañado por la luz; seccionarían a dentelladas el círculo de la obsesión, cercarían a los fantasmas en desbandada, les perseguirían por entre los laberintos, les morderían por todas partes hasta que se rompieran para siempre sus venas de zumo negro o quedarán

aprisionadas en silencio dentro del corral.

También me había tocado a mí en el pasado, hacía ya tiempo, estar del otro lado, es decir, ser yo quien necesitara a toda costa una presencia cercana para no sucumbir ante el pánico. Fue en aquel Madrid tóxico y veloz de los ochenta, cuando mi cerebro era una herida gigante y viva dentro de la cabeza. Recuerdo mi colchoneta tendida en el suelo, a los pies de la cama de mi amigo Andrés, cuando compartimos el piso del barrio de Estrecho y cómo, de alguna manera, su respiración acompañada me ayudaba a acomodar el ritmo de la mía para intentar dormir. En realidad no es mucho más lo que puede hacerse. En situaciones así es donde más claramente he llegado a atisbar la radical soledad de un ser humano, de cualquier ser humano, y la imposibilidad de una comunicación real. No hay trasvase de nervios ni de sangre, no hay forma de que ese miedo salga de su jaula. Dos personas pueden incluso estrecharse el uno contra el otro, apretarse con fuerza la mano, pero una no llega a penetrar en el infierno de la otra, ni siquiera a comprenderlo lejanamente. Es imposible. Más allá de una rudimentaria empatía que prácticamente se agota en la certeza de que el otro sufre, así, en abstracto, nada hay que pueda hacerse para conseguir penetrar en el pensamiento ajeno, en el miedo ajeno, y luchar a brazo partido, como muchas veces se quisiera, contra los fantasmas y las tormentas que ahí se acumulan. Es una profunda y dolorosa verdad aquella visión de Goethe según la cual la vida interior vendría a ser como una especie de ciudadela fortificada en la que nadie puede adentrarse realmente, ni tampoco salir de ella, aunque a veces el embuste del lenguaje construya la ilusión de lo contrario. En medio de la noche dos amigos se abrazan en pijama, se despeinan en broma, se dicen palabras de lealtad y ánimo, pero es uno solo el que se rompe entero y el que tiembla por dentro, uno solo el del sudor helado.

A veces Jacobo se ponía a pintar acuarelas, generalmente jarrones del natural, o fruteros o candelabros, pero también paisajes con cielos imposibles, tormentas aterradoras o copias de Vettriano, esas mujeres que resultan cuando se enredan la noche, el pecado y la seda; que miran al vacío con un cigarrillo en la mano, soñándose el imán de todos los deseos. Una de las cosas que más me ha gustado en esta vida es mirar cómo alguien pinta o dibuja al lado mío, comportándose como si yo no estuviera. Tiene que ser alguien que de verdad se lo tome en serio, eso sí, que no se trate de un ejercicio distraído en el que dé igual ocho que ochenta porque en este caso la pasión ajena forma parte del espectáculo más todavía que el propio resultado; y Jacobo, aun cuando al final acabara por romper casi todas las láminas, se empleaba a fondo en la tarea como si la vida le fuese en ello, ladeaba la cabeza, sacaba la lengua como un escolar afanado en la caligrafía de sus primeras letras, alejaba y acercaba el bloc buscando la distancia adecuada desde la que calibrar el efecto de texturas, brillos y líneas. Cuando se dan las condiciones adecuadas, puedo quedarme medio hipnotizado con el olor de los lápices, las tintas o los óleos y con el ruido que hacen sobre el papel los trazos del portaminas o la goma de borrar. Llego a sentir en ocasiones un estremecimiento de placer en la zona de las orejas que me

devuelve a aquellos viejos cuchitriles de zapatero que solía haber en los barrios de mi infancia, mínimos, claustrofóbicos: afuera llueve a mares y el aire de la calle huele a ola y a sardina, es una pequeña guarida acristalada donde se escucha con interferencias una radio medio rota y llena de grasa y el martilleo de un anciano que se pelea contra una media suela, la embadurna de cola, busca clavos de la medida exacta en cajones desordenados donde parece imposible encontrar nada. Todo lo llena el aroma penetrante de esos potentísimos pegamentos que huelen a su vez a vieja industria, al Hernani de los años sesenta y también, como de paso, a niño que se droga con la cara metida en una bolsa de plástico, sentado en el bordillo de una acera que está al otro lado de un océano Atlántico vencido quizá bajo esa misma lluvia; y perfume también de cuero y de betunes, de luz amarillenta en el escondrijo cálido de donde quisiera que no me arrancaran nunca, pidiendo al cielo que tarden en atender a los clientes que tengo por delante, que haya alguna reparación de última hora que hacer sobre la marcha, algún zapato olvidado que tenga que ser entregado sin demora a la señora que me precede en la cola o una muchacha que entre descalza con su tacón en la mano suplicando un apaño de urgencia, a la pata coja, las medias mojadas, el nailon manchado de barro.

Muchas veces hablábamos de literatura, todo el salón de su casa era un desorden de libros, la mayoría colocados en baldas polvorientas, y otros muchos amontonados en diversas pilas, los recién leídos, los por leer y los que andaban en danza por un motivo o por otro. Bastantes de ellos estaban marcados con papelitos amarillos entre las páginas señalando los párrafos que en los últimos días Jacobo había pensado que me leería en voz alta, a veces pasajes enteros y otras, la mayoría de ellas, frases sueltas con algo de sentencioso o que le habían parecido sugerentes por la razón que fuese, subrayadas a lápiz, a modo de aforismos que podríamos discutir mientras él preparaba algo de cena, en calzoncillos como siempre, con sus pantuflas rotas. Tras concienzudas relecturas de novelas del XIX y principios del XX, como para descansar de los miles de páginas con la prosa desatada de Proust, Baroja o Thomas Mann, le había dado últimamente por volver a meterse de lleno con la poesía de Jabès y de Celan, viejos conocidos, e incluso se había aprendido al dedillo algunos poemas de *Amapola y memoria* y *La rosa de nadie*, de los que buscaba traducciones distintas que luego le gustaba que comparásemos aun sin tener ninguno de los dos ideas de alemán. Solía pasarse a la poesía solamente en las épocas en que peor estaba su cabeza y le costaba concentrarse y hasta sentarse a leer sin necesidad de tener que levantarse de la butaca cada dos por tres para recorrer el pasillo arriba y abajo o servirse cualquier cosa del frigorífico o del mueble bar. Me puso al tanto de la biografía de Celan y de sus versos adictivos. De hecho consiguió que yo acabase empapado por entero de Celan, al que empecé a imaginar siempre en medio de un paisaje nevado, con un nudo en la garganta, dueño de una tristeza inhumana y de la culpa que ni un solo día de su vida le dejó desterrar de la mente la imagen de sus padres muertos, tendidos sobre el frío, en el campo de Mijailovka, a orillas del Bug.

El agujero de bala en la nuca de su madre, la conciencia de poder haberlos salvado, todo semicubierto por un manto blanco. Consiguió meterme dentro el veneno de esa delicadeza. Hay obras que nos poseen como un virus, durante un tiempo los tenemos dentro como quien ha contraído una enfermedad y luego se van despacio aunque dejando a su paso un poso de lo que fue su mirada sobre el mundo y las cosas, y unos cuantos versos con todo el sabor de lo aparentemente olvidado.

Yo quería que, además de hablarme tanto de libros y lecturas, me contara cómo iba la cosa en cuestión de mujeres, en parte porque esa clase de conversación, al menos en el pasado, siempre terminaba por animarle, y un poco también para disfrutar yo mismo de sus mujeres contadas, bellas como ellas solas, y que en la narración de Jacobo, iban dando pasitos, palabra por palabra, como por el corredor enmoquetado y silencioso de un hotel fantasma, hacia un pecado glorioso. Él me daba a entender que no había nada que destacar en ese terreno aunque algunos detalles de su aspecto, como la frecuencia de su afeitado y la ropa nueva que últimamente se estaba agenciando, me inclinaban a pensar que me mentía.

La ciudad, ahí afuera, era para Jacobo, a esas horas en las que yo solía llegar a su casa, poco más que una amenaza indeterminada que se va atenuando despacio a medida que la gente se recoge por fin en sus madrigueras, una especie de falsa alarma momentánea o de monstruo dormido ante el que por nada del mundo convendría bajar la guardia sobre todo una vez que se ha aprendido que la noche tiende cables que conectan directamente con peligrosas zanjas de memoria y que por ellos viaja el miedo como si fuera electricidad. Pero las guerras y las procesiones iban a menudo por dentro y un observador externo habría visto sobre todo calma en esas noches de retén contra el pánico, casi sosiego, podría decirse. Una tetera en el fuego, dos hombres que conversan en zapatillas sobre un fondo de música suave, el piano de Satie en *Après la pluie*, pongamos por caso o algún concierto para violín y violonchelo de los que hizo Brahms, los libros sobre la mesa, un vaso con pinceles y agua sucia, bostezos a partir de cierta hora, el disco que se acaba, el humo que lo llena todo, el hielo que se deshace dentro de la copa marcando el paso del tiempo y todo su pegajoso sopor, ceniceros repletos estratégicamente situados al alcance de nuestras cuatro manos, cojines, las mantitas de cuadros que desentonan con la tapicería del sofá y, como por arte de magia, finalmente, cuando ya apenas se lo espera, el milagro liberador de la madrugada, la luz diluyendo las telarañas del sueño justo a tiempo, en el último minuto, no mucho antes de que empezasen a convertirse peligrosamente en algo todavía más negro y más denso.

Eso siempre había sido más o menos así. En cambio, el último día que acudí al llamado de Jacobo sus nervios estaban en carne viva. El miedo tenía en él una textura más sólida que en las tardes anteriores. Temía esta vez que alguien, un hombre, un ser real, viniera a atacarlo en cualquier momento. Echó a conciencia todos los cerrojos y me mostró, escondidos detrás de una puerta, junto a la entrada del piso, un bate de béisbol y un par de hachas que se había agenciado por ahí y que tenía escondidas para

poder defendernos como Dios manda cuando llegara el momento. Ante mis preguntas dijo que era sólo por si acaso, que hay mucho hijo de puta por ahí suelto y que se sentía más seguro así. Por un momento me pareció que iba a darme alguna explicación más concreta del porqué de ese temor y de esa especie de arsenal. Lo vi dudar acerca de la conveniencia de ponerme o no al tanto de un relato de odio y persecución que a él mismo debía de parecerle increíble. Seguramente tuvo miedo de que también yo me asustara de verdad al conocer más detalles y no quisiera quedarme a acompañarlo esa noche, por eso prefirió callar y que yo atribuyese los cambios a un empeoramiento de su estado interior. Y eso fue justamente lo que sucedió. No quise hacer más comentarios pero en aquel momento me pareció que Jacobo estaba empezando seriamente a tocar fondo. Esa noche no pudo concentrarse en ningún libro ni quiso que pusiéramos música para que no enmascarase posibles ruidos de pasos en la escalera o el rellano. Duplicó su dosis habitual de tranquilizantes y se pasó la mayor parte del tiempo asomado a la ventana, con las luces del salón totalmente apagadas, atento a cada movimiento de la calle, luchando contra el sueño como un centinela.

6

(Un paseo)

La tarde del día siguiente, durante el paseo y sin venir a cuento, me asaltó a la mente una idea repentina: ¿y si resulta que estoy muy enfermo y todo el mundo está al tanto de eso menos yo? De golpe, repasando mentalmente las últimas semanas empecé a ver con claridad algunos detalles que en su momento no había sabido interpretar del todo: preguntas que no entendía bien, llamadas de teléfono que no querían nada, miradas como de conmiseración pescadas al azar y sin venir a cuento. Por otra parte, mi estado de agotamiento no representaba para mí ningún secreto, la taquicardia, las arritmias y en general el esfuerzo que, de un tiempo a esta parte, me costaba estar vivo. Demasiado bien lo notaba cada vez que tenía que subir unos cuantos peldaños por cualquier escalera, sólo con ver una cuesta a lo lejos ya empezaba a notar el sobrealiento y a boquear como un pez en la arena; y la sensación de que algo por ahí adentro se iba medio pudriendo mientras yo dormía no podía quitármela de encima, intuía mi propio esqueleto como algo cada vez más verde y acuoso y la presencia de algo así como algas dentro de los pulmones. Pero lo cierto es que yo no había hablado con nadie. ¿Habría tenido acceso alguien de mi familia a los sobres con radiografías que voy dejando olvidados por cualquier parte o a los resultados de los análisis que ni yo mismo había querido mirar?, ¿habrían ido mis hermanos en *petit comité* a entrevistarse con alguno de mis médicos y les habría informado éste de algo diferente de lo que me cuenta a mí?, ¿hablarían por teléfono entre ellos cada noche para barajar las posibilidades y discutir la conveniencia o no de ponerme al tanto de la situación? Quizás a estas horas haya gente atormentándose ante la pregunta de si es bueno o no que yo lo sepa, si me hundiré más aún, si aprovecharé para ajustar algún tipo de cuentas o me dedicaré a exprimir lo que de jugo pueda quedarle al escaso tiempo que tendría por delante. Ni yo mismo conozco esa respuesta. La idea de desaparecer me hace pensar siempre en la noche sobre el mar, en un silencio lleno de bajeles negros. En ocasiones pienso que no tendría inconveniente en irme si pudiese estar seguro de no notar más sensaciones que el rumor de las fuerzas alejándose a medida que el aliento abandona el cuerpo y la fatiga va dejándose caer, como una pesa, sobre los diversos órganos, los párpados, las tripas, los desgastados músculos. Pero otras veces me entran dudas de que después de muerto vaya a cesar el dolor y de que se acabe de verdad este tiempo de nervios y despojos, es decir, sobre el papel sé que no puede ser de otra manera, pero simultáneamente me cuesta creer que toda esta oscuridad tan densa vaya a remediarse con sólo más oscuridad.

Sentado en la terraza de un bar al que suelo acudir la mayoría de las tardes me quedo un buen rato espiando al grupo de señoras que estaban sentadas desde antes de

llegar yo en la mesa de al lado, lo cual no es en absoluto difícil porque hablan casi a gritos y se comportan como si estuviesen solas. Se acercan a los cincuenta años. Un par de ellas son un poco más jóvenes pero su fealdad hace que la cosa quede bastante compensada, de lo contrario no tendrían ni derecho a estar allí ni seguramente ganas de hacerlo. Casi todas llevan medias color Burdeos, como si se hubiesen puesto de acuerdo: de un grupo de siete, cuatro las llevan iguales. Otras, las más lanzadas de ese comando casi suicida, han optado por los estampados de leopardo y los muslos emergiendo salvajes de unas botas de mosquetero, uniforme inequívoco, aunque oficioso, de toda divorciada que esa temporada otoño/invierno se adentrara en la noche del sábado esgrimiendo su derecho al jaleo y reivindicando la vigencia de su comestibilidad. Están esperando que llegue la más tardona. Cómo no, la de siempre, dicen. La critican con cierto cariño. Están nerviosas. Temen por un momento que lo estropee todo, y por lo visto no sería la primera vez. Van a cenar con «hombres» y eso hace que anden la mar de revueltas, cada dos por tres sacan del bolso sus espejitos, se atusan las cejas con el dedo meñique o repasan aplicadas su sombra de ojos. Quizá dentro de unos minutos estén ya compitiendo entre ellas como fieras pero de momento aún se ayudan unas a otras, se arreglan el flequillo y se dicen todo el tiempo lo guapas que están. Cuando ven acercarse a lo lejos al grupo de hombres recogen a toda prisa los estuchitos con los cosméticos y sobre la mesa quedan ya sólo los teléfonos móviles, las copas de Dry Martini, los mojitos y los paquetes de Winston. Hace ya mucho tiempo que dejaron de hablar de «chicos», y la propia palabra «hombre» les llega con unas borrosas connotaciones de gravedad, suciedad y peligro que les atraen y repelen a partes iguales. Hombres. Los hombres invitan siempre, te desnudan con la mirada y ven un cuerpo sin grasa ni cicatrices, te acercan a casa en un coche con los asientos tapizados en blanco. Éstos parece ser que son ejecutivos, gente de nivel, no como los de la última noche. El mismo esfuerzo que han puesto ellas en resultar espectaculares lo han dedicado ellos a mostrarse deportivos y desenfadados, nada de corbatas esta noche, que bastante les estrangulan de lunes a viernes. Las más veteranas y lanzadas aprovechan para ir marcando ya un poco el territorio segundos antes de que la partida comience de verdad, hacen público en el último minuto, sin tiempo para réplicas porque los hombres ya están demasiado cerca, su interés por éste o aquél, por el calvito alto, por el de los zapatos náuticos, aunque luego ya se sabe, depende de cómo vayan fluyendo las cosas y de los cambios de planes sobre la marcha que tendrán que comunicarse debidamente frente al espejo del lavabo, donde hacia el final de la cena, cuando ya vayan a sacar los postres, se retocarán todas en hilera. Otra, en cambio, advierte que ella sólo va por cenar y ya está, eso quiere dejarlo muy clarito, insiste, que no la llien como otras veces, que las conoce muy bien y ella, mientras no diga lo contrario, no quiere nada. Si cambia de opinión, avisará; mientras tanto rige la intención de volver a casa tan solita como ha venido. Enseguida alguna más se adhiere a su cautelosa postura: sólo salir y pasarlo bien. De eso se trata. Aunque, por si acaso, todas han elegido con cuidado la ropa

interior, están recién depiladas y hasta llevan en el bolso su discreto botecito de gel hidratante vaginal. A mi mesa llega el olor de esa confusión de colonias con las que se han perfumado las muñecas, la nuca, el culo, las ingles y hasta el último pliegue de carne de lo que fue su cintura. Tengo la necesidad de marcharme rápidamente de allí porque de repente todo aquello empieza a darme un poco de asco. No sé bien por qué, pero la escena me provoca también una gran tristeza. Pienso en las horas que habrá pasado cada una de ellas en la peluquería, esa misma mañana, con una bata azul, parecida a la que prestan en los hospitales, y la cabeza bajo el secador llena de pinzas, horquillas y rulos. Las imagino contando el dinero que les queda en la cartera después de pagar todo aquello: lavado, cejas, tintes, uñas de manos y pies, y esa imagen me provoca una extraña sensación de ternura. Y me las figuro también llegando a casa de madrugada, con los pies doloridos y hartas de sonreír sin ganas, mareadas, habiéndose perdido la serie de televisión que seguían, con una carrera en las medias y las ganas de romper en un llanto que al final no sucede porque el cansancio es aún más poderoso y se quedan dormidas en el sofá sin desmaquillar del todo, con una botella de agua fresca y los ibuprofenos al alcance de la mano. Eso o algo peor: despertar atrapadas por el peso de una pierna peluda encima de las suyas, notando un aliento ronco contra su nuca y viendo en la mesilla de noche, a un palmo de sus narices, el vaso con la dentadura postiza de un extraño que hasta hace unas horas bailaba salsa, con la camisa desabrochada, como un endemoniado en medio de la pista y contaba sin parar chistes de negros y de putas.

En el parque de al lado me quedo mirando un rato a los abuelos que cada tarde juegan a la petanca. No sé si soy yo o son ellos, pero los veo como doblados por el peso de un dolor que quizá ya no les correspondería. Vive tanto ahora un ser humano por norma general que acaba por tragarse muchas más penas de las que le caben, y eso acaba por notarse en el rostro. Una de las consecuencias de la creciente longevidad del habitante de las sociedades desarrolladas, en la que por otra parte no suele pensarse demasiado, es que, contrariamente a como sucedía hace unas pocas décadas, a los ancianos de hoy les da tiempo a asistir a la devastación de las vidas de sus hijos, los ven prácticamente envejecer, fracasar, hastiarse de la lucha. Antes, a la hora de la muerte los hijos eran fuertes todavía, tenían proyectos, mujeres hermosas, un futuro en apariencia soleado. Ahora es fácil que un abuelo contemple antes de morir el divorcio de su nieto (lo ve los domingos sentarse a la mesa en la casa familiar, sin un céntimo, con la camisa arrugada), mientras que en el mundo de antes éste, por razones de tiempo, no podía pasar de ser un niño al que ir a buscar a veces al colegio, darle la mano de regreso a casa y ayudarle a conseguir en el rastrillo los cromos que le faltaban de su colección de futbolistas. Hoy en día el anciano que se muere no abandona un mundo en marcha repleto de proyectos y promesas, como sucedía antaño, sino más que nunca un valle de lágrimas. Con todo, esta amarga circunstancia no deja de tener su feliz contrapartida: siempre cuesta menos dejar atrás un paisaje desolado que uno lleno de esos pájaros que Juan Ramón decía que iban a

quedarse cantando. Lo que queda ahora, por encima de la tierra que cubre la sepultura, es un infinito domingo por la tarde, una bruma de hastío y de derrota. Y es más fácil irse así porque nada acuna tan bien como el cansancio. Cuesta poco trabajo abandonar una fiesta cuando ya no quedan chicas, ni bebida, ni música ni fuerzas.

Me voy pensando en la cantidad de mundos que caben en el mundo, en lo lejos y cerca que están a la vez unos de otros, distantes y apiñados al mismo tiempo. La mezcla de los tranquilizantes con mi paseo de por las tardes tiene a veces el efecto de una especie de reconciliación con el mundo que viene en forma de deseo, de verdadera sed, de cosas simples y mansas. Creo que lo he hecho casi todo mal en mi vida. Por ejemplo, haberme excedido en querer llenar el tiempo, la cabeza, las habitaciones, cada pared, cada balda, acuciado por un extraño *horror vacui* que en realidad no tiene razón de ser. En concreto, creo que tengo un pasado demasiado lleno de cosas, y esto no es bueno en lo que respecta al miedo porque la angustia, por naturaleza, es siempre algo que vuelve y porque raramente emergen monstruos de un pozo vacío. Es posible que esté sobrevalorada esa pulsión, tan de hoy en día, por acumular experiencias, esa especie de síndrome de Diógenes más de recuerdos que de objetos, y que el secreto de cierto equilibrio interior, si es que tal cosa puede alcanzarse sin volverse subnormal del todo, radique en mimetizarse con la nada circundante en lugar de rebelarse y querer hacer de ella una especie de enemigo inmenso y sin rostro al que ponemos diques y trincheras como si nosotros fuéramos otra cosa diferente de la nada, como si en realidad pudiéramos ser algo más que lo que queda, siempre lo que queda, lo poco que queda, lo casi nada que queda después de haber recorrido los miles de caminos, después de haber amado, después de haber vivido entre paredes y espadas, acorralados contra el cielo y contra las piedras. Como si fuésemos algo más que una piel que envejece dejando encerrado, junto a los huesos, un montón de cenizas y posos fríos.

Nos dijo un profesor de física del bachillerato que si un átomo fuera del tamaño de la catedral de Burgos, su núcleo sería un alfiler en el suelo y los electrones pequeñas motas de polvo flotando bajo las cúpulas. Todo lo demás estaba vacío. De manera que, en la medida en que el mundo estaba hecho de átomos, podría decirse que todo era nada. Nosotros mismos éramos nada. En apariencia los objetos chocan unos contra otros pero es sólo una cuestión de equilibrios y campos de fuerza, orbitales, una confusión de imanes enmarañados. Es imposible que nada llegue a rozarse en realidad. Si yo amo a una mujer, pongamos por caso, es una peculiar disposición de la nada lo que estoy amando, una peculiar disposición de la nada que lleva su nombre, la forma que en ella adopta el vacío, el modo en que se engarzan sus miles de millones de catedrales desiertas. Creo tomar sus manos o acariciar su piel pero eso no puede pasar de ser la ilusión engañosa de una percepción limitada y enferma. En verdad se trata de un juego en el que sólo interviene un aire que en

realidad no es ni siquiera aire. Por fuerte que la abrace, es un montón de nada lo que retengo, lo que temo perder, lo que me mata.

En esos paseos me siento ratos largos a descansar en bancos, lo miro todo muy despacio, la gente, la luz, la tarde en sí. Compro el pan para la cena, tabaco, café y cualquier cosa que se pueda hacer a la plancha, vuelta y vuelta. Suelo entrar con cualquier excusa al bazar chino que hay dos calles más arriba. Por un circuito cerrado de televisión pueden comprobar que no robo nada. La tienda la regenta un tipo somnoliento que se pasa el tiempo ahí, domingos incluidos, con una radio encendida y unos cuantos tebeos. Por un momento creo que sería feliz vendiendo en esa tienda, que podría hacerlo durante horas y horas, sin nada en el pensamiento. Me gustaría quedarme allí, con la chinita que vende acurrucada al lado de la calefacción eléctrica, cosiendo a veces o mirando dibujos animados en una televisión diminuta. Me encantaría quedarme allí todo el día. Si hiciera una venta importante estaría impaciente por que llegara alguno de los dueños para contárselo con pelos y señales. Haría rayitas a lápiz en cualquier papel a medida que fuera vendiendo cosas. Sobre las tres de la tarde alguien me traería una fiambarrera con arroz y otra con trozos de carne bañados en una salsa cada día de un color, y almendras y bambú y brotes de esto y de lo otro. Eso creo que me gustaría. Y también que al final del día contáramos juntos las monedas de la caja, la chinita y yo, y que lo poco nos pareciera mucho. Y después dormir a su lado sobre un colchón en el suelo, abrazado a Oriente, como si hubiera atrapado por fin la lejanía, rodeado de cachivaches de plástico, gatos que mueven el brazo, peceras enormes y cuadros con luces y cataratas.

Veo pasar algunas veces a un retrasado mental que debe de estar a punto de cumplir los veinte años y va siempre acompañado de una señora que parece ser su abuela y que le compra el As, cromos de fútbol y cómics de superhéroes. Tanto el uno como la otra son bastante gordos y el chaval va siempre vestido con un chándal desfasado del Real Zaragoza, el oficial de hace como cinco temporadas, orgulloso y sonriente. Decido que es la abuela la que está a su cargo y que a sus padres apenas los ve: él hace tiempo que no está para hostias y se dedica a echar partidas de guiñote cada tarde en el fondo oscuro de un bar de Las Fuentes con una copa de sol y sombra colocada en la silla de al lado porque toda la mesa la ocupa el tapete; y ella, la madre, que conoció a un señor que parecía serio, lleva un bar de carretera tres provincias más abajo donde también se venden quesos, mantecados y melones. Seguramente el chico habría ido un tiempo al colegio, hasta que lo dejaran por imposible. No jugaría con nadie en el patio de recreo, pero tendría un teléfono móvil en el que se refugiaría a veces para no parecer tan abandonado. Simularía recibir mensajes y aunque sus compañeros sospecharan que se lo inventaba todo tendrían que demostrarlo porque si no desesperas y sigues mirando una y otra vez como si nada la pantallita vacía, una mínima duda siempre queda ahí. Sé que la situación sería de lo más absurda e inverosímil pero por un momento no puedo dejar de pensar que sería feliz si pudiese ser algo así como el hermano mayor de este chico, inútil como él para la brega de la

vida, igualmente a cargo de la abuela que nos haría a diario guisos sustanciosos y humildes, fuentes de macarrones con carne picada, y bocadillos enormes de panceta a la hora de la merienda. Podríamos compartir habitación, y estaría llena de pósters de deportistas y de un olor a sudor que con el tiempo dejaría de darme asco. Él me enseñaría todas sus colecciones, los álbumes arrugados a los que hasta ahora nadie ha querido hacer caso, las revistas, las insignias, y nos darían las tantas cada noche hablando de fichajes y de zombis.

Y si no hubiera corrido tanto el tiempo, si tuviese algo más de energía y una dentadura joven y blanca, también me gustaría ser el novio de una peluquera de barrio que se llamara, por ejemplo, la Puri. O Nati, Nati estaría bien. Ir a buscarla al trabajo las tardes que lloviese mucho, quedarme un rato charlando con el resto de las chicas que mascan chicle y comentan las noticias de las revistas mientras terminan de recogerlo todo para cerrar y hacen con las escobas montañas de pelo de todos los colores. Quizás a alguna no le importara lavarme la cabeza en un momento, mientras espero. Me gustaría, andando el sueño, haberme casado con ella, con la Nati, haber bailado muy bien el vals en el restaurante de un polígono cualquiera, lleno de adornos y flores y cortinajes rojos y que todo estuviera recogido en un vídeo que veríamos a veces, cuando no dieran por la tele nada que nos gustara: cómo parto la tarta, cómo bromeo con mi nueva suegra, que está gorda y feliz con su vestido de lazos, cómo los camareros rellenan las copas, cómo la Nati parece una princesa con el escote lleno de purpurina, o mejor un hada que ha hecho desaparecer las penas todas de golpe, y cómo la gente corea que la bese, que nos subamos a la mesa y que la vuelva a besar. Ahora mismo, esta misma tarde, llegaría a casa, me coflaría en el sofá y me restregaría los ojos para que me preguntase si estoy cansado. Creo que hoy le diría que he tenido un día duro. Sí, le diría que he tenido un día muy duro.

(Me dicen que está muerto)

Me llamó la policía para decirme que Jacobo había sido asesinado. Los vecinos habían escuchado esa noche gritos y ruidos extraños y por la mañana no contestaba al timbre ni a ninguna llamada. Cuando el cerrajero que acompañaba a los agentes abrió la puerta encontraron su cuerpo tirado en el pasillo, en calzoncillos, como él solía andar dentro de su casa fuera invierno o verano, y cosido a cuchilladas. Cuando colgué el teléfono, cerré con fuerza los ojos para que acudiera el llanto, pero eso no sucedió. A cambio, en la oscuridad de mi corazón, en ese mismo instante Celan volvió a saltar al río con gran estrépito y el agua de la noche lo salpicó todo. Recordé aquellas hachas que tenía escondidas junto a la puerta la última noche en que fui a hacerle compañía y confirmé la sospecha de entonces de que en aquella ocasión el miedo no era solamente a recuerdos o pesadillas, sino que de verdad temía el ataque del alguien de carne y hueso tal como tristemente ha terminado por suceder. No se trataba de un agravamiento del estado de pánico en el que últimamente se debatía, sino que, tal como quedó demostrado, tenía fundamentos más que sólidos para temer la irrupción en su casa de un asesino. Según el testimonio de los escasos testigos que creyeron escuchar algo raro, debió de ser en torno a la hora de la cena, sobre las nueve de la noche más o menos.

Al parecer, en la agenda de su teléfono móvil había puesto mi nombre en primer lugar precedido de las consabidas letras «aa» (avisar a) y ése era el motivo de que me llamaran a mí antes que a ninguna otra persona más allegada sobre el papel para que les pusiera en contacto con su familia al tiempo que obtenían las primeras nociones acerca de su identidad. Me conmovió esa especie de homenaje que me hacía Jacobo, ya desde el otro lado, al elegirme como la persona a la que había que dar parte en caso de que le ocurriera cualquier cosa: por un lado me reconocía como individuo despierto y eficiente a la hora de tomar decisiones que podrían haber sido clínicas y de importancia vital, como si señalándome dijera ante el mundo «Este hombre sabrá, llegado el caso, cómo hay que actuar»; y por otro, no podía dejar de interpretarlo como una humilde y secreta declaración de amistad, algo así como «Sé que a ti sí te importo». Y de alguna manera me sentía culpable porque nada más enterarme de la noticia, en ese primer segundo, no pensé en él, sino en mí. Algo así como «Lo que me faltaba»: lo que «me» faltaba «a mí». No sé hasta qué punto es posible lamentar la muerte de alguien desde una perspectiva que no sea la propia, es decir, la del hueco que deja en mi vida y entre mis cosas. Me hubiera gustado ser capaz de lamentarlo antes que nada por él mismo, por los días que iban a faltarle en lugar de por la falta de él en los míos. Quise pensar que había tenido una vida intensa, que los sueños

también cuentan, igual que las lecturas, y que hasta los propios miedos son vida al fin y al cabo, que no hace falta recorrer los caminos del mundo, llenar la biografía de peripecias y viajes y amores y persecuciones cuando los abismos forman parte de tu sangre y en torno a tu corazón se han cruzado todas las tormentas.

Creo que la llamada la hicieron desde su propio piso, quizá mirando el cadáver a la vez que hablaban conmigo, pero no me citaron hasta por la tarde, en la comisaría del distrito Centro. Es incómodo tener que responder preguntas con los ojos arrasados y prácticamente imposible tener las ideas lo suficientemente claras como para que puedan servir de ayuda a algún investigador en esos momentos en los que el odio va dirigido, indiscriminadamente, al mundo entero y a las circunstancias, a toda esa intrincada maraña de causas y efectos a la que, por simplificar, llamamos azar. Querían saber si podía tener deudas y yo les dije que me parecía que no, que seguro que no, y mucho menos hasta el punto de haber tenido que recurrir a usureros mafiosos o algo parecido. Querían saber si podía tener enemigos y yo les dije que eso me parecía imposible porque en ese momento era incapaz de recordar otra cosa que no fuera su ternura, su casa como si fuese mi casa, la manera que tenía de acoger y escuchar. La palabra «enemigos» me hizo pensar en esos seres inmateriales que habitaban las ranuras de sus circunvoluciones cerebrales, la recua de fantasmas que casi cada noche iban sin piedad a por él y contra los cuales me había pedido tantas veces la ayuda de mi simple presencia, pero esa clase de enemigos no atraviesan el tórax a puñaladas, éstos no matan así. Querían saber cosas sobre su modo de vida, o estilo, puede que dijeran estilo de vida, ya sabe usted, costumbres, aficiones, hábitos, cualquier detalle puede servir. Me miraron como a un demente cuando les dije que Samuel Beckett le gustaba mucho. No pretendía hacer chistes en esos momentos pero tampoco las ideas me venían con normalidad y fluidez a la cabeza. Torpemente les hice el retrato epidérmico y somero de lo que yo creía que era su vida entonces: un hombre jubilado que devora libros y películas en DVD, tirando a casero, aunque hace él mismo la compra y sale a pasear de vez en cuando, también a cenar fuera alguna que otra noche, aunque mucho menos de lo que lo hacía antes de la prohibición de fumar en los restaurantes y en los bares, aquello le hizo recluirse bastante en casa, se quejaba de que la supresión del aroma del humo en los locales había conseguido sacar a primer plano el olor a sudor, a humanidad y a sobaco, y desde entonces prefirió atrincherarse con su libertad herida bajo la lámpara de lectura o ante la pantalla de plasma donde solía ponerse los clásicos americanos de los cuarenta y los cincuenta y fumaba todo lo que le daba la gana, tomaba whisky, se acostaba sin horario alguno y se levantaba con la ley natural. Aparecía en el salón bostezando y estirándose, frotándose los ojos, pero ya con un libro debajo del brazo. Una señora le ayudaba con la limpieza de la casa tres mañanas a la semana. No sé si esa señora tenía llave. Enemigos ni idea, él me contaba bastantes de sus cosas, no sé si todas. No creo que exista nadie que no se calle algo. Puede que más bien me contara viejos recuerdos y sucesos que acontecían sólo en su pensamiento y no tanto lo que le

ocurría en la calle o a lo largo del día, pero es que de hecho él era de ese tipo de gente que habita más en su memoria que en su propia casa. Sé que sufría, y también que reía a veces a carcajada limpia, que era feliz almorzando huevos con longaniza frita y abundante vino o en las sobremesas de esas cenas con amigos que aún se celebraban de ciento a viento, devorando a cucharadas la nata de su café irlandés; que no llegó a desinteresarse del todo por el mundo ni por las mujeres aunque sí tenía cierta conciencia de estar ya sobreviviendo en el margen, fuera del camino pero junto al camino, la ventana junto a su escritorio como atalaya vigía desde la que observar el trabajo de desgaste que el tiempo lleva a cabo sobre el mundo, el paso de la vida, las nubes, el tedio. En cierto sentido era un poco como el viejo Cioran, a quien todos los años se le suicidaban lectores adolescentes mientras él, en el fondo un vitalista oculto y vergonzante, hacía *footing* con un alegre chándal por los parques de París.

De vuelta a casa no pude dejar de preguntarme cómo describiría mi estilo de vida un observador externo, y qué le parecería a un policía sentado al otro lado de una mesa gris de metal, si le daría envidia lo que escuchaba, si le daría pena. Seguramente todo depende de quién y cómo lo cuente, de las palabras que se escojan para el retrato. Hay quien podría decir de mí que soy como una sombra que recorre ciertas calles más o menos sobre la misma hora, el pelo desordenado, la bufanda puesta de cualquier manera, y se mete en bares donde pide café sin hablar con nadie casi nunca, y que a veces apunta cosas en un cuaderno o en cualquier servilleta de papel, sobre la misma barra, y que tiene cara de pocos amigos y se le ve triste por lo general y como trayéndose un peso muy grande desde algún lugar antiguo, y que seguro que su casa es oscura y no recibe apenas llamadas. Pero también puede vérseme, desde fuera, desde lejos, como a un paseante ocioso, con las tardes libres y la ciudad para él, acompañado a veces por mujeres que no están nada mal, que se beben sus palabras y le ríen las gracias como lelas, y juegan a no dejar entre todas que se abandone del todo, le fuerzan a salir y lo sientan en las cafeterías, justo en medio de todas ellas, para hacerle algo así como terapia, dicen medio en broma, y medio en broma también le riñen si intuyen que ha vuelto a las andadas de encerrarse en casa con sus libros deprimentes y no decir nada a nadie aunque la soledad lo esté matando, le dicen «Que me entere yo», le dicen «Te voy a dar...». E incluso alguna que otra parece soñar en ocasiones con rescatarle de una vez por todas de ese desvalimiento que él parece encargarse a conciencia de subrayar, como quien no quiere la cosa, con su barba de tres días, ese aspecto siempre de no haber dormido bien del todo, si es que llegó a acostarse como Dios manda, que ya es mucho suponer, y sus camisas desastradas, sus abrigos largos y esa manera de andar, de caminar a buen paso mirando tan pronto al suelo como a las copas de los plátanos, y de repente detenerse inesperada y soñadoramente en cualquier escaparate, sobre todo en los de libros de lance, almonedas y anticuarios, pero también en las vitrinas de tiendas de muebles que

proyectan hacia el frío de la calle escenarios de una vida cálida que parece andar siempre medio añorando, lámparas y pianos, muñecas de porcelana, bolidos de latón, dormitorios japoneses, rincones de lectura con la luz encendida, sillones orejeros de piel gastada que obligan a pensar en largos inviernos, café con leche, bandejitas con pastas y pilas de libros ligeramente aburridos en la repisa de la chimenea, junto a los retratos de los ancestros en sus marcos de plata. Pero todo eso no para ahora mismo sino pensando en un futuro borroso, al otro lado de la tormenta, después de haber vivido todavía un poco más, cuando esté derrotado del todo y haya terminado de lidiar con las tempestades que ahora giran en su cabeza y su corazón diga «Hasta aquí he llegado», y se encuentre tan cansado, tan sin fuerzas que no quiera ya saber de paseos y antros ni de meterse en los portales a indagar en las vidas de los otros y soñar para sí, durante un rato, las historias y los escondites y las mujeres de los demás. Parece jugar a eso, a veces, a fabricarse esa imagen de abandono y orfandad que consigue, no se sabe si queriendo o sin querer, que a alguna de esas amigas le entren ganas de llevárselo de compras una tarde de rebajas y aconsejarle un poco con los estilos y las tallas, lo que pega y lo que no pega, lo que todavía se lleva y lo que ya no, y de paso organizarle un poco los armarios e incluso, ya puestos, enseñarle tres o cuatro recetas fáciles de preparar, esos platos que alimentan de verdad y se apañan en un momento y no cuestan ni dos duros, para que no siga alimentándose de cualquier manera como él hace, tanto café, tanto pincho en la calle a base de fritos y refritos, tanto desbarajuste de horarios. Los vecinos harían aportaciones del tipo: no te aclaras con él, lo mismo junta tres o cuatro días en que aquí no se puede ni vivir de tanta gente entrando y saliendo de su casa a todas horas como no se escucha una mosca en más de un mes; a veces lo ves salir todo elegante, con sus americanas y sus colonias caras y esa misma tarde te lo encuentras luego llegando de unas trazas que, si no es porque lo conoces, pensarías que es uno de esos mendigos que se ha colado en la escalera para ir pidiendo limosna de puerta en puerta. Y hablarían entonces más testigos. El del bar La Canción podría añadir: se le veía hundido últimamente. Antes, no hace demasiado, venía con dos o tres libros recién comprados, les quitaba aquí el celofán casi con fruición, uno a uno, parecía que la boca se le hacía agua, y los iba mirando despacio, el índice, el prólogo y todo eso, y leía algún párrafo al azar, escribía algo en las primeras páginas, la fecha y su firma, seguramente. Se le veía triste, eso es verdad, pero no con una tristeza de esas que paralizan, sino como a gusto de alguna manera ahí en su mundo, sumergido en su pensamiento y en esos libros nuevos. Nada que ver con la sombra que empezó a venir después, mucho más espaciadamente, apagado y nervioso a la vez, con una amargura en los gestos. Por otra parte, los compañeros de trabajo, al ser interrogados, pondrían probablemente el acento en mi aparente «no estar para hostias». Ojo, no grosero, nunca del todo desagradable, sólo que muchas veces no te atrevías a hablarle porque te daba la sensación de que ibas como a regresarlo violentamente de algún lugar muy profundo en el que él andaba a gusto buceando, pero si tenías que decirle algo y finalmente te

decidías a hacerlo te dabas cuenta de que no era para tanto, hasta intentaba sonreír y más o menos te atendía. Una de ellas, la dulce Araceli, podría aportar algo más: no creo que fuese tan insociable como pudiera parecer, hubo temporadas que hasta creía que iba a entrarme en cualquier momento, pedirme una cita *after work*, como las llaman ahora, para tomar café alguna tarde, o proponerme una película o cualquier otra excusa. Vi cómo me miraba las piernas, le sorprendí varias veces observándome melancólicamente, esas cosas se notan, como queriendo sopesar en sus adentros la mercancía y el precio, es decir, la carne y la carga: en un plato de la balanza el deseo de arrancarme las bragas, eso creo que estaba claro, aunque puede que no fuera sólo eso e incluyera también ensoñaciones de otro tipo, más románticas por así decirlo, pasear y no estar tan solo siempre y poder decirme cosas; y en el otro plato yo como lastre en adelante, como cita más o menos inexcusable prácticamente cada tarde, obligándole a abandonar su cueva los fines de semana; la idea de su teléfono sonando en cualquier momento con mi nombre en la pantallita, yo como peso colgando de su brazo los domingos en la cola de un cine o, peor aún, en bares con música donde nada puede buscar porque se supone que ya me ha encontrado. Aunque quizá sean todo cosas mías porque lo cierto es que nunca llegó a decirme nada. Era sólo esa forma de mirarme las piernas, como digo, y lo pensativo que se quedaba de pronto y todas esas veces en que parecía que iba a hablar y luego se callaba.

Y tampoco tuve más remedio que pensar en si tengo o no enemigos: no ha faltado, desde luego, quien ha deseado matarme en el pasado, aunque eso he preferido relacionarlo siempre con la locura ajena o el arrebató irrefrenable que, en asuntos de amor y celos, he tendido a juzgar siempre como merecedores de una cierta indulgencia. Luego están los que dicen cosas del tipo «No le deseo ningún mal, pero tampoco ningún bien». Generalmente, los que hacen esa clase de afirmaciones se frotarían las manos ante tu muerte y no dudarían ni un instante en orinar alegremente sobre tu cadáver si encontraran la ocasión. Aun así, yo no los consideraría propiamente enemigos. No es tan fácil tener enemigos, es casi un lujo trágico y, según se mire, un regalo de la vida en términos de sentido e intensidad. Ése es el motivo por el que mucha gente los inventa, los imagina o los añora. Por otro lado, si yo tiendo a considerar el mundo como algo genéricamente hostil no es demasiado aventurado pensar que, en justa correspondencia, también el mundo, o parte de él, pueda contemplarme a mí como alguien igualmente hostil. Pienso, por ejemplo, en la gente que se ha querido acercar a mí en alguno de mis peores momentos y a los que me negué a hacer el más mínimo caso; personas que me atribuyeron quizás, a la luz de unos pocos síntomas, una forma de ser afín a la suya, una determinada sensibilidad, y que pensaron que yo debería haber agradecido de todo corazón su mano tendida en lugar de escapar de ellas como de la peste: personas que intentaron conmigo una correspondencia profunda, decimonónica, y solamente encontraron

respuestas escuetas y tardías; señoras que quisieron rescatarme al ver en mí la viva imagen del abandono, izarme de las fosas donde en su imaginación paso a oscuras las horas, sin que estuviesen a decir verdad a la altura de mi deseo, ni de mi deseo de luz ni de mi deseo de ellas mismas, con toda su carne cálida y su perfume de hogar; y finalmente todos aquellos de los que no quise ser compañero de viaje y a los que devolví sin firmar sus manifiestos guerreros, todos los que pretendieron ganarme para su causa, perdida o no, y hacerme desfilar bajo alguna bandera al son de su canción y no de la mía y a los que dejé plantados más temprano que tarde sin molestarme en ofrecer mayores explicaciones. Pero a un enemigo como Dios manda se le ha de odiar sobre todo en secreto, cuando nadie mira, y yo juraría que de éstos, para bien o para mal, no ha habido en mi vida. Afortunadamente, nadie a quien querer hacer vudú, nadie a quien cerrar los ojos e imaginar chillando en el potro de tortura.

No te dejan ver la escena del crimen, pero tampoco se encarga nadie de limpiar como es debido y las manchas de sangre continúan tal cual en la pared, un continente terrible rodeado de islas marrones sobre un mar vertical de gotelé. Debieron de echar un montón de serrín en el suelo, todavía quedaban restos pegados al rodapiés el día que me decidí a hacer uso del juego de llaves que Jacobo me había confiado tiempo atrás y me decidí a entrar en la casa, más o menos una semana después del crimen. A simple vista, habían dejado todo más o menos como yo lo recordaba. Sus hijos y su exmujer anduvieron por ahí apenas la policía retiró el precinto de la puerta y quedó declarado nuevamente el estado de normalidad en el rellano. Se llevaron un par de cuadros de Pepe Cerdá, que dicen que valían pasta, la máquina de escribir antigua marca Underwood, que pesaba media tonelada y había sido a la vez su emblema y su tesoro (al caer en la cuenta de esto último no pude evitar ni sentir cierto rencor, ya que yo le tenía el ojo echado a esa belleza, ni considerarme por ello, en ese mismo instante, un miserable), y lo que de valor debieron de encontrar por los cajones en un primer vistazo superficial: el reloj de oro que jamás se ponía, la colección de plumas estilográficas y poco más que yo notase, puede que alguna de las botellas de vino que andaban por ahí demasiado a la vista, tan golosas, aunque ni siquiera tuvieron el acierto de escoger las mejores. Me habían informado por teléfono de que volverían dentro de poco tiempo, en cuanto pudieran cuadrar un poco las agendas de unos y otros, para ver qué se hacía con los libros y todo lo demás, de manera que se pudiera dismantelar el piso lo más rápidamente posible, ya que era de alquiler, el contador seguía corriendo y no era cuestión de tener que pagar nuevas mensualidades sin ton ni son. En principio, la idea era meter todo en cajas y llevarlo a un lugar provisional en el que hubiera espacio, la casa que tenían en su pueblo de origen, seguramente, para más adelante ir revisándolo todo con más calma cuando dispusieran de ganas y algo de tiempo. Imaginé todo ese montón de bultos metido dentro de una furgoneta blanca, camino del campo, y después acumulando polvo en la leñera de un caserón desvencijado y lleno de telarañas, junto a aperos de labranza, guadañas oxidadas, tinajas malolientes y pellejos de vino en desuso, el precinto sellando las láminas con

las acuarelas de Jacobo, los libros, las cartas de amor, los soldados de plomo, toda una vida metida en cajas de cartón y rociada en abundancia con polvo matarratas.

(Pésame)

El velatorio previo a la incineración fue en las dependencias del cementerio de Torrero. Si la familia hubiera decidido inhumar, en lugar de quemar, los restos de Jacobo, lo hubieran hecho en su tierra. No importa que él hubiese tomado hace un tiempo la decisión de poner distancia con esa ciudad y regresar a ella lo menos posible. Esto sucede muchas veces, apenas alguien pierde definitivamente la posibilidad de poder opinar y protestar, los demás actúan según su conveniencia, he visto hasta misas cantadas, con el coro lleno de niños angelicales, para despedir a los descreídos más recalcitrantes en el epicúreo convencimiento de que la muerte no deja de ser, como todo lo demás, un asunto de vivos. Quizá no hubiera estado tan mal que los restos de Jacobo acabasen reposando en el lugar donde pasó tantísimos años por muchas pestes que echara de la dulce Provincia y de todas sus buenas gentes que habían hecho del espionaje a los demás, la maledicencia y el juicio rápido todo un sofisticado modelo de ocio. A fin de cuentas, para bien o para mal, ésa era su casa. Y una casa, un hogar en su sentido amplio, no siempre tiene que ser por fuerza el sitio en el que uno vive, también puede representar justamente lo contrario, el lugar del que alguien se empeña en apartarse, la banderita con mástil de alfiler pinchada en un punto del mapa y que señala por un lado el escenario donde, a base de siglos, azar y mezclas sucesivas, se fue elaborando despacio la composición exacta de su propia sangre; y por otro, la referencia gracias a la cual es posible alejarse, permitir que por en medio corra el aire como es debido, los ríos y hasta las corrientes marinas si es posible, huir e incluso no regresar: hasta para no volver hace falta un lugar al que no volver, unas coordenadas precisas que marquen el sitio en el que has decidido instalar el campamento fantasma de tu ausencia, la silla en la que no te sientas, los muros tras los que no te escondes, los pasos que no das y los millares de miradas que no te atrapan.

Había bastante gente pululando por la correspondiente sala del tanatorio, en su mayoría personas a las que yo sabía que Jacobo despreciaba con toda su alma. Y ahí estaban, sollozando a ratos, inventándose aventuras y recuerdos, abrazándose unos a otros según llegaban, saliendo a fumar al aire libre de dos en dos. Siempre que muere alguien se establece de inmediato una especie de batalla pública por el dolor. Entre los conocidos hay tres o cuatro que se disputan haber sido el amigo más verdadero e íntimo y, por tanto, el que más razones tiene para hallarse destrozado y recibir las condolencias más sentidas. Esa lucha no siempre se libra en la superficie: hay que seguirla entre líneas, en las actitudes y en las conversaciones. El principal empeño de los candidatos consiste en rehusar y poner freno a cualquier intento de

desdramatización, mostrar mala cara ante todos esos conatos de tímidos chistes que surgen siempre en los corros inevitablemente, a modo de alivio, amparados en la idea de que el que se ha marchado preferiría mil veces vernos reír antes que sabernos así de hundidos y cosas por el estilo, y brindar, y en algunos casos hasta llegar a hacer la consabida comedia de llenarle un vasito, entre risas y lágrimas nerviosas, y cantar a pulmón lleno su canción. Los candidatos no juegan jamás a eso, bajo ningún concepto, y si pueden impiden que los demás lo hagan porque resulta que ellos sí están tristes de verdad, no como el resto de la gente, y necesitarían consuelo, un poco más de caso, los besos emocionados de las novias de todos, si puede ser, incluso que alguna de ellas se niegue cuando llegue la noche a dejarles solos: marchaos vosotros si queréis.

Sin llegar a hacerlo nunca del todo explícito, los candidatos discuten fundamentalmente por dos cosas, siempre las mismas: la intimidad de su relación con el amigo perdido y lo significativo y cercano en el tiempo de su último encuentro. En el momento de entrar yo en la sala, de eso trataba la pugna entre tres de los mejor situados:

—Parece mentira, estuve hablando con él no hará ni una semana.

—Yo hace cuatro días.

—Pues yo hace dos. Y me llamó él, precisamente. Tenía necesidad de hablar. No sé cómo deciros, lo noté extraño, y mirad que lo conozco bien.

Una lucha intestina. Muerto el muerto, y descartado por consiguiente, ya que los laureles que se lleva el finado son un premio que corresponde a otra división, el que sea reconocido como su mejor amigo llegará a erigirse, ante una nada desdeñable concentración de personal, por una vez protagonista de algo gordo, grave y hasta solemne, lo cual no deja de suponer una especie de relevancia social por efímera que sea. Me hubiera gustado acercarme y decirles que sobran las disputas porque yo sabía a ciencia cierta, a raíz de un montón de conversaciones con Jacobo, que él los despreciaba desde lo más profundo a los tres por igual, sin mayores distingos, y que el desinterés absoluto y mayúsculo que tenía por cualquiera de ellos sólo era comparable al que sentía por los otros dos.

Preferí no decir nada y dejar que siguieran ahí felices en el compungido corro que ahora se disponía a abordar el consabido capítulo que bien podría titularse «Pero, por Dios, cómo no nos dimos cuenta», en el que ya los comentarios pasaban a versar en torno a lo culpables que en el fondo no podían dejar de sentirse todos y cada uno de ellos porque quizá no hubieran tenido que permitir que se marchase solo a Zaragoza en esas circunstancias, hundido como se le veía, bebiendo más que nunca (ahí bajaban un poco la voz), con los nervios en carne viva, en guerra contra el mundo. Como si la opinión de ellos hubiera contado alguna vez para algo, como si existiera la más mínima posibilidad de que Jacobo les hubiese hecho en algún momento algún tipo de caso. Dicen que por lo visto ha sido terrible. Dicen que la casa entera estaba llena de sangre, que tuvo que ser una especie de banda de esas organizadas. Dicen

que iba mucho a barras americanas, que se codeaba con mafias, que dejaba dinero a deber en casi todas las tiendas de su calle. Dicen que había por ahí una rusa teñida que podría ser su hija. Dicen que ese amigo que se vino con él aquí no debió de hacerle ningún bien porque ya lo conocemos todos, oscuro como él solo, la alegría de la huerta. Dicen que, aparte de la sangre y todo eso, la casa estaba hecha una mierda, polvo por todas partes, el fregote por supuesto sin hacer, el cubo donde ponía la ropa sucia lleno hasta los topes y desbordado del todo con ese olor a guarida de pirata. Mugre y ron. Dicen que vivía como un animal, el pobre, y que así no puede ser, aunque por lo visto tenía sus momentos y a veces debía de darse perfecta cuenta de sus errores porque llamaba de madrugada a la gente, hasta a los cuñados alguna que otra vez, pero que luego se quedaba callado, sólo se le escuchaba respirar fuerte al otro lado y después colgaba de repente y ya ni se molestaba en contestar si le devolvían la llamada. Dicen que el orgullo es muy malo, que no puede ser con tanto orgullo, que en realidad es ese orgullo más que nada el que acabó por matarlo. Dicen que se tomaba los medicamentos como Dios le daba a entender. Dicen todo eso. Dicen que ni plancha tenía.

(Solo en el escenario)

No sé bien con qué finalidad fui a casa de Jacobo ni qué buscaba cuando empecé a revisar los estantes y abrir uno por uno todos los cajones. Cerré bien la puerta por dentro, me puse sus zapatillas de andar por casa, preparé una cafetera y me dispuse a pasar la tarde entera allí, sin prisas, en el mismo lugar donde tantas veces habíamos hablado hasta el amanecer de esto y de lo otro. La última vez nos habíamos enredado en una conversación sobre la inanidad de todo y me pidió por favor que cambiáramos de tema cuando, como quien no quiere la cosa, empezamos a elucubrar sobre la infinitud negra en la que flota nuestro planeta como un barco que navega sin timón en un océano de angustia. Él prefería temas más terrestres, y últimamente se acordaba del pasado más de lo que en él era normal, contaba episodios sueltos de su infancia rural, entre la picaresca, la nostalgia y el horror, y sus años de internado en los salesianos y los primeros escauceos amorosos, que llegaban sin previo aviso con todo ese temblor hasta entonces desconocido, el primer pánico, un dolor tan incomprensible como real, la piel arrancada a tiras por el amor que acaba de encarnizarse contigo minutos después de hacer su aparición en escena la niña de tus sueños como flor carnívora. La trampa del vestido rosa, de la cinta en el pelo, suavidad que cuando menos lo esperas te deja el corazón deshilachado y mordido, el deseo como un látigo, el reclinatorio en el rincón más oscuro de la capilla. Las rodillas desolladas de tanto rezar. Las rodillas desolladas también de tanto caer, de tantos arbustos espinosos en la explanada que de lejos parecía un jardín. Estuvimos hablando de eso, un poco en abstracto y sin descender demasiado a los detalles particulares, de las muchachas que nos arrancaron de la niñez sin compasión alguna y del terror que flotaba en el aire, aunque eso nunca se diga, en el momento de tomar su mano bajo un almendro en flor y de toda la inocencia que te atraviesa como una espada oxidada, de las manitas blancas que depositan en tu pecho, delicadamente, para siempre una amargura que ya no se irá.

Ahí estaba la butaca de piel envejecida donde solía coflarse para leer y desde donde hace escasamente cuatro días pontificaba sobre Proust, gesticulando suavemente con las gafas en la mano; la manta de cuadros amarillos y anaranjados con la que se tapaba las rodillas, y en la mesita auxiliar, junto a un cenicero en el que aún había unas cuantas colillas tuyas que nadie hasta entonces se había decidido a vaciar, la pila de libros que tenía entre manos por aquellos días, los dos tomos de Trotta con la obra de Celan, la *Anatomía de la melancolía* de Robert Burton, el ejemplar de los *Diarios* de Márai que yo acababa de devolverle y aún no había vuelto a colocar en su sitio, *L'espèce humaine* de Robert Antelme y algunos cuadernos con

anotaciones suyas, dibujos y todo tipo de garabatos. Le gustaba que ambos fuésemos leyendo más o menos a la par los mismos libros porque así tenía luego con quién comentar los pasajes e intercambiar sus puntos de vista.

No hacía mucho, en esa misma sala, se había escandalizado ante mi teoría de que entre Auschwitz y un servicio militar como el que yo hice en España a principios de los ochenta la diferencia es sólo cuantitativa y no cualitativa. Inmensa si se quiere, abismal, brutal, eso no puede discutirse, pero en cualquier caso meramente cuantitativa. Ésa era mi tozuda posición. Auschwitz sería la mili multiplicada por una determinada cifra, todo lo elevada que se quiera, pero no algo radicalmente distinto. Recuerdo que le decía que cuando empiezan a moverse a toque de silbato masas humanas que duermen en barracas se está ya en ese camino. Si yo, a un nivel íntimo y casi físico, puedo entender los testimonios de los supervivientes, sentir en ocasiones incluso un borroso *déjà vu* al leer los libros de Antelme o Primo Levi, es porque muchas madrugadas de invierno he formado en calzoncillos ante la fachada de una batería y he pasado el mocho por una nave inmensa que era una confusión de catres y piojos y legañas. Y porque me cortaron el pelo casi al cero nada más llegar y me ordenaron a gritos ponerme en la cola de las vacunas y en la cola para el reparto de la ropa reglamentaria y en la cola para que mi escudilla fuera llenada de sopa y carne guisada mientras a mi alrededor todo eran torres de vigilancia y focos apuntando a lo alto de unos muros rematados con alambre de espinos y fragmentos de vidrio puntiagudos. Evidentemente, no defendía que el haber vivido eso me facultara automáticamente para ponerme en el lugar de los prisioneros de los campos, pero sí que me capacitaba para saber al menos de qué estaban hablando mucho mejor de lo que lo entendería una persona a la que nunca hubiesen puesto en suspensión el pensamiento y la palabra y que no hubiera desfilado toda una mañana de aquí para allá o limpiado durante horas sardinas y váteres. Sin esa experiencia de la indignidad yo no habría tenido modo de saber lo que se siente arrodillado en el fango o con una bota pisándote la cara. Ahora, en cambio, si leo esas historias de los campos sé qué paisaje poner a toda esa ignominia, qué rostros en los guardianes, qué olor a mugre y a ropa sucia y también qué tamaño puede llegar a tener la envidia que se siente hacia cualquier perro de los que acudían a alimentarse a los contenedores que sacaban por la parte de atrás de la cocina.

Y también intentaba transmitirle, torpemente, esa otra idea mía, tan vieja como confusa, de que toda vida humana encierra en sí misma la historia de su siglo. No de un modo cronológico, desde luego, ni por medio de correspondencias que puedan establecerse de una manera suficientemente nítida. Pero yo entendía que estos meses atrás, sin esperanza, habían sido mi Auschwitz con su adiós a la poesía y su cielo plagado de buitres, con la muerte sobrevolándolo todo a todas horas y las creencias caídas y los estandartes rotos. Le decía que reconocía en mi pasado la sublevación de Jaca, el rostro, la piel de qué mujer me hizo salir a la nieve en la columna de Fermín Galán, cantando, armado hasta los dientes, con todas las banderas derecho hacia la

derrota. Y le decía también que en algunos días buenos, desde la penumbra de los barracones, esperaba aún mi desembarco de Normandía, mi mayo francés, mi tiempo de catedrales ardiendo y una primavera de Praga que tomaba en mis sueños la forma de un patio encalado, lleno de macetas con geranios y no lejos del mar.

Con sus zapatillas puestas, encendí uno de sus cigarrillos y me senté a contemplar el salón desde el lugar de su ausencia. Al otro lado de la ventana, a esa hora de la tarde, los miedos que le hostigaban parecían seguir estando allí como si ignoraran que su presa ya había sido vencida para siempre por otra fuerza de naturaleza más contundente. Rondaban las nubes como cuervos al tiempo que la luz natural iba desapareciendo poco a poco de la estancia. Éste era para él el momento del día más temido. Movía ligeramente las persianas la brisa que a esas horas parece venir de la nada más gélida. Encendí el equipo de música para escuchar la canción de *Hurt*, que para mí, durante los últimos meses, había sido un poco como su tema en este pequeño teatro nuestro. Me pareció que la voz de Johnny Cash estaba más cercana al llanto que otras veces.

Luego me puse a fondo con lo de registrar los cajones, despacio, uno después de otro. No buscaba nada en concreto y a la vez lo buscaba todo. Quería entender algo. Quise dejar que los objetos fueran condicionando un poco mi pensamiento, guiándolo, porque de otro modo, sin la ayuda de esos estímulos externos que me iban evocando a veces instantes precisos, a veces épocas, nada fluía con claridad en mi cabeza. Es curioso lo que cuenta el silencio de los objetos de un muerto y la forma que tienen de estar quietos. Algunos de ellos, unas gafas con las dioptrías de otro tiempo perfectamente guardadas en su estuche, por ejemplo, o una vieja cartera llena de carnés caducados, parecen haberse adelantado, inadvertidamente y por su propio pie, al fallecimiento de su dueño, puesto que desde hace años yacían ya, encerrados y olvidados, en el fondo oscuro de un cajón de madera. La mayoría de nuestras cosas mueren antes que nosotros, nos dijeron adiós hace tiempo sin que nos diéramos cuenta. Otras, en cambio, las que nos sobreviven, hablan a las claras de la súbita interrupción de todo: prendas con su sudor en la cesta de la ropa sucia, vasos con las huellas de unos labios sellados para siempre, recordatorios para citas médicas a las que tendría que haber acudido la semana que viene, recetas pendientes de una visita a la farmacia, entradas para una obra de teatro que aún no ha sido representada en la ciudad, un almanaque sobre el escritorio con todo el taco de hojas que han sobrado y los cientos de papeles dispersos por todas partes (pósits en la puerta de la nevera, servilletas de bar, *moleskines* arrugadas) con frases sueltas que podrían haber llegado a ser algo, quién sabe si versos o cosa semejante, ideas para un artículo, fragmentos de cartas que no llegaron a ninguna parte.

Necesitaba entender algo, hacerme una idea de quién y por qué pudo matarlo y de momento no tenía nada, salvo la certeza de que él temía este ataque y que la policía había descartado la hipótesis del robo. Cuando llegué a su casa el lorazepam se me salía por las orejas. Aunque ese estado de extrema sedación no me ayudaba

precisamente a pensar con el debido orden, estaba seguro de que era la única forma en que hubiera podido afrontar el trago de entrar en su casa solo, ver las manchas de sangre en la pared y hallarme de nuevo entre sus cosas. Aun así, me sobresaltaba el más mínimo ruido que llegase del piso de arriba o el patio de luces. Es imposible no sentirse un intruso metiendo la mano en los bolsillos del abrigo de un muerto, rebuscando en sus rincones, leyendo todos sus papeles.

(Vendrán un día los investigadores)

Regresé a casa bastante aturdido y sin haber sacado en claro absolutamente nada. Pensaba que lo mejor sería volver otro día con la mente un poco más despejada y alguna idea clara acerca de hacia dónde tirar y por dónde empezar, cualquier cosa que no fuera llegar allí y coger un objeto, acariciarlo un rato y dejarlo de nuevo en su sitio, que era más o menos lo que me había limitado a hacer durante toda la tarde. Al abrir la puerta encontré mi piso especialmente silencioso y como ensuciado por una luz medio enferma, de esa que lo tiñe todo de hastío. Desde mi estado de sopor y empujado por una extraña inercia, como si me hallase en una especie de prolongación de las tareas de detective que había estado llevando a cabo hasta hacía un momento en casa de Jacobo, comencé a ver mis propias pertenencias como si fueran las de otro, es decir, como si yo estuviera de alguna manera muerto, o algo peor, y alguien entrase allí y empezara a mirar las cosas, el desorden, los muebles, los libros, con el propósito de averiguar algo acerca de quién fui y por qué caí, las razones últimas del desastre, de mi andar a la deriva y de mis manos vacías, de las sombras que me atraviesan y todo lo demás. En una de esas carpetas que no había vuelto a abrir en décadas, encontré un puñado de cartas recibidas mucho tiempo atrás, la mayoría con su sobre original, y también algún que otro borrador de otras escritas por mí, que debí de conservar en su día a modo de copia, no sé ahora con qué fin. Tomé al azar una que iba dirigida a la primera chica que me dejó verdaderamente perturbado, allá por la época del instituto. Lo primero que me sorprendió es haberla olvidado tanto. Recordaba perfectamente un par de vestidos suyos y podría dibujar el portal de su casa en la calle Costa Rica, pero su cara me costaba bastante más esfuerzo.

Querida Magdalena:

Me dijeron que te olvidaría, que todo este dolor se iría calmando poco a poco y que a la vuelta de unos años podría caminar de nuevo, tranquilamente, por las calles que recorrí contigo y entrar otra vez en los bares donde nos emborrachábamos juntos, llegar incluso a sentarme en el rincón donde solíamos ponernos al fondo de la barra, bajo aquella misma oscuridad de entonces y bajo aquella música que nos envolvía, sin pánico a que apareciese de repente un recuerdo que trajese de nuevo el sabor a ponche de tu lengua o la imagen de mis manos trepando por tus muslos, y de tu falda subida y de tu braga mojada sobre el taburete.

Me dijeron que eso siempre termina por pasar. Que la pena se va como las tormentas de montaña y deja paso a otros soles y otros cielos que se escondían radiantes tras aquel negrísimo mar de nubes que rugía entonces desde lo alto como el cielo del Gólgota sobre las cruces de madera donde colgaba la carne, muerta ya. Me dijeron que mi vida seguiría su curso y que pasarían cosas en el futuro, y que habría más viajes y mujeres y también más deseos, por qué no, y que llegaría una noche, sin darme casi cuenta, en que nuevamente dormiría de un tirón, ya lo vería, y que volvería a comer a mis horas y que podría pasar sin el montón de pastillas de mi cajita plateada, sin tener que beber en ayunas, sin arañarme el cráneo; y que no sentiría ya ganas de hacerme con el cúter más rayas de sangre en los brazos ni en las manos.

Me dijeron todo eso. Pero pasa el tiempo y mi amor no se va. Te quise tanto, pedazo de zorra, que mi amor no puede irse. Se queda siempre. Y duele. Y sigue. Y no se va. Ha hecho de mí su nido, como una

culebra que resiste contra viento y marea entre los escombros palpitantes de mi ruina, y a veces se asoma con su lengua bífida, con sus ojos sangrientos, y te espera como antes a la salida de los cines y te busca en las tabernas y en los callejones, y no sueña otra cosa, ni dormida ni despierta, que llegar a donde estés para morder tu corazón. Y ahí sigue. No se cansa. Y duele. Y no se va.

No sé qué fuerza arbitraria y extraña me impide romper esta clase de escritos algunas veces y otras en cambio me empuja a hacerlo en el acto, con toda la rabia. Por supuesto, tiene que ver con el sentimiento de la vergüenza, eso sí lo sé, pero obedece a unas claves que se me escapan. Nada más terminar de leer la carta el impulso inicial fue el de destruirla, pero al tiempo que pensaba en hacerlo mis dedos, como autónomos, ya la estaban doblando cuidadosamente y volviéndola a dejar en su sitio. Otras veces, ante situaciones similares, me había sucedido justo lo contrario: mientras mi mente decidía conservar algún papel como oro en paño mis manos lo arrugaban de golpe y acto seguido le prendían fuego dentro de un lavabo. Esta vez guardé la carta, como si algún día fuese a necesitar leerla de nuevo o pudiera hacer falta en el futuro como prueba documental de algo, no sé de qué, en una especie de posible juicio final. Es como si todo en las vidas humanas condujese hacia un ajuste de cuentas con uno mismo, a las puertas del ocaso, que luego nunca tiene lugar. Cuando no lo imposibilita la llegada por sorpresa de la muerte, lo impide todo ese cansancio que suele precederla y que desecha todo intento de recuento o inventario con su «Qué más da ahora» y su «Se hizo lo que se pudo». O la vergüenza misma, porque en realidad no hay vida que mirada hacia atrás y con un poco de perspectiva no dé en el fondo vergüenza, incluidas las de los héroes y los mártires. Da vergüenza la vida de Jesucristo y de ahí para abajo todas las demás. Son como para meter la cabeza dentro de un agujero en el suelo, como hacen los avestruces, y no volver a sacarla nunca.

Con las manos atrás, y como sonámbulo, fui recorriendo con la vista las estanterías, los lomos de los libros, los objetos que los tapan parcialmente, cajitas, figuras, fotografías enmarcadas, y la propia madera de las baldas con su finísima capa de polvo. Extrañamente, me pareció inadecuado cambiar nada de sitio como si me hallara ante las vitrinas de un museo o sobre la escena de un crimen. Es como si hubiese sonado el pitido final de una partida y fuera trampa ya tocar las cosas y mucho más situarlas en un lugar distinto del que se hubieran quedado. Supe que mi vida estaba allí, o al menos sus claves si es que mi vida ha tenido claves, coordinadas en la sombra, o alguna vez ha obedecido a algo que no fuese el caos, la improvisación o la casualidad más pura.

Cada libro tiene escrita en sus primeras páginas la fecha del día en que lo compré. En muchos casos se incluye también la ciudad y en unos pocos alguna anotación complementaria relativa a cualquier circunstancia de ese día, con quién estaba, si me lo regaló alguien, si lo robé y cómo, si llovía mucho. E incluso algunos, aunque los menos, contienen en su interior alguna que otra sorpresa que habla también de la época en la que fueron leídos: la dedicatoria de una antigua novia con esa caligrafía

tan dulce de las antiguas novias, una entrada de cine descolorida, un billete de metro, unos pétalos secos aplastados entre las páginas. Suponiendo que alguien tuviera alguna vez la curiosidad y el tiempo necesario y estuviese dispuesto a tomarse la molestia, podría colocar todos los libros por el orden exacto en el que yo los había ido adquiriendo a lo largo del tiempo, con una precisión de días, y seguro que a partir de esa secuencia sería posible elaborar una tesis acerca de algo más que la evolución de mis intereses y mis gustos lectores: mis pulsiones de huida, mis obsesiones, mi alma en definitiva, al menos tal como yo en cada uno de los momentos había querido verla. Y si, yendo todavía un poco más lejos, se superpusiera esa cronología a la de los hechos de mi vida, obtendríamos entonces una biografía paralela, como subterránea, que explicaría quizá muchas cosas de la peripecia vital que se desplegó en la superficie y arrojaría algún tipo de luz sobre mis acciones, escapatorias, terrores, enamoramientos, mudanzas y todas sus derivas. ¿Qué libro tenía en la mesilla de noche cuando creí agonizar de amor por vez primera, a los dieciséis años, la noche en que dejé la almohada llena de mocos y de papelitos con versos?, ¿qué andaba yo leyendo cuando me abandonaron en un piso interior cerca de Bravo Murillo cuyos pasillos se llenaron a partir de entonces de música agónica, cagadas de gato y cascos de Mahou en el suelo, alineados a lo largo de todo el pasillo contra el rodapié?, ¿qué literatura tenía entre manos cuando la muerte se cebó con lo que yo más quería e hizo del mundo entero, con sus calles y sus mares, una interminable tumba bajo la capa de un cielo que pasó a ser para mí la parte interior de la tapa, forrada de azul, de un féretro gigante? Los contenidos de cada uno de aquellos libros se mezclaron con los de mi conciencia en cada momento preciso, y no es aventurado suponer que de algún modo tendrían que influir necesariamente en mis decisiones o al menos en el estado de ánimo que a su vez inspiró esas decisiones. Mi mente ha estado llena de todas esas letras, enredada en ellas, sucia de esa tinta cuyos signos conformaban en lo hondo imágenes mentales, borrosas a veces y vívidas otras, mundos a lo lejos, personajes increíbles, mentiras y batallas, mujeres como entrevistas a través de una celosía de madera ennegrecida, historias prodigiosas, hospitales y selvas, maravilla y hiel, el corazón humano con todos sus desgarros y la sangre que asoma hirviente o helada. Imposible no ver esos libros como parte de lo que he sido, aliados y culpables a partes iguales para bien o para mal.

Tengo colocados los de narrativa en función de la lengua original en la que fueron escritos, y a partir de ahí en orden cronológico más o menos. La filosofía y el ensayo tienen muebles y habitaciones aparte. Una biblioteca se extiende como una infección o un monstruo que va desplegando tentáculos cada vez más abundantes y más largos. Luego hay una serie de baldas especiales en sitios privilegiados a las que yo en algún momento empecé a llamar altares, consagradas a un autor o un tema con sus correspondientes adornos y fotos alusivas. Esos homenajes han ido cambiando con el tiempo. Ahora, por ejemplo, está el altar de Marguerite Duras, con las distintas ediciones de sus obras, junto a las que he querido poner también las de Robert

Antelme y Yann Andréa, cómo no, como para que no esté tan del todo sola, y una botellita de Burdeos que ya será vinagre, sus películas *Hiroshima mon amour* e *India song* en edición especial, un marcapáginas con su imagen sentada en una mecedora estilo Emmanuelle y una colección de postales, con su estuche de cartón negro y su lazo rojo, que publicó Les Éditions de Minuit a partir de las fotografías que Hélène Bamberger le tomó a ella y a sus cosas, y a Yann, y al mar, en los alrededores de Tourville a principios de los ochenta, su cara tan arrugada, su terrorífica sed de serenidad, su sed a secas. No es más que un pequeño ejemplo, los libros de los mexicanos están acompañados en las estanterías de botellas de tequila reposado, de esas de tamaño medio que suelen comprarse en las tiendas del aeropuerto justo antes de emprender el vuelo de regreso, y pequeñas macetas con cactus que evocan un desierto lleno de alacranes; y a los de Rudyard Kipling les reservé el lugar más selvático de la librería, justo por donde se dejan caer desde lo alto, como una cascada verde, las hojas del poto. Imposible coger uno de sus libros sin antes tener que apartar las ramas como el guía nativo de los exploradores. A veces, como se ve, las combinaciones de libros y objetos responden al más manido tópico (escenas de milonga y un mate con su correspondiente bombilla junto a los relatos argentinos, barquitos y brújulas de almoneda flanqueando a Stevenson y Conrad, una vieja petaca forrada en cuero al lado de los de Malcolm Lowry); pero otras, en cambio, obedecen a asociaciones de ideas más secretas e íntimas y totalmente incomprensibles para un observador externo. Cosas mías, objetos que sólo yo sé que no deben estar en ningún otro sitio más que allí. En éstas debería centrarme. Si existe alguna clave que contribuya a iluminar algo, sin duda debe de estar allí, enredada entre los hilos secretos que unen lo más hondo de mi mente con esa parte de la biblioteca.

Y luego están los estantes con las películas y la música, también con su vocación, más o menos intencionada, de hacer biografía. No falta casi nada de lo que vi en el pasado en las salas de arte y ensayo los domingos de una época que mi deterioro actual me hace ver como dorada. Da igual que me gustaran o no en su día aquellas películas, ni siquiera que llegara a entenderlas: coges una programación del Cinestudio Griffith, o del Regio, de principios de los ochenta: miras los títulos y compruebas que todas esas películas están en mis estantes, una por una, se puede hacer la prueba. Y lo mismo ocurre con los cantantes que marcaron momentos de mi vida, los conciertos que de verdad me hicieron temblar, las canciones que durante un tiempo se convirtieron en himnos privados porque parecían estar hablando de mí o entenderme como no eran capaces de hacerlo los seres humanos que me rodeaban. Todo eso está allí pero mezclado con otros discos que apenas he escuchado aunque en el momento de comprarlos pensara que sí lo haría, quizá porque tenía la secreta intención de, algún día, comenzar a ser otro.

Contemplo ahora las estanterías y creo que reflejan la historia de una impostura y que lo que en todo caso estarían reflejando es la profundidad de un ser que en realidad no existe. Creo que esas atestadas librerías no hablan tanto de lo que soy

como de lo que he querido ser. Se me ocurre que todo coleccionista, lo mismo un consumado bibliófilo que un adolescente que trata de reunir la discografía completa de su grupo favorito, tiene en su mente, aunque sea de manera borrosa, genérica o prototípica, la idea de una visita que sucederá un día, de un personaje a quien aún no conoce al que un día le enseñará todo ese caudal de piezas reunidas a lo largo de los años a base de no pocos padecimientos y renunciaciones (o mejor, lo verá por sus propios medios sin necesidad de que nadie se lo señale, desde el sofá, y se levantará de un salto para mirarlo de cerca), y sabrá valorarlo y reconocerá al instante, a través de todo eso, el sentido de una vida entera, la identidad de un hombre. El orden de cualquier biblioteca, por muy personal que sea, se dispone siempre como un escaparate, busca al otro, persigue la admiración, el simple reconocimiento de una afinidad o el más radical desmarque. No carece de intencionalidad porque es un lenguaje al fin y al cabo. Y, como tal, puede ser sincero o manipulador. En primer lugar, habría que saber, en cada caso, a quién se dirige ese discurso, quién puede ser para cada uno de nosotros ese personaje de contornos difuminados, el misterioso visitante, inesperado siempre como la propia muerte, que llegará un día y hará el recuento final de nuestras cosas, y sabrá quiénes somos a través de ese cómputo de lo que está y lo que falta, de volúmenes y huecos, de tesoros y ausencias. ¿Por qué, si no, es imposible conciliar el sueño sólo con que falte un tomo de su sitio y en un salón enorme, lleno de todo tipo de enseres, muebles y volúmenes, lo primero que salta a la vista es el hueco del libro que no está, aquél, por ejemplo, que se prestó y no ha vuelto? Y no es ni siquiera preciso que ese hueco exista físicamente, ya que los libros siempre tienden a apretarse unos junto a otros, y en doble fila, y en horizontal llenando el espacio hasta la balda superior; basta con saber entre qué otros dos libros debería estar ese lomo que falta, con su color, con sus palabras exactas, para que la mirada siempre termine posándose allí. La impostura a la que me refiero consiste en que mi biblioteca quizá no sea, como siempre he creído, el mapa de mi alma. Pero me falta saber a quién he pretendido engañar, con menor o mayor conciencia, a lo largo de tantos años. Si pienso en ello veo a veces a una mujer, de madrugada ya y con una copa en la mano, curioseando entre los estantes. Lleva el pelo recogido, y al quitarse la gabardina aparece un vestido negro que muestra los hombros desnudos. Saca un libro a veces, lo hojea y vuelve a dejarlo en su sitio. Está de espaldas a mí, no me hace caso directamente aunque me acerque a veces a besar suavemente su espalda o la parte posterior de su cuello. Hago comentarios acerca de lo que ella está observando pero no me escucha, no le interesa ahora lo que yo le diga. Me busca entre los lomos de los libros que recorre suavemente con los dedos. Me busca sólo allí. Y quizá por eso, sin darme del todo cuenta, he trabajado una vida entera preparando este momento del futuro o del delirio del que en ocasiones me llega una imagen desvaída, con música de piano y un gran aguacero al otro lado de la ventana. Otras veces, en cambio, pienso que el engañado no es otro que yo mismo, una dimensión de mí más inocente y confiada que mira todo aquello y se complace, y se

calma al creer que en su vida ha logrado hacer que hubiera algo, ha construido algo.

Me daba cuenta de que la casa de mi amigo muerto me había hecho mirar mi casa de otra manera. Como si yo ya me hubiese ido dejando todas las cosas a merced solamente de la ausencia. La puerta bien cerrada, apagado el interruptor general de la luz, el polvo inundando a su ritmo, tan parecido al de la eternidad, todo el silencio de los objetos sin vida.

Vendrán un día los investigadores. Registrarán la casa, vaciarán de golpe sobre una mesa el contenido de los cajones. Desdoblarán los papeles, mirarán despacio cada fotografía, cada carta, y los recortes del periódico y los recibos del banco y los tickets de compra más recientes. Tomarán en sus manos los objetos que primero fueron nuestros, en la época en que tú todavía les quitabas de vez en cuando el polvo con un plumero (tu pañuelo en la cabeza, tu canción...), y que luego me pertenecieron sólo a mí, tan melancólicamente, al tiempo que se volvían de repente más pequeños y un poco más viejos, y que en adelante no serán ya de nadie, carne de contenedor de basura o quincalla vendida al peso en el mejor de los casos: el souvenir del dragón multicolor que compramos en el parque Güell, la tetera de Fez, la caja medio oxidada de dulce de membrillo de Puente Genil donde guardabas las postales que entonces todavía recibíamos de vez en cuando, el velero de mástiles tronchados, el taxi de Chicago en miniatura. Anotarán en un cuaderno las palabras que juzguen importantes, casi todo en realidad: por si acaso, nunca se sabe dónde salta la liebre, lo que pensé sólo un día, lo que escribí sin saber, la fecha que anoté en el dorso del programa de mano de una obra de teatro o de una entrada de cine, las pistas de una vida, las huellas medio borradas de unos pasos que se dirigieron derechos hacia un abismo sin que nadie lo entienda todavía.

Vendrán un día los investigadores. Leerán a toda prisa las cartas que escribí tan despacio, los relatos por terminar, los poemas todavía llenos de tachaduras y vacilaciones, versos vergonzantes, apuntes pudorosos. Volarán sus ojos, a gran velocidad, sobre los adjetivos que sopesé con cuidado, conseguirá la torpeza de sus dedos enguantados en látex que al final acabe por correrse la tinta, que se vayan formando en medio de las cuartillas pequeñas nubes azules con fragmentos de huellas dactilares. Vendrán un día los investigadores y averiguarán lo que yo nunca supe, las razones escondidas de mis miedos, la raíz de las tormentas, los motivos de la noche, sabrán por qué hice las cosas cuando las hice y observarán al microscopio el hielo que otras veces me paralizó; se adentrarán sin miramientos en los bosques por donde no quise andar y pondrán patas arriba lo sagrado, lo delicado, lo medio roto, todo lo que se sostenía de puro milagro. Vendrán un día los investigadores y sabrán a quién amé.

(El niño de las palomas)

Dentro de una caja de cartón encuentro una foto en blanco y negro en la que camino feliz abriéndome paso entre las palomas de una plaza, probablemente la del Pilar en Zaragoza, aunque el plano es tan corto que también podría ser que se tratara de la plaza Cataluña de Barcelona. Da lo mismo. Debo de tener unos cuatro o cinco años, nunca he sabido calcular muy bien la edad de los niños. Es invierno a juzgar por mi abrigo abrochado hasta el cuello aunque las piernas, como era normal en aquella época, al menos en mi familia, iban al aire por mucho frío que hiciera. El caso es que recuerdo perfectamente aquel abrigo, que en realidad era rojo, con su capucha de esquimal, y también me resultan extrañamente familiares los calcetines de rombos que llevo puestos y los zapatos mal abrochados. Pero no puedo terminar de concentrarme del todo en que ese niño sea yo, la palabra yo se me desdibuja por momentos, creo que no la entiendo. La imagen de ese niño me despierta una ternura que no soy capaz de sujetar. Lo miro y me da pena.

Niño, perdóname por todo el daño que te he infligido, por lo que he acabado haciendo con tu vida. Perdóname por no haberte escuchado más, Rocamadour de mi novela, caballito de cartón, por no haber pasado más tiempo contigo. Miro esta foto y por primera vez en mi vida creo que te veo de verdad. No eres sólo yo, es decir, eres yo pero te me vas de dentro, te deslizas de la cárcel sucia de mi limitada identidad y pasas a ser un niño, sin más, ahí fuera, merecedor de toda la dulzura, de mucho amor, incluso del amor mío que es pobre ahora y un poco gris y que muchas veces acaba por manchar las cosas aunque yo no lo quiera. Si te viese desde fuera del todo querría protegerte, besarte, nadie iba a poder hacerte nada malo estando yo cerca. No sé por qué la cordura me dice que no puedo tener esos sentimientos sólo porque seas yo cuando era pequeño, no comprendo hoy el porqué de ese pudor extraño que debería sentir al quererte y de repente no siento, quizá porque me deslizo ya por una rampa que no sé dónde me dejará caer, en medio de qué oleaje o de qué silencio terrible. Te contemplo y sé que podría llegar a amarte como a nadie. Por ningún ser podría haber hecho tanto como por ti, viviendo como he vivido dentro de tu piel, llevando el timón, sobre el papel al menos, de los pasos que calzas en esos zapatos de charol con hebilla en el costado que ahora dan un poco de risa. Podría haberte guiado como un Ángel de la Guarda, defendido tu risa y tu inocencia y las cuatro esquinitas de todas tus camas; y, sin embargo, a ningún otro ser arruiné la vida de semejante manera. Te pareces mucho a uno de mis hijos cuando tenía tu edad. Sois casi iguales. Por él habría dado la vida y lo seguiría haciendo y a ti apenas te he dado nada: estos pulmones negros, en todo caso, amores desgraciados y noches de terror; un hígado

para el arrastre, unos pocos amigos pero siempre el mismo nudo rondando tan cerca de la garganta y todo ese peso que conoces con el que cargué tu espalda. Miro hoy mis rodillas, mis manos, y me cuesta trabajo pensar que son las mismas que las de la foto, los mismos ojos, las mismas piernas que te sostenían a ti. Apenas puedo creer que siga vivo. Es decir, sé que sigo vivo pero no lo entiendo.

Necesito hoy decirte que te he querido a mi modo, aun sin saber hacerlo. Que me gusta que seas mi pasado y que estoy orgulloso de tus diplomas del colegio y de las cosas que dibujabas con cuatro pinturas en cualquier papel, algunas de las cuales guardo todavía en una vieja carpeta al fondo de un armario, monstruos y montañas con las nubes arriba, heladerías ambulantes, bólidos de todos los colores, futbolistas a punto de disparar, revólveres y príncipes a caballo.

No sé en qué momento te dejé morir. En realidad, ni siquiera sé si estás muerto de verdad, muerto del todo quiero decir, pero aun así déjame decirte que sinceramente lo siento si es que fue así, si es que no supe abrazarte lo suficientemente fuerte cuando te ibas, cuando resbalabas de mí no sé hacia dónde. Era tan suave tu piel, tan cristalinos tus deseos. Ahora que no te oigo más, ahora que hace tiempo que ya no te noto palpar ahí adentro, en lo oscuro de mí, quiero que sepas que duele de puro frío el lugar de mis entrañas donde dormías abrazado a tu camión de plástico, con tu elefante de juguete, tu pijama heredado, tus ganas de conocerme tal como creías que yo iba a ser y al final no supe.

Yo, para ti, iba a tener el pelo negro como el carbón y muy brillante e iba a llevar casi siempre una camisa blanca muy bien planchada, de eso me acuerdo, aunque también tendría otra como la que suelen ponerse los exploradores, puede que con alguna insignia de esas que conceden los reyes a los hombres de acción. Y unas botas muy altas. Y gafas de sol. Iba a tener un descapotable bastante grande de color rojo brillante y estaría todo el tiempo regresando, muy moreno, de viajes por islas y selvas que nadie conoce. Hay un montón de postales que al final tú y yo no mandamos a nadie desde ninguna parte. Pienso a veces en esas postales, en los cielos increíbles que tenían. Al final, nadie se peleó en España por coleccionar esos sellos exóticos que llevarían pegados con nombres de países difíciles de retener, con uves dobles y haches por en medio, y cada vez de un color y de un tamaño distinto. Creo que se quedó en nada toda esa envidia que íbamos a dar al mundo fotografiándonos sonrientes y con sombreros de todas las clases en puertos antillanos y en las cumbres del Asia, los idiomas de nativos que aprenderíamos a hablar, las artes de guerra y pesca, las máscaras misteriosas de madera de ébano que adornarían las paredes de nuestra casa, llena también de baúles con tesoros encontrados en templos ocultos bajo mantos de hiedra, y de amuletos contra la mala suerte y joyas y puñales que enseñaríamos a veces a las visitas con mucho cuidado de que no fueran a romperse. Me temo que de todo eso sólo conseguimos la camisa blanca.

Ni siquiera puedo pedirte que no me olvides porque afortunadamente un niño no puede recordar lo que será. Por eso juegan y ríen, los niños, por eso no se tiran por los

barrancos. Pero sí te ruego que me creas unas pocas cosas: no fue queriendo que me aparté de ti, te recuerdo muchos días, casi todos; me hubiera gustado que pasáramos más tiempo juntos.

(Leonera)

El primer fin de semana después de la muerte de Jacobo me tocó estar con mis hijos. Y fue realmente difícil, en primer lugar porque no quería que se percatasen de mi estado y continuamente me veía obligado a salir de casa para poder llorar lejos de su vista. Voy a bajar la basura, les decía, o voy a comprar el pan, voy a dar una vuelta a la manzana para airearme un poco. Pero lo que hacía era romper en llanto en el primer rincón donde calculaba que nadie pudiera verme. Buscaba portales que se hubieran quedado abiertos, entradas de garaje para ponerme a llorar. Si me alejaba demasiado de casa tenía que volver corriendo porque sin motivo alguno se me metía en la cabeza la idea de que algo terrible podría haber sucedido durante mi ausencia por breve que ésta hubiese sido, un cráneo abierto, un escape de gas, otro mapa de sangre en la pared o en las baldosas del suelo. Veía a uno de mis hijos con la cabeza en el pecho del cadáver del otro, llorando y llamándome. Sólo en algunas películas he visto llorar así, con la boca abierta y el rostro entero cubierto de lágrimas. Luego se intercambiaban los papeles. Si primero era el mayor el que yacía inerte, luego las figuras giraban, como en aquellas viejas peleas del patio del colegio en las que literalmente rodábamos abrazados por la tierra girando sobre nosotros mismos, y el muerto esta vez era el pequeño. El temblor de las manos apenas me dejaba meter la llave en la cerradura y cuando por fin conseguía abrir la puerta aparecía ante mí la escena más doméstica y pacífica. Me hundía en el sofá para recuperar el resuello pero los latidos tardaban cientos de minutos en apaciguarse. Tampoco ayudaba mucho el ruido infernal de la Play Station con sus interminables batallas entre marcianos o zombis, su música estridente y sus planetas en llamas. Tuve que decirles que estaba enfermo para ver si conseguía que se apiadaran un poco y también para que no encontrasen del todo extraño que a las horas de las comidas pusiera sólo sus platos en la mesa y yo me quedase sin probar bocado en el otro extremo del salón o paseando de un lado a otro del apartamento como una fiera enjaulada.

Algo se había descompuesto dentro de mi cabeza, pensamientos que se salían de su cauce y empezaban a pudrirse en las orillas. No podía dejar de escribir cartas mentalmente. Me fluían palabras, a veces en voz alta, olvidaba el comienzo y volvía a empezar. Querido Jacobo, por ejemplo, querido Jacobo, ahora estás muerto, se ha acabado todo, los libros que dejaste a medio leer en la mesilla de noche y en la biblioteca y por todas partes, las historias de amor que tuvieras entre manos o en la alcoba sucia de la imaginación y también el desasosiego de aquellas noches que no te atrevías a pasar solo. No tomarás en brazos a ningún nieto, no volverás sobre Proust en ese invierno futuro e ideal que tenías en la cabeza, con nieve y coñac añejo y una

chimenea encendida junto al ventanal enorme que dibujabas a veces. Ni cumplirás aquella fantasía que tenías de llamar, en cualquier cumpleaños, a unas cuantas putas de las más caras, como tú decías, de esas que se disfrazan de parisinas como si nada y hablan idiomas y saben estar (y, cómo no, *faire*) en cualquier parte y llevan por dentro la seda más auténtica, traída de la China o de donde sea, y simulan el deseo como nadie y entreabren la boca de un modo que ellas saben y entonces estás perdido porque han recibido entrenamiento para aparentar que en ese mismo instante morirían si alguien las apartara de tu piel. Querido Jacobo, ahora estás muerto, y yo estoy sentado en tu casa, prácticamente a oscuras, mientras en la mía, a unas cuantas manzanas, no me espera nadie. Querido Jacobo, ahora estás muerto, debería estar pensando en quién te mató y en cambio sólo pienso en quién podría matarme a mí. Y eso hace que me sienta un canalla. Eso y el hecho de no haber sido capaz de llorar cuando me dieron la noticia, ni tampoco al día siguiente en el tanatorio. Sólo ahora, un poco a destiempo y puede que más pensando en la pérdida que para mí supone que en el final en sí mismo de tu persona. Se me ocurre llamarte para pedirte prestadas aquellas hachas y también para que esta vez seas tú quien venga a hacerme compañía en mi casa durante la noche porque noto cómo el miedo me crece dentro y no sé ni dónde meterme cuando el pasado vuelve, dónde esconderme, porque apago las luces y cierro las puertas pero la sangre no cesa ni duerme ni se calla. Luego caigo en la cuenta de que de verdad te has ido y entonces es como si sucediera otra vez, son pequeñas réplicas de tu muerte en mi cabeza. Pensé en ti como si fueras el tipo más loco entre los locos cuando descubrí esa especie de arsenal primitivo medio escondido en el vestíbulo de tu casa, que tu caída era ya en barrena y que irremediamente eras carne para la unidad de agudos de un psiquiátrico al que tendría que ir a verte los domingos por la tarde con bombones de licor y libros y cartones de tabaco. Y sin embargo se ha demostrado de la peor de las maneras que tenías buenas razones para permanecer por la noche alerta y armado, que el peligro era perfectamente real y no la fantasía de un enfermo que suda soñando con filos ensangrentados de la misma manera que podría haberlo hecho llenando su pensamiento de otras cosas no menos terribles como el pavor de los planetas flotando en la oscuridad del infinito y llenándolo todo de un vértigo y una soledad que ni en el universo cabe, o de la posibilidad de morir en breve sin conocer más amor que el ya pasado, esa reminiscencia tan dulce como borrosa que sobrevive a duras penas en el recuerdo como algo que acabó por ser tirado a la basura, que se gastó inadvertidamente en una lejanísima época en que las vacas eran gordas o al menos lo aparentaban, cuando volvíamos del súper cargados de pañales y cajas de preservativos en envase ahorro familiar y víveres que no nos cabían en el frigorífico y todo estaba en orden y la vida era como el viaje hacia el cielo de un columpio recién pintado en mitad de un jardín salpicado de olivos. Antes de que la luz se empezase a desgastar y empalidecieran en poco tiempo todos los labios.

Querido Jacobo, te han matado a ti y yo pienso en mi vida. Y me duele porque no

se me escapa que es egoísmo al fin y al cabo, como cuando me contabas tus cosas y yo sólo esperaba el momento de meter baza para soltar las mías. Lo que ocurre es que, aun viéndolo así de claro, no puedo evitarlo tan fácilmente. Te volviste loco y con tu razón, de la mano, se evaporó también la mía. Has muerto y lo que yo siento es mi propia muerte a cada instante, de una manera vivaz, dentro de la piel y en todo el aire que me rodea. No puedo impedirlo: si mi pensamiento no fuera tan libre, tan esquivo siempre a mi propia voluntad, probablemente hubiese sido otro, hubiese sido feliz. Y ocurre que además he estado recordando estos días lo que Robert Antelme le escribió a su amigo Mascolo en una carta: «Dionys, quisiera decirte que no pienso la amistad como una cosa positiva, es decir, como un valor, sino mucho más, es decir, como un estado, una identificación, por tanto una multiplicación de la muerte, una multiplicación de la interrogación». Y recuerdo que tú me hiciste leer *El dolor* y todo lo que hablábamos entonces. Y aunque por pudor nunca nos miráramos de frente al pronunciar determinadas palabras creo que sabíamos bien el lugar que en todo amor ocupa el desgarró. Ahora tú te has ido y de algún modo me arrastras, te llevas en tu partida el sentido de las cosas como un señuelo para que yo simplemente corra detrás, para que husmeando ese cebo en incansable persecución, acabe tendido a tu lado en la misma playa gris donde se agota el aliento, chillan las gaviotas y las canciones se acaban. Y no hay reproche aquí ni casi lamento: cargo con el debido convencimiento el peso que me corresponde de una sola cruz.

Vas a dejarme también que te diga otra cosa: hace unos años hubieras muerto mil veces mejor, cuando vivías aún con una mujer que te quería. Hubo un tiempo en que te habrías despedido del mundo con la sensación de marcharte lleno de amor. Lo he visto en otros casos, en familiares o amigos a los que acompañan hasta el último momento, esposas que discuten con los médicos, que mueven Roma con Santiago para conseguir una prueba más, un analgésico o una cama al lado de la ventana con vistas al pinar; que se quedan en el hospital toda la noche, todas las noches, sin ni siquiera abrir un libro, sólo diciéndote adiós con la mirada, haciéndote sentir que el viaje que se acaba fue maravilloso y que todo, de algún modo, valió la pena. Dejando aparte consideraciones metafísicas o biológicas, la muerte es algo que tiene que ver con la ausencia y esa ausencia tiene que ser percibida por alguien. Los que vivimos solos como perros no podemos morir en este sentido porque ya desde antes estábamos muertos de alguna manera. Para morir de verdad es necesario dejar un hueco, el lugar de la mesa donde te sentabas a desayunar con los demás y en el que ahora ya no se pondrá nadie. La muerte es ese trozo de mesa en el que falta una taza de café con leche. Hay que dejar una silla vacía si quieres morir como Dios manda y que alguna vez alguien te recuerde; y, Jacobo, las sillas vacías que tú dejas nadie las ve, están en una casa sola y cerrada. Por eso, quizá, siento que tu muerte me pertenece, que has muerto sólo para mí como, si hubieran sido las cosas al revés, yo habría muerto para ti solo. Y si alguna luz arroja tu final, si alguna enseñanza pudiera derivarse de todo esto no es posible que haya más discípulo que yo en el aula vacía en

cuya tarima tú te callas de golpe mientras yo te miro por última vez desde el único pupitre.

Regreso de madrugada de registrar tu casa y continúo luego con la mía sin solución de continuidad, empleándome más a fondo todavía, como si entre mis cosas, por absurdo que parezca, pudiera hallarse también alguna de las respuestas a todo esto. Y me olvido de ti. Y busco en los estantes de mis libros, en el fondo de mis propios cajones, abro carpetas polvorientas llenas de papeles viejos con las esquinas dobladas que ya no sé qué son, hasta me han salido por alguna parte la cartilla militar y el título de bachillerato superior. Vuelvo a mirar despacio, una por una, las fotos a las que durante tanto tiempo me resistí a enfrentarme, buscando esta vez alguna clave, persiguiendo el rastro de una vida que desde hace un tiempo ya no entiendo. O que quizá nunca he alcanzado a comprender del todo pero que ahora, por alguna razón que tiene que ver con un féretro acolchado, absurdamente forrado de tules y terciopelo en el que yaces tú cosido de arriba abajo como un muñeco de trapo, necesito entender de la manera que sea. Puede que no siempre suceda, pero a veces la muerte (y creo que puede bastar con su inminencia, cercanía o simple sospecha), lo ilumina todo. Y es justamente bajo esa luz cuando se ve que no hay nada.

Te han colocado unos algodones en los orificios de la nariz y los oídos, y unas señoras mayores, tías tuyas he creído entender, se han alejado de la vitrina con flores donde te exponen comentando entre ellas que estabas más guapo ahora que la última vez que fueron a tu casa de visita hace unos cuantos meses para asegurarse de que te apañabas bien. Menos hinchado, decían, menuda diferencia, y como más sereno, no hay punto de comparación, sin esas ojeras rugosas que a veces daban horror. Mira, Jacobo, yo no sé gran cosa de detectives ni pesquisas policiales. Ese campo nunca ha sido mi fuerte. Incluso como lector de novelas, ya lo sabes, he sido siempre más tirando a francés y melancólico, tal como te me burlabas tú; he preferido siempre el monólogo interior a las historias enrevesadas que avanzan entre revólveres, pistas fiables o falsas, enigmas y coartadas. Me pierdo casi siempre. Nunca logré entender del todo ni *El sueño eterno* ni *L. A. Confidential*, ni en los libros ni en el cine, sólo por poner un par de ejemplos de los que ya hemos hablado mil veces. Pero una cosa te digo a pesar de todo, en este momento, aquí, en medio del silencio que se propaga desde tu caja y que estrangula ahora mi garganta: y es que voy a emplear hasta la última gota viva que quede por ahí perdida en los escombros de mi inteligencia, por enferma que la note, por apagada que esté, para que esto sencillamente no se quede así.

(Procesión por dentro)

Con este estado de cosas y la creciente sensación de que todo se estaba desmoronando por momentos a mi alrededor, fui a ver a mi madre a la residencia de ancianos con el ánimo de quitarme de encima al menos una de las cosas que engrosan esa lista de pequeños remordimientos y tareas pendientes que suele impedir pensar y hasta vivir cuando aumenta por encima de lo que debiera. No siempre puedo ir a ver a mi madre, y otras veces sencillamente lo que ocurre es que me faltan las fuerzas. No sé hasta qué punto me reconoce todavía pero está claro que se alegra de verme. Al menos se muestra orgullosa cada vez que es su nombre, y no el de otra cualquiera de las internas, el que suena a todo trapo por la megafonía que anuncia las visitas desde un montón de altavoces distribuidos por los pasillos, y todo el mundo, internos y auxiliares, locos y cuerdos, a falta de otra cosa mejor en la que emplear el tiempo, se ponen a buscarla por las estancias o entre los setos que bordean los senderos del jardín. Se siente importante y eso hace que aparezca siempre con una sonrisa victoriosa que ha ido dirigiendo, hasta llegar a la sala en la que nos sentamos, a todas las compañeras a quien ese día nadie ha ido a ver. Enseña orgullosa su caja de bombones, su frasco de colonia. Me enseña a mí. Algunas le dicen que soy muy alto, que soy apuesto. Le preguntan que cuántos hijos tengo, si soy el mayor, si vivo en Barcelona, cosas a las que ella no sabe responder. Y dice que sí a todo, y se ríe feliz y me agarra fuerte del brazo. Ya sólo por eso valdría la pena la visita.

Me la quedo mirando. Es cierto que nos parecemos, como dice todo el mundo, pero todavía más cuando ella está asustada. Entonces somos casi idénticos. Sus grandes ojeras son las mismas que contemplo cada mañana en el espejo de mi cuarto de baño, quizás un poco más rugosas pero igual de hondas. Es como un reflejo de mi propia ruina pero esperpénticamente amplificadas, algo así como la sentencia de que todo en mi desastre puede ser peor de lo que ahora es y que el particular proceso de demolición al que estoy sometido sigue inexorable su curso. Basta con dejarle al tiempo que vaya haciendo sin prisa su trabajo. De momento, reconozco como propia la angustia en la que ella se pierde, noto cómo caigo a veces por rampas que están dentro de su cabeza, a pozos que son suyos. Ella se desplaza con un bastón por esos corredores que siempre huelen a sopa rancia y al pis de los pañales usados, y lo hace con mi propio cansancio igual que yo me arrastro cargando con el suyo por mis días al otro lado de los muros revestidos de hiedra. Noto en mis huesos el peso de su espalda y hasta camino a veces con su dolor de rodillas, rebuscando casi siempre, al igual que ella hace, entre recuerdos hundidos. Pienso en mi estado de confusión actual y en estos nervios que se retuercen ahí dentro sobre sí mismos como en la

pequeña embajada de una demencia que le pertenece.

Sé que va a contarme lo de siempre. Últimamente no hay demasiada variedad en su repertorio. Cosas de antes, de mucho antes de todo. Respiro hondo y me propongo ser paciente y tratar de volver a escuchar esas historias como si las oyese por primera vez. A veces las relata como un recuerdo y otras como si estuviéramos realmente en medio de ese tiempo. Me transporta a las calles de su infancia que huelen a leña y a agua jabonosa discurriendo junto al bordillo de la acera, y vuelve a decirme cómo a ella y sus amigas, en sus juegos de entonces, les gustaba colarse en las casas en las que había velatorio movidas por un reto morboso. En la entrada había siempre una mesita cubierta con mantel negro, el libro de firmas y una bandeja plateada con las tarjetas dobladas por una esquina en señal de pésame. Subían las escaleras temblando por dentro, fingiéndose modosas y compungidas de verdad hasta la planta correspondiente. La puerta estaba siempre abierta, cogían a veces alguna galleta al pasar por la sala o un puñado de terrones de azúcar, y en cuanto veían al muerto salían corriendo escaleras abajo, medio histéricas, asustadas, muertas de una risa que era de todo menos jovial. No dejaban pasar una ocasión, cada vez que en el portal veían los macabros signos comenzaba una nueva partida en la que ninguna de ellas podía quedarse atrás. El juego se interrumpió de una vez por todas una tarde de invierno en que, en la calle Padre Huesca, se encontraron con que el muerto que yacía sobre la cama era un niño de su edad. Y aún lo describe como si lo estuviera viendo, la cara casi blanca de puro pálida, los secos que parecían los labios; los pantalones cortos, el rosario amarrado a unos dedos crispados con las uñas más limpias y mejor cortadas que había visto en su vida. Creo que cuando me cuenta esto lo que quiere es decirme, sin más, que un día su infancia se acabó para siempre y que bien pudiera haber sido precisamente ese día.

Y por asociación de ideas, de aquí pasa siempre a otro de sus clásicos: la procesión de Semana Santa del año en que uno de sus compañeros de clase salió formando parte de la cofradía que representaba las Siete Palabras portando un cartel en el que podía leerse «Tengo sed», y cómo ese mismo compañero, a los pocos días, murió ahogado en el río, y lo que comentaba la gente, entre el terror y el chiste, y el miedo a reír, y la pena, porque entonces el incienso que llenaba el aire era todavía un humo que llegaba denso del mundo de las sombras, el efluvio de un Dios enfurecido que, aunque pareciese lo contrario, tomaba nota de todo y a veces perdonaba y a veces no. Era la época en que al paso del Ángel Exterminador tuvieron que prohibirle salir a las calles a procesionar con el Santo Entierro debido a los desórdenes públicos que causaban las escenas de terror y los gritos estremecedores desde los balcones, los tumultos y las carreras en la acera por causa de la creencia popular, fuertemente arraigada, de que allí donde la carroza siniestra detuviese un momento su paso para respiro de los costaleros, moriría alguien ese año. Y me contaba cómo era el filo de esa guadaña oxidada en las garras del esqueleto vencido y pisoteado por el ángel, el olor a cera derretida, las chispas que las lanzas de los romanos encendían al chocar

contra los adoquines de la calzada, el llanto de los niños y los pies descalzos de los penitentes encapuchados, sus ojos en lo hondo de los orificios de tela como animales escondidos y amenazantes, los guantes de cuero negros, la sangre en sus tobillos, las cadenas que arrastraban al andar. Y el miedo. Me hablaba de un tiempo en el que yo no había nacido todavía pero era como si estuviese refrescándome recuerdos propios porque el caso es que yo he visto todo eso también, a excepción del célebre paso del Ángel Exterminador. Mi madre no quería que por nada del mundo nos perdiésemos las procesiones de Semana Santa, lo cual me lleva a pensar que todo ese sobrecogimiento, ese miedo que pasó de niña sentada en un bordillo del Coso con su bolsita de altramuces lo consideró a la larga bueno para sus hijos, como si quisiera ofrecernos sus mismas pesadillas, algo de lo que luego poder consolarnos, y así conseguir que nos pareciéramos más, estar más unidos todos y necesitar, como hacía unos años le había sucedido a ella, la luz del pasillo encendida para poder dormir. Era cierta idea de la intensidad lo que estaba pretendiendo regalarnos, igual que cuando nos contaba por las noches relatos de abandono o de terror. Nos proporcionaba toda la negrura que nosotros no acertábamos a ver con nuestros propios ojos y que, por contraste, nos hacía apreciar más la luz del día, los objetos cotidianos del hogar, las horas de hastío, la sopa, los cuadernos de deberes, el olor a jabón de las sábanas y almohadas, el olor de ella misma cuando se inclinaba sobre nuestras camas, justo antes de apagar la luz, para darnos las buenas noches, uno por uno, y dejarnos dibujada sobre la frente, con su dedo pulgar, una cruz invisible. No puede amarse del todo un refugio si no existen afuera fuerzas que lo acechen, un mundo rebosante de orfanatos y tumbas y fieras, de niños que esa noche no han cenado y viento que aúlla al doblar las esquinas de los barrios donde nunca entramos.

Escucho hablar a mi madre sentada ante su café con leche, con esos gestos de niña y la mirada perdida, y me figuro su mente como en un paisaje devastado, árboles caídos, ramblas secas, casas desmanteladas. Pienso en aquellas parejas de imágenes panorámicas que mostraban en los reportajes la misma perspectiva de una ciudad antes y después de un bombardeo: a la izquierda la torre de una catedral coronada de campanas y cigüeñas, y a la derecha el montón de escombros que quedó en su lugar; a un lado los vigorosos puentes sobre un río cualquiera del mapa de Europa, y al otro las pilastras sueltas que se asoman a la superficie del agua como muñones de hormigón. Me miro después a mí mismo y me pregunto si a partir de cierta edad toda mente no puede ser ya más que un escenario devastado, tablas levantadas en el suelo, clavos sueltos por todas partes, cables pelados, focos que ya no lucen; y si no hay más remedio que enmarcar allí, medio a oscuras, todo cuanto veamos o nos ocurra para que se mezcle bien con los recuerdos que ya había, la desolación de antes, el miedo antiguo. Cuando ya se han cumplido unos cuantos años aparece tarde o temprano esta nueva forma a priori de la sensibilidad externa: el escenario roto de un teatrillo en ruinas donde sucede el mundo, desgastado ya, sin nada por estrenar, mal iluminado. Allí hay que meter todo, lo bueno y lo malo. Todo en la mente, de la

manera que sea. Fuera de esos límites queda el reino del oscuro noúmeno donde, de puro enorme, nada cabe ni nada sucede ni nada tiene nombre.

Me pide que la lleve al cementerio. Siempre pide lo mismo a todo el mundo que se le acerca, incluidas las visitas ajenas, las camareras de la cafetería y el resto de internos. No suele conseguir nada pero no por eso ella deja de intentarlo. Vuelvo a mentirle esta vez: estoy sin coche, lo tengo averiado en el taller y he tenido que venir a verla en el autobús. Me dice que cuando no mira nadie, ni las viejas ni las enfermeras, arranca flores del jardín para ponérselas a mi padre en la tumba, pero que se le marchitan siempre escondidas en el fondo de su armario porque nadie quiere llevarla al cementerio.

Caigo en la cuenta de que todo lo que hemos hablado tiene que ver con la muerte. Con niños muertos de cuerpo presente en las tardes de posguerra, con ahogados en el río, con papá, con la gente huyendo entre gritos de la sombra de un ángel de escayola. Cuando me despido le hago la señal de la cruz en la frente como me hacía ella para darme las buenas noches. Sonríe.

De repente es una niña a la que alguien quiere. Creo que cuando se muera y sus sesos se mezclen con la tierra todo lo que es más suyo, más ella, es decir, las grietas húmedas en el cerebro, por ejemplo, o los pozos de angustia, todo el entramado de vasos sanguíneos por los que circulan a tropezones sus miedos sin causa permanecerán en mí. Sé que se quedarán aquí. Tranquila, mamá, le digo, pronto estarás muerta pero podrás respirar. Y seguiremos compartiendo lo que haya, la nada de ambos: será para los dos todo el aire de la superficie que yo sorba, su hastío y su tristeza, como será para los dos la oscuridad en la que tú yazcas.

(Contraseña)

En el fondo sabía desde el principio, aunque no quise detenerme a pensarlo, que todos esos registros de la casa de Jacobo, hurgando entre sus cosas y sus papeles, escuchando sus discos y mirando una vez tras otra la media docena de fotos encontradas en los cajones tenía más de poesía que de eficacia y que, verdaderamente, donde se encuentran hoy en día las claves para desentrañar los movimientos de una persona, como bien saben no sólo los investigadores sino cualquier niño medianamente avisado, es en su ordenador. Junto con los registros de llamadas del teléfono, es allí donde queda todo el rastro.

Cuando la policía devolvió esos aparatos, el móvil de Jacobo estaba sin su correspondiente tarjeta, apenas una carcasa sin datos que rascar aparte de la fecha y la hora, pero el ordenador en cambio parecía no haber sufrido daños ni grandes modificaciones. Supongo que se quedarían con una copia del disco duro para buscar cosas raras tirando del historial de Internet, pero el hecho es que lo devolvieron intacto y eso me permitió pasar unas cuantas horas fisgando en las carpetas y visitando las páginas en las que él había estado recientemente: mucha Wikipedia, muchos artículos sobre arte, blogs literarios y cosas así, pero nada que llamara especialmente mi atención desde el punto de vista de averiguar si se había metido en algún lío extraño: no había entrado, al menos en los últimos meses, en ninguna página de contactos ni de compraventa de nada. Tampoco era asiduo de los casinos virtuales. Ni siquiera tenía banca electrónica. Comparado con el mío, y eso que tampoco lo uso para gran cosa, podría decirse que aquel portátil estaba prácticamente vacío. Absolutamente nada de lo almacenado en ese trasto tenía el más mínimo interés salvo, quizás, unas cuantas fotos de una mujer a la que yo no había visto nunca que tenía unos muslos brillantes y dorados, del color del pollo a l'ast. Esas fotos estaban metidas dentro de una carpeta a la que había dado el nombre de «N.». En una de ellas posaba en cuclillas al tiempo que se abrochaba una sandalia y sonreía a la cámara, en otra estaba totalmente de espaldas preparando algo en una cocina y en las demás, tomadas el mismo día a juzgar por la ropa y el peinado, aparecía de frente en distintos lugares de lo que parecía ser un parque de barriada como tantos otros. En todas aparecía sola. Imágenes completamente domésticas, sin recortar ni retocar y bastante mal encuadradas. No tenían la más mínima pinta de haber sido descargadas de la red ni de pertenecer a una especie de actriz ni nada por el estilo. Me bastó ver una sola vez esas fotografías para saber que entre aquella mujer y mi amigo había existido algo intenso. Fue una de esas cosas que se adivinan al vuelo, en apenas un momento, sin que nadie pueda explicar por qué. Algo tan intenso, además, que

perfectamente podría confundirse con la lejana reminiscencia del amor o algo peor y que justificaría que Jacobo no hubiera querido hablar de ella conmigo, como había hablado de tantas otras que consideró más efímeras, para preservar su nombre del hostigamiento de mis fantasías.

Miré mucho rato a esa mujer. Me parecía extranjera de muchas cosas. Del país, sí, pero también del tiempo, de la moral, del mundo de las cosas y las calles grises en el que yo andaba viviendo últimamente, hasta el punto de que resultaba casi inconcebible que los dos estuviéramos respirando el mismo aire. Utilicé el *zoom* para acercar la imagen todo lo posible. Mirando sus ojos pensé que me gustaría ver en ellos, algún día, un dolor por mí. La imaginé sentada en mi lecho de muerte, cuidándome, acercándome a los labios un vaso de agua. Por un instante, aunque fue un instante brevísimo y casi imperceptible, me alegré de que Jacobo estuviera muerto.

Debía conseguir de la manera que fuese la contraseña para entrar en el correo electrónico de Jacobo. En caso de haber algo que arrojase un poco de luz, sin duda alguna estaría allí. Para empezar, probé con una que había tecleado delante de mí hacía bastante tiempo y que memoricé sin querer, pero ya no era ésa. Yo sabía, porque me lo había dicho, que por sus problemas de memoria solía tener una clave corta que le servía para todo. Entre las decenas de cosas que había sobre su mesa, todas manchadas de ceniza, encontré un pósit amarillo con la banda de pegamento ya gastada en el que con su caligrafía menuda había escrito cuidadosamente la palabra *barcarola*. Sólo con ver allí anotado ese nombre suelto, sin pinta de pertenecer a un medicamento ni nada por el estilo y comenzando por minúscula, supe que acababa de hallar lo que andaba buscando.

En las carpetas de mensajes recibidos y enviados N. resultó ser Nadia. No habían cruzado demasiadas cartas. A las primeras de cambio debieron de pasarse al teléfono como medio de comunicación habitual, quizá para no dejar huellas como las que yo andaba husmeando. En cualquier caso estaba claro que, al contrario de como le sucedía a Jacobo, Nadia era parca en palabras y no parecía sentirse demasiado cómoda explayándose por escrito. El primer mensaje, de él a ella, databa de unos ocho meses atrás:

Nadia, habrás visto la torpeza con la que en el último minuto te he pedido el número de teléfono y esta dirección de correo electrónico a la que te escribo, y habrás caído en la cuenta también de lo peregrino de la excusa: los dos sabemos que los libros que he quedado en prestarte puedes conseguirlos de otras mil maneras distintas. Están por todas partes. Los tiene todo el mundo. Puede incluso suceder que formen parte de tu biblioteca desde hace años y que en este momento estés viendo sus lomos desde la silla en la que estás sentada mientras me lees, y también puede ocurrir, en realidad no me extrañaría nada, que sea yo quien no los tiene ni los ha tenido nunca. Durante la cena no podía quitarte los ojos de encima, pero eso ya lo sabes. A estas horas sólo puedo esperar que el resto de los comensales, especialmente tus amigos, no se haya dado cuenta de hasta qué punto me traían al fresco las demás personas y conversaciones. Como has visto, tengo ya un largo camino recorrido. Soy un tipo con pasado, como suele decirse, aunque eso no hace que me resulte más fácil escribir una carta como ésta. Porque esto es una carta, ¿no es cierto? Por más que llegue a ti a través de unas ondas misteriosas en el aire y de todo el jaleo de enchufes y de cables. Tiemblo siempre ante el amor. Y no vayas a asustarte por la palabra que estoy usando. Es a falta de otra para entendernos mejor aunque

puede que no sea inadecuada del todo si pienso en cómo has estado ocupando mi cabeza desde la noche de la cena, en cómo regresé a casa silbando de contento y aterrado a la vez. Pero no temas, aunque ahora te ofreciera mi vida entera, sin entrar a valorar lo apetecible o no de semejante regalo, está claro que desde el punto de vista de la cantidad iba a ser bastante poca cosa. A ciertas edades dar la vida es ya dar apenas nada. Corrijo si quieres: tiemblo siempre ante la idea de una historia que empieza, igual cuando era un colegial que no levantaba tres palmos del suelo que esta noche en que te escribo, viejo ya, con pelos en los nudillos de los dedos y unas gafas sin las que no vería nada delante de mis narices, operado de un montón de cosas, medio podrido por dentro. Especialmente tiemblo cuando, como ahora, está el asunto en la fase en la que, al menos sobre el papel, aún puede ser todo o nada, que acabe por entregarte lo que me queda de ganas y de tiempo desde aquí hasta que la caída del telón, o bien que no te vuelva a ver. Sin desdeñar, por supuesto, ninguna de las maravillosas posibilidades intermedias que tienen que ver con que vengas por mi casa de vez en cuando a escuchar música como si nada, a tumbarte en este mismo sofá en el que ahora me faltas, a dejar que te desnude. Pero el caso es que hay una moneda en el aire, cayendo desde hace días a cámara lenta, y eso es lo que me hace temblar e implorar a no sé qué dioses por que caiga del lado que no me condene a solamente soñarte.

He visto a Jacobo emplearse mucho más a fondo en este tipo de cartas. Hubo una época en que me las enseñaba prácticamente todas y puedo asegurar que, en comparación con aquéllas, ésta está llena de pereza y poca fe. Se me hizo raro que no hablase del mundo interior que se asoma a veces a su mirada, todo un clásico, ni de cómo ha creído entrever en esa profundidad procelosa los motivos que hacen falta para seguir respirando, el reto de compensarla por un pasado repleto de heridas y de trampas. Nadia se tomó cuatro días para contestar y finalmente lo hizo en unas cuantas líneas que leí varias veces mirando sus fotos en los intervalos.

Estás loco, completamente loco. El caso es que llevo unos cuantos días dándole vueltas a todo esto y creo que quiero verte. Puesto en un plato de la balanza el miedo tan terrible que me da y que tú no podrías entender ahora, y en el otro el asco que siento por mi vida tal y como es en estos momentos, creo que sí, que quiero verte. Pero hazme el favor de irte olvidando desde ahora mismo de toda esa mierda del amor, esto sí te lo adelanto. Creo que podemos contentarnos con sólo sus gestos, revolcarnos un poco por sus aledaños. No se te ocurra llamarme. Deja que te llame yo. Lo haré en cuanto encuentre las palabras. Más palabras, quiero decir, aparte de estas que son sólo para decirte que me esperes.

Los siguientes mensajes son ya posteriores a un primer encuentro a solas que debió de ser bello y vertiginoso. Sé que estamos hablando de una perfecta desconocida. Sé que estamos hablando de un amigo muerto hace pocos días, todavía caliente dentro de la tumba, como suele decirse. Es igual: aunque no haya una explicación para esto, lo que yo estaba sintiendo se parecía mucho a los celos.

II

Como nadie

Los desesperados besan como nadie.

MANUEL VILAS

(Nadia)

No tardé mucho en escribir a Nadia. Redacté mentalmente un montón de correos electrónicos, no sabría decir cuántos. Salía a pasear y le escribía. Me metía en un bar a tomar café y le escribía. Veía una película y a la vez le estaba escribiendo, me dejaba llevar por el vértigo de las palabras. También mentalmente rompía un sinfín de papeles y los apartaba de mí a patadas. Y después volvía a empezar. Querida Nadia. Estimada Nadia. Nadia a secas. Tú no me conoces. Soy amigo de Jacobo. No sé cómo decirte esto. No sé si estás al tanto de que ha muerto. Lo han asesinado, en realidad. Si ya lo sabías, sabrás también que ha sido horrible. Si te estás enterando ahora, si tu primera información son estas palabras quiero que las imagines acompañadas de un abrazo fuerte para ti. Me gustaría verte. No entiendo nada. Me gustaría verte y que habláramos.

Esa misma noche me llamó. Yo estaba recostado en el sofá y comiéndome una pizza al tiempo que veía un documental sobre los agentes dobles durante la segunda guerra mundial cuando sonó el teléfono. Pasaban unos minutos de las doce. Quité el volumen del televisor y la voz de Nadia me llegó con un fondo de imágenes en blanco y negro de soldados avanzando en la nieve. Soy yo, me dijo. No se identificó pronunciando su nombre. Simplemente dijo soy yo como si yo no pudiera estar aguardando ninguna otra llamada. Como si fuera mi esposa o algo así. No tenía acento ruso como yo me había imaginado, en realidad no tenía ninguna clase de acento y hablaba muy bajito, como si temiera despertar a alguien. Era una de esas voces algo gatunas, con tendencia natural hacia el susurro y que te hacen lamentar que falte la intimidad suficiente para de repente cambiar el tema y empezar a decir las sandeces más dulces como en las conversaciones de los novios que viven lejos y se llaman a diario después de cenar, sin gran cosa que decirse, y con la manita jugueteando en torno a los botones del pantalón. Le conté cómo habían sucedido las cosas, lo poco que sabía en realidad, mientras en la pantalla se veían las bombas caer desde los cielos de Londres o Dresde y columnas de prisioneros hechos en el frente ruso caminaban hacia los camiones medio descalzos, con las cejas blancas por la escarcha. A Nadia casi no le salían las palabras, titubeaba un poco y sus silencios eran tan largos que a veces me parecía que la comunicación se había cortado. No quise mentirle en cuanto a la manera en que había dado con ella. Tras volver a darme las gracias por la información de una manera un tanto formal y prácticamente inaudible pareció entrarle prisa por colgar. Aunque no se quejó en ese momento, estaba claro que no le había gustado nada la idea de un desconocido leyendo sus cartas. Sin demasiada convicción empezó a esbozar una despedida que yo no estaba dispuesto a

escuchar. Las especiales circunstancias en las que estábamos hablando por primera vez, la brutalidad del asesinato y todo lo demás, me excusaban un poco de mantener las formas, de modo que directamente le pregunté que quién era. ¿Quién eres, Nadia?, ¿de dónde has salido? En la televisión se veía ahora cómo, aplicando sobre las hojas de papel un producto especial con un pincel, aparecían los mensajes escritos por los espías con tinta invisible. Y mostraban también toda la información que puede haber en un solo punto mecanografiado si se mira después al microscopio, en menos de un milímetro cuadrado todo lo que hay que saber acerca de los planes del enemigo. Nadia comenzó a explicar, sin demasiado entusiasmo, cómo conoció a Jacobo y la relación «de amistad» que mantenían, restando importancia a la cosa, una cena, unos cuantos paseos, tres o cuatro conversaciones en alguna de las cuales le había hablado de mí. Había aviones y carros de combate de juguete, hechos de cartón piedra, junto al paso de Calais para despistar a los alemanes y mantenerlos alejados de las costas de Normandía. Nada era lo que parecía y mucho menos lo que decía ser mientras escuchaba la voz de Nadia al otro lado del teléfono. La mayor confianza era su respiración, el susto ahí en su voz. Quiero verte, Nadia, quiero verte, ahora que los divisionarios españoles se preparan para cruzar el Oder y Stalin grita desde lo alto de un balcón forrado de banderas, ahora que Eva Braun filma en el corazón de los Alpes suizos, a todo color, a unas sobrinas que estrenan vestido y juegan con una pelota y sonríen a la cámara, quiero verte; ahora que las palas excavadoras proceden a remover los cadáveres de Auschwitz y empieza a fundirse la nieve en Leningrado. Quiero que me digas qué está pasando aquí, quiero ver de cerca los muslos de la foto, acercar a ellos mi mano, quiero que vengas con ese mismo vestido, con tus sandalias de griega, quiero oír cómo suena en vivo el temblor de tu voz y ver si dice algo que merezca la pena escuchar en medio de estas noches encadenadas las unas a las otras y estrangulada cada una por su propia cadena porque, ¿sabes?, me he quedado solo y estoy bastante borracho esta noche, y te hablo desde una casa que está a todas horas podrida de oscuridad por más que encienda todas las luces y abra las ventanas de par en par porque es una oscuridad que es como si naciera de debajo de las camas, justo donde dormían los cadáveres de la infancia y mirabas y parecía que no había nada pero estaban allí y revientan ahora, tan a destiempo, y esa oscuridad que va manando de ahí abajo se agarra luego a las paredes, y es como aceitosa además, y se pega a los dedos y al espejo y lo llena todo de sombra y no se va ni con detergentes de ninguna clase ni con corrientes de aire ni con música alguna; una casa en la que está ahora mismo todo patas arriba, cajones vaciados de golpe sobre la mesa del comedor, libros que aún tengo que decidir si van a arder o no dentro de la bañera, álbumes y cuadernos apilados en el suelo, preparados para el día en que me atreva a mirarlos, a pasar las hojas sin cerrar ni apartar los ojos. Ven porque Berlín es ahora mismo una enorme extensión de ruinas humeantes, los supervivientes caminan entre los escombros con la mirada perdida y todo el mundo busca pan y cuenta muertos y yo tengo un muerto que contarte a ti, Nadia, a ti que guardas entre tus piernas la llave del

secreto, la razón de la sinrazón y toda la luz que esta noche me querría beber. Un muerto que se deslizó por el mismo agujero por el que diría que a estas horas se me va la vida al tiempo que mastico una pizza ya fría y veo desfilar judíos cabizbajos hacia las cámaras de gas y todo se hunde a la vez en el pasado y ahora, en un mismo fango fuera del tiempo, y hablo contigo y no me dices nada.

Conseguí el compromiso de un encuentro para el día siguiente. Un café. Es increíble el tiempo que hacía que no pensaba en qué me pondría mañana, ese problema dulce, qué camisa, qué chaqueta, gafas de sol sí o no, qué zapatos para llegar hasta donde estuviera ella.

(Puede que amor no sea la palabra)

Algunos resortes que la voz de Nadia, más que su conversación en sí, me removió por dentro junto con el exhaustivo registro de mi propia casa que estaba llevando a cabo esos días, con todos los papeles, objetos olvidados y fotos viejas que me iban apareciendo por cajones y carpetas y en los rincones más insospechados, me hacían pensar más allá de lo aconsejable acerca de la presencia del amor a lo largo de mi vida, como tema genérico, digamos, y en si podría ensayarse algo así como un relato de esa presencia a través del tiempo, si habría una especie de hilo del que tirar que hubiese unido de alguna manera, bajo un patrón, la colección de triunfos y heridas o se trataba, todo lo más, de episodios inconexos, más o menos borrosos en el recuerdo, como imágenes desenfocadas o fragmentos de canciones sin una melodía común que pudiese conferirles algo parecido a un sentido. Tengo un fajo de cartas con diferentes caligrafías cogidas con una de esas gomas para el pelo, una tira de fotomatón, a punto de borrarse ya del todo, en la que aparezco con Laura haciendo el payaso y poniendo caras antes de besarnos gravemente para la posteridad, varios sombreros en el altillo del armario, envases individuales de champú robados en hoteles con algo anotado en la etiqueta (aquellos *check-in* de madrugada, tratando de que el mostrador no dejara apreciar la polla tiesa bajo el pantalón y la chica dos pasos más atrás, mirando al suelo), papelitos con mensajes escritos que a lo largo del tiempo me fueron dejando en un montón de mesillas, desde promesas de eternidad a notas de «Ahora vuelvo», una cajita creo que de nácar en la que guardo dos anillos, uno de plástico verde que me regalaron una noche bajo una luna inmensa en el parque de Berlín cuando tenía quince años, y una alianza de oro con un nombre y una fecha grabados por dentro (si miro esa palabra y esos números durante un buen rato hay un instante en que se evapora de golpe su significado y puedo ver sencillamente la materia sin más, las ranuras que un día hizo una pequeña máquina sobre el metal). Tengo un montón de cosas que no sé si tienen que ver algo entre sí o no, ni si el dolor que me causa tocarlas posee una misma naturaleza. Pienso en los rostros que tuve entre las manos, acariciando una mejilla con el dedo pulgar, y en cómo se confunden ahora los ojos y los labios, cuando la memoria maltrecha hace salir de una boca entreabierta el sabor que no corresponde, la lengua que no es.

Los domingos tenía que ir a misa con mis hermanos y mis padres, hace mil años. Si lo hacíamos por la mañana íbamos a la iglesia de los Salesianos de Francos Rodríguez, y si, como solía ocurrir, lo acabábamos dejando para la tarde, entonces teníamos que acercarnos, por cuestión de horarios, hasta la parroquia de San Antonio, en la calle Bravo Murillo a la altura de Alvarado. Sobre todo en invierno, ése era el

momento más triste de toda la semana. Aunque yo era demasiado pequeño y me faltaban unos años todavía para alcanzar lo que los adultos llamaban la edad del pavo, durante toda la ceremonia sólo podía mirar las piernas de las mujeres. No tenía ojos para otra cosa y lo que me gustaba especialmente era verlas desde atrás. La costura de las medias, la forma que los zapatos de tacón conferían a las pantorrillas. Las había desnudas, negras y de cristal. También me gustaba cuando se arrodillaban todas al unísono ante el sonido de una campanilla que daba la orden desde el altar y cuando se golpeaban suavemente el escote diciendo «Por mi grandísima culpa», allí, flanqueadas por filas de velas encendidas, los guantes puestos, las mantillas, los misales, toda la mezcla de perfumes. Soñaba con que se quedaran quietas para mí, con que se arrodillaran igualmente al antojo de mis órdenes. Y fantaseaba también con una especie de conjuro mágico que las dejase paralizadas, al tiempo que mis padres quedaran ciegos y el tiempo detenido. Todo, a excepción mía, como congelado dentro de la iglesia. Entonces me acercaría a algunas de ellas que había escogido de antemano, les desabrocharía algún botón, todo muy despacio, pasaría la yema de los dedos por sus labios, les tocaría el pelo y creo que también las rodillas. Pero enseguida todas esas caricias me parecían poco, demasiado humildes para estar dentro de un sueño en el que podía haber todo, valer todo, con el tiempo suspendido y el mundo ciego. Cogería un cuchillo grande de cocina y se lo clavaría en los gemelos, de arriba abajo, casi verticalmente. No por eso se movían ni se despertaban del todo en la representación mental que yo me hacía: no les dolía, no trataban de huir, no gritaban. Me asustaba desear tan poderosamente ver la sangre resbalar por sus piernas, quedar atrapada en cada vértice de las medias de red, toda esa suavidad teñida de un rojo de pintalabios o letrero de burdel. Puede que amor no fuera la palabra, pero se parecía tanto. No necesitaba preguntar si todo aquello era pecado. Por fuerza tenía que serlo. No de palabra ni obra ni omisión, pero sí de pensamiento en este caso, y además mortal de necesidad. No esperaba menos. El miedo a arder en las llamas eternas, o mejor dicho, a merecer arder en ese fuego me hacía sentir miserable y vivo.

Mi tío mataba corderos casi todas las tardes para que al día siguiente mi abuela tuviera género abundante para partir y vender en la carnicería que regentaba. Jamás me perdí uno de aquellos sacrificios, mis ojos como platos ni pestañeaban siquiera ante la vista de aquel ritual que se repetía en silencio bajo una bombilla pelada y decenas de moscas volando alrededor. Tenía siete años, y luego ocho, y luego nueve y así un montón de veranos. Después de atarles fuertemente las cuatro patas con un fencejo de hacer gavillas, afilaba el cuchillo en una esquina ya desgastada de la pared de piedra del corral y les atravesaba el cuello de lado a lado sujetándolos bien con la otra mano y con la rodilla izquierda. Rápidamente el cubo que había preparado en el suelo se llenaba hasta arriba de una sangre espumosa. Uno de los momentos culminantes era cuando, después de haber abierto el cordero en canal, sacaba todo su aparato digestivo casi de una pieza, quitando el intestino delgado, que se vendía

aparte para fabricar cuerdas de guitarra, y lo lanzaba por lo alto de una portezuela a la pocilga de los cerdos que en ese mismo momento empezaban a pelearse entre chillidos horribles por devorar esas tripas aún palpitantes de las que salía una pequeña nube de humo. Siempre me he resistido a relacionar esto con las carnicerías que soñaba en la iglesia durante las interminables misas, pero no deja de ser cierto que la primera erección que recuerdo la tuve el día que mi tío me dio permiso para escoger y atrapar al cordero que había que sacrificar esa noche de entre un grupo de seis u ocho que él había apartado previamente en una dependencia del corral que era para las ovejas algo así como el corredor de la muerte. Eso cada vez era menos un juego: ahí fui Dios con todas las de la ley. Los corderos se amontonaban contra un rincón, trepando unos encima de los otros y me miraban todos con unos ojos que se han colado en mis sueños miles de veces. Es verdad que en cosa de pocos días todos iban a acabar igualmente muertos pero no es menos cierto que yo esa noche condené y absolví y comprendí a mi manera a qué se referían los catequistas cuando hablaban de la gloria divina. Y me puse eufórico, y luego estuve triste y a la vez orgulloso por haber sabido llevar con la frente bien alta la parte que me correspondía del deber del verdugo. Y recuerdo que aquella noche no había manera de conciliar el sueño porque se me venía a la mente todo el tiempo ese chorro de sangre cayendo en el cubo, toda esa espuma roja que era algo así como zumo de mi culpa y no dejaba de pensar ni un instante en el poder y la gloria. Desvelado, me asomé al balcón de madrugada y sentí, por vez primera, que todas las estrellas estaban de mi parte.

Unos años después, eché el semen de una de las primeras masturbaciones de mi vida dentro del bolso de una amiga de mi madre. Encima de una cama, en la habitación más cercana a la entrada, amontonaban las visitas todos los abrigos, bufandas, paraguas y demás. Y yo entré allí e hice eso en la penumbra no sé muy bien por qué, quizá porque ésa era entre las amigas que solían acudir a merendar de vez en cuando la más guapa y más joven y la que mejor cruzaba las piernas al sentarse en la salita para tomar su café con pastas, y era además la única que solía llevar las uñas pintadas de granate siempre, no sólo los domingos, y yo quise que sus manos tan suaves, al buscar algo a ciegas dentro del bolso, se mancharan con el semen que era producto de un amor y de una fiebre que en el fondo le pertenecían a ella de pleno derecho. Dueña y señora. Era mérito suyo ese semen, obra de su cosecha, la consecuencia del deseo para el que ella había estado trabajando antes, consciente o no, eso a mí no me importa, al peinarse esa tarde en el tocador, al escoger su vestido y probárselo ante el espejo girándose a un lado y a otro, al extenderse las cremas por toda la piel. Y me gustaba imaginar su gesto, la mueca de asco en su cara al descubrirse los dedos pringados de no se sabe qué, tan pegajoso, y sucias de mí sus gafas de sol, su pequeña agenda forrada en piel con los números de teléfono de hombres que la invitarían a cócteles algunos sábados, el pintalabios y todos los botecitos de agua de colonia y laca para esas uñas que nunca me arañaron la espalda.

Pienso en el amor ahora y veo siempre la misma habitación oscura, una parecida a

esa donde se guardaban los abrigos, la persiana amortiguando en parte los ruidos de la calle, la insoportable luz del día, y una sábana gris y humedecida por el sudor en la que quedarse tendido mientras todo vuelve a su sitio, casi sin hablar, junto al cuerpo que hasta hace un momento era puro jadeo y grito y sed desmelenada y que ahora yace vencido, temblando un poco aún, bellísimo y sucio en la penumbra. Una tarde de verano en la ciudad y un preguntarse qué va a ser de nosotros, cómo luchar contra la carne que nos ata y nos vacía y nos colma y nos lanza por los aires, cómo podremos vivir a partir de ahora sin mordernos enteros, sin hacernos daño, sin tener que arrastrarnos tras el deseo ajeno cada vez que uno vaya y otro vuelva y las ganas pinchen en hueso y solamente las moscas acudan a la herida. Por qué pendiente rodaremos cuando se quede la ciudad quieta en una tarde vacía en mitad de un estío desierto y no nos tengamos ya ni tengamos nada más que el recuerdo de esto como una tortura, la marca de mis dedos en tus nalgas mientras sonaba Miles Davis y la llama de la vela se desvanecía sobre una colina rosa de cera fundida. A veces en la furia del amor, cuando saca las uñas y se desata de verdad desde la sangre más honda y acaban por confundirse caricias y latigazos, el beso de miel y la embestida brutal, está ya el castigo por el dolor que vendrá, como un cobro por adelantado, la venganza por las lágrimas que todavía no han sido pero que llegarán sin duda más temprano que tarde, y por la soledad que espera y por la tristeza de tardes y más tardes, a la vuelta de un par de estaciones, en las que se recordará el vértigo de esta piel suave estampada contra la pared, el silbido de la fusta en el aire, la boca entreabierta que en la penumbra suplica a un tiempo castigo y clemencia. Puede que amor entonces no sea la palabra. Puede que no lo sea en absoluto si las caderas que agarramos con fuerza, hundiendo en ellas las uñas, son siempre las de una mala puta y todo el dolor que aguarda, aun antes de haberse formado y empezar a existir, gotea ya desde alguna parte y nos moja la espalda en la oscuridad.

Hoy recuerdo, desordenadamente, a algunas de las mujeres que pasaron por esa habitación que no era siempre la misma aunque sí en mi recuerdo, como si la cama fuera un barco volador que atravesara el tiempo en todas direcciones y a la vez fuese cambiando de ciudad. A algunas las metí poco menos que a empujones, pero fueron más las que subieron por su propio pie, contoneándose un par de peldaños por delante de mí, aquella escalera con macetas y gatos que conducía a esa alcoba tras cuya ventana se escuchaba siempre en sordina el ruido del tráfico de las distintas calles en ciudades diferentes y las sirenas de las ambulancias desbocadas allá abajo, en el asfalto, camino de La Paz, camino del 12 de Octubre, camino de la Casa Grande.

A la mayoría las escogí oscuras, en la medida que pude, pero hubo otras a las que directamente rapté de la luz, sobre todo al principio. Las arrebaté de mundos suaves en los que eran felices a su manera y se movían como pez en el agua entre sus academias de inglés y de piano, sus miércoles de piscina, sus viernes de tango con profesor porteño, sus tardes de biblioteca marcando con rotuladores fluorescentes de todos los colores verdaderas montañas de apuntes fotocopiados, con su adorable

miopía, con un pelo recogido que poder desmelenar a voluntad, llegado el momento, con el simple gesto de quitarse una goma y ponérsela en la muñeca, a modo de pulsera, para evitar que desaparezca como por arte de magia en una mesilla de noche siempre demasiado llena de cosas (los pendientes, la caja de *kleenex*, los envoltorios de los condones ya usados, las velitas de té, la pequeña pila de libros, la lámpara, el cenicero) y volver a ponérsela para llegar a su casa antes de la diez a poner la mesa a toda prisa para una cena en la que muchas veces se quedaba castigada sin postre por perder las formas al discutir con su padre de la lucha de clases, de Cuba como faro de los pueblos o de la guerra fría. Eso unas; y otras más luminosas aún, que fueron llegando después, como en remesa, tocadas por los rayos del dios Sol, con flores en el pelo y bicicletas blancas que dormían en el salón de sus casas, apoyadas en la pared, como un animal más de los muchos que se estiraban entre los cojines que había siempre esparcidos por el suelo. De éstas hubo varias y nunca he sabido por qué. Esas chicas no cenaban a las diez en casa de sus padres. En realidad no cenaban en ninguna parte. Tomaban un yogur y una pieza de fruta. Todas las que al hablar de fruta utilizaban la palabra *pieza* sin estar a régimen era porque andaban metidas en historias raras de meditación y equilibrio, éstas eran las peores, solían llevar botellitas de agua mineral en los bolsillos de las cuales no se separaban nunca. Las conozco bien: al final te odian porque fumas y también porque saben que aunque te deseen nunca podrán amarte. Te odian porque calculan que no te lavarías los dientes todas las veces que son necesarias. Te odian porque ven claramente que no puede ser. No sé por qué, en mi vida ha habido siempre una representación, demasiado nutrida para mi gusto, de ese tipo de mujeres teniendo en cuenta lo complicado que lo he tenido siempre con ellas porque la verdad es que nunca he sabido pelar un simple tomate, cortar cebollas ni aliñar una ensalada como Dios manda. De hecho, todavía odio la ensalada, y todavía más si la embadurnan por encima, como solían hacer ellas, con brotes de soja o levadura de cerveza. A día de hoy, me sigue pareciendo totalmente convencional, arbitrario y descabellado ese consenso absurdo que considera comestibles todo ese tipo de cosas, especialmente la lechuga. Tampoco me gusta ir en bici ni entiendo que tenga que hablarse todo el tiempo de infusiones y de clases de miel. Por lo visto hay muchas clases de miel. Miel de espliego, me explicaban, miel de albaida, miel de tomillo, miel de romero, miel de azahar. Aunque desde mi punto de vista tampoco se diferencian gran cosa entre sí y todas tienen como denominador común que son pegajosas y que dan asco. Y sin embargo, nunca estuve demasiado lejos de ese mundo de bicis atadas en el patio a la barandilla de la escalera o en la puerta de los garitos alternativos, junto al tablón donde se anunciaban los cursos de yoga, teatro de calle o sexualidad tántrica, ese mundo de barritas de incienso quemándose sin parar y de la porquería de los cereales y el azúcar moreno. La pregunta es qué hacía yo allí si odiaba con todas mis fuerzas toda esa mierda del equilibrio interior, los timbales, los pantalones de moro y las danzas en la arena y si tenía claro que en los mejores momentos de mi vida siempre había habido cerca un

cenicero repleto de colillas y un desorden de vasos y botellas vacías, y que a los memorables de verdad habría que sumarles la ropa tirada por el suelo, preferiblemente rasgada, y una música que sigue girando a deshora con las primeras luces del alba, roto ya el mundo, caídos los brazos, desbarajustadas todas las defensas por la acción de tanto veneno engullido sin pensar. Quizá la respuesta esté en que lo contrario del amor no es el odio, como piensa la mayoría de la gente: lo contrario del amor es el asco. Y algo buscaba yo en esas mujeres que se tendían descalzas en las praderas del campus con sus faldas largas, como de princesa india, y que en los momentos bajos me acogían en su humareda de incienso y marihuana y me apaciguaban llevándome a pasear por los jardines que separaban facultades y aparcamientos, señalándome los árboles con sus nombres, esta hoja, aquella rama. Algo como atrapar en mis redes momentos de una paz, de una luz que nunca supe usar y todo lo que podía hacer con ella era devorarla luego, a la hora en que se va la luna y quedan los lobos, en el fondo de la guarida donde la noche es sucia y es pura tiniebla que suda y gira. Ellas querían llevarme en volandas, y eso era amor, al aire limpio de un paraíso cierto que parecían conocer de antemano y yo necesitaba extravío y preguntas, buscar el camino a tuestas, tropezar y sangrar, caer por los barrancos agarrado a su cintura.

A los verdaderos amores de mi vida puedo recordarlos únicamente a oscuras y sólo en momentos en los que estoy solo y me siento fuerte. Hay un puñado de nombres de mujer cuyo sonido aún me sobrecoge. Creo que por ahora no quiero nombrarlas para no tener que oír ahí adentro el ruido que hace el corazón cuando en lugar de envejecer a su ritmo normal pega acelerones hacia la muerte. Sé que lo hago en sueños, decir su nombre, porque me he despertado a veces llamándolas. Una de ellas duerme desnuda en mi cabeza con un brazo como muerto colgando hacia el vacío como el Marat de Jacques-Louis David; otra, la que fotografió en cuclillas a todos los gatos de Lavapiés que se asomaban desde los patios o dormían sobre el serrín de las tabernas, solloza sin que ninguno de los dos vayamos a saber nunca por qué, y a otra la estoy viendo regresar de la librería de Cuatro Caminos con un tomo de los *Diarios* de Anaïs Nin y una antología de Alejandra Pizarnik que acaba de robar. Estaba lloviendo a mares en la calle y los ha metido en el fondo del bolso para que no se estropeen. Recuerdo el olor de las gotas en su pelo y la dedicatoria que me escribió en uno de esos libros: «Para que tu tristeza se deshaga en mil pedazos por los aires como el diente de león sobre el que un niño ha soplado con todas sus fuerzas, como un cisne cazado al vuelo, como un guardia civil». Por toda su habitación hay fotos de escritoras suicidas colgadas con chinchetas y dibujos hechos a plumilla por ella misma en los que se ve a Sylvia Plath con la cabeza en el horno, a Virginia Woolf braceando en medio de la corriente o a Alfonsina Storni avanzando, hierática y zombi, hacia el centro de un océano lleno de olas negras puestas en pie. Ella hubiera querido ser la amante de Max Ernst pero se quedó a mi lado, a veces ovillada a mis pies y otras tirando de mí en su vuelo hacia el centro de las tormentas. Y bebía

ginebra como nadie, y cuando tenía el punto sabía cantar *a cappella Mercedes Benz* de la Janis de principio a fin y al terminar se quedaba un buen rato callada, entre agotada y traspuesta. La recuerdo siempre con el flequillo pegado al sudor de la frente. A los vecinos no les gustaba que cantara de madrugada ni el ruido que hacía al tropezar con los muebles si se levantaba a vomitar, y menos todavía lo escandaloso de sus orgasmos, de manera que muchas veces las noches eran verdaderas guerras de golpes de ida y vuelta en la pared, con los puños, con la suela del zapato, a ver quién se cansaba antes, hasta que todo se quedaba en calma más o menos a la hora en queabría el metro y las calles, todavía a oscuras, empezaban a llenarse de sonámbulos camino de las oficinas y las fábricas.

La vida entonces era una tensión entre el infierno y la calidez, el silencio angustiado y el grito de felicidad. De alguna manera sabíamos que por fuerte que fuese la mordedura del tedio siempre terminaría por rescatarnos una canción bien elegida o un litro de cualquier cosa. Se trataba de asistir a nuestro propio derrumbe sin agachar del todo la cabeza, a la paradoja de tener que matarse para poder seguir viviendo, como insectos que se alimentaran de trozos de sus propios miembros arrancados a mordiscos a sí mismos. Nuestra herida era el espectáculo y su estado la novedad del día, una especie de parte habitual que daba cuenta de la evolución de la podredumbre allá en las entrañas como una gangrena que avanza como hordas a caballo, el hígado que va milímetro a milímetro aumentando de tamaño al tiempo que se vuelve de cartón, los sueños cada vez más raros en los que a veces bailaba el lagarto del sake con los gusanos del mezcal, las velas a merced del viento de la noche, el infinito a punto de ser conquistado, el valium, el llanto, las transaminasas.

Me veo tumbado en la cama por la mañana, haciendo un esfuerzo por fumar un cigarro sin que me dé un ataque de tos que a su vez me revuelva aún más el estómago. Alguien duerme con la cabeza en mi pecho, tiene el pelo sucio, huele a humo ese pelo y a ceniza fría. Hay una náusea dentro del pecho que a veces da señales de vida. Danzan los nervios en torno a esa náusea como cables pelados, anémonas que se agitan en carne viva. El minuterero apenas avanza, como si arrastrara una carga muy pesada, el mundo es borroso y a cámara lenta, desenfocado, boca abajo por momentos; desde la cama no puedo ver eso pero imagino el azul por tierra y los árboles colgados de un cielo de repente repleto de charcos. Intento pensar qué sucedió anoche y enseguida me doy cuenta de que en realidad no soporto saberlo. Cuando el recuerdo aparece lo hace como un monstruo que sale de la niebla y clava en la vergüenza la punta de una lanza. La mente se pone a remar a toda prisa en dirección contraria, hacia el vacío, intentando mimetizarse con la nada, ponerse lo más en blanco posible, evoca extensiones de nieve sin horizonte ni huellas, si puede ser, cielos boreales, océanos quietos. No pensar, no recordar nada, que las compuertas no cedan, evitar a toda costa la asunción de lo insoportable, las imágenes de la noche anterior que se desperezan y empiezan a tomar forma abriéndose paso contra la voluntad. Mi náusea ladra a los recuerdos que poco a poco se atreven a asomarse

como un perro que defendiera a muerte un redil sin nada. Se figura metralletas que disparan a ciegas en todas direcciones. Me descarga una ráfaga en pleno rostro, sueña que me borra por fin del mapa y de los tiempos, fantasea con que me arranca de la mente de los demás. El agua de la jarra de plástico verde que vive en mi mesilla tiene la superficie llena de polvo y algún pelo del gato o de quien sea. Bebo de esa agua. La noto de repente fresca y apetitosa y me sabe por un momento a la vida que perdí, frondosa como los caminos que dejé de lado o tras de mí, uno que iba siguiendo el curso del río, por ejemplo, hasta un molino abandonado en el fondo del cañón de Añisclo, cerca de un pequeño prado donde me sentaría a comer a cucharadas toda la miel que deseché y hasta las flores mismas de las que me reía, ahora que no hay nada en la nevera aparte del olor al vino ya bebido y esas hojas de perejil seco pegadas en las paredes de plástico.

A veces, a final de mes, le robábamos comida al gato, untábamos su Whiskas en rebanadas de pan. Pero cuando había algo de dinero Malasaña era nuestro. Empezábamos siempre en Corripio, justo enfrente del *drugstore* de la calle Fuencarral, con empanada asturiana de chorizo y sidra de barril para ayudar a pasar unos cuantos vasitos de absenta sin hielo, y de ahí pasábamos a tomar botellines en el Maragato porque nos divertía el mal genio de los abuelos que lo llevaban y conocíamos la manera de que nos acabaran invitando a montaditos de roquefort. Luego ella, a pesar de mis protestas, eran inútiles todos mis esfuerzos por convencerla de que lo dejara estar, se empeñaba en ir a la busca de Leopoldo María Panero, con quien había hecho cierta amistad una noche rara en la que al final fui yo quien acabó durmiendo con él y con una tal Alicia, la que recogió el cadáver según la dedicatoria de *Narciso*, que estuvo hasta que se hizo de día sin dejar de lamerle al poeta los dedos de los pies. Si estaba fuera del manicomio, tarde o temprano aparecía por una calle o por otra. Con su cohorte de *groupies* y bufones aspirantes a ser contagiados por su malditismo, iba siempre por ahí como buscando una hostia y no eran pocas las veces en que al final la encontraba. Recuerdo el suelo del bar El Valle, lleno de serrín, cáscaras de mejillón y huesos de aceitunas y a Leopoldo revolcándose en él con el abrigo puesto soltando una carcajada sobrecogedora como de película de terror. Orinaba en plena calle en todas direcciones, girando sobre sí mismo, plantado en el centro de la noche bajo una luna bruja que sudaba cerveza a destajo por la cara oculta y por la que se ve. Y era legendaria y hermosa su locura. Recuerdo también sus pantalones negros de pana, su abrigo largo, sus pies encima de la mesa, de cualquier mesa, haciendo caer a veces los vasos con los cubalibres mientras recitaba versos ininteligibles que hablaban de ruinas, de sesos comidos por las moscas y del desastre de vivir. Se enfrentaba con la gente por cualquier cosa, a la mínima esgrimía los puños imitando las poses que los boxeadores suelen adoptar para las fotografías de los pósters, y llamaba fascistas a los camareros que se atrevían a afearle la conducta o directamente le expulsaban del bar ignorando que era la estrella del desencanto, el príncipe de la noche enloquecida, la luz que temblaba en el fondo de todos nuestros

pozos.

Recuerdo esa época como un tira y afloja entre la desesperación y el éxtasis. Era a la vez la sed y el remordimiento, el festín de la intensidad con sus torres y sus ruinas, el vómito y la dicha. Escribir en las servilletas de papel de los bares, volver a casa con sangre en las cejas, con la camisa desgarrada y no saber ni cómo ni en qué momento me lo había hecho. Eran las redadas casi cotidianas en torno a la plaza, las lecheras llenas de putas que se reían sin dientes, las madrugadas en la comisaría de la calle Madera, y eran también el vértigo de saberse vivo pese a no dejar de remar en dirección contraria. Creo que una vez eché un polvo en el mismo portal de la calle Espíritu Santo en que encontraron muerto a Enrique Urquijo, diría que escribí los versos más bellos y terribles del mundo en papeles que luego perdí, y hasta juraría que yo mismo fui bello, de algún modo, sentado a la puerta de las bodegas, perdiendo el último metro por haberme quedado a escuchar a unos músicos callejeros y regresando a casa a pie, con los bolsillos vacíos, mareado bajo el cielo de dos o tres barrios, para encontrarme un gato muerto de hambre y una cama tibia que conectaba directamente con grietas de olvido por las que dejarme caer.

Y no puedo desligar mi idea del amor de todo eso, de ese estar perdido y lo identifico con el intento, desesperado e inútil, de un miedo de hermanarse con otro miedo como si ambos pudieran ser uno y las almas permeables en lugar de aquella ciudadela fortificada cuyos muros nadie puede franquear ni en un sentido ni en el contrario. Ése es el motivo por el que el amor tiene siempre ese aire de persecución de un imposible y por naturaleza es trágico o apenas es. Sólo puedo entenderlo como una especie de desconcierto compartido, mirar dos seres en una misma dirección y no ver apenas nada ni saber adónde ir e ir convirtiéndose, tras la telaraña que filtra la mirada, el mundo en laberinto. Se requieren dos seres perdidos, dos extravíos que en la oscuridad se rocen y se alejen y vuelvan a chocar. Han de temblar de algún modo las manos que se enlazan. Por eso Marta. Por eso los tumbos que vinieron después, la coca sin medida, los mares negros, la nave ardiendo y el llanto en la noche, caricias que eran poco más que el temblor de las manos de los dos, los amarillos, los mensajes de odio con carmín en el espejo, los vasos rotos, las bragas rotas, el rastro de las uñas en nuestras espaldas y ese quedarnos dormidos, al final, abrazados como cachorros recién nacidos de una misma camada, agotados y flacos, muertos de miedo.

Habría que saber por qué cuatro fotos y una voz al otro lado del teléfono hacen que retorne todo un mundo ya ido. Quizás ayude el hecho de que las fotos las obtuve al amparo de la noche saltándome las barreras, mirando donde no debía con la conciencia de un espía que traiciona a su patria sin que ni su familia lo sepa o la de una madre que se masturba tratando de no hacer ruido delante de la pantalla del ordenador mientras los niños duermen. Y puede que también influya el hecho de que la llamada hubiese sido clandestina por parte de Nadia, ese susurro apenas audible que delataba el miedo a ser descubierta con el teléfono en la mano, y la conciencia de hablar con una adúltera, y la palabra adúltera. Habría que saber qué peso tuvo en todo

esto, también, su aparición en escena en relación con un crimen salvaje, con un hacha escondida tras la puerta y una mancha de sangre en la pared que por más que se frote no se borra. Y sobre todo habría que saber por qué nunca aprende el malherido, por qué vuelve a por más tras tanta guerra.

Si el ejercicio de vivir consiste sobre todo en ir traicionando uno por uno los sueños que alentaron nuestros años de infancia y juventud, entonces cada persona es el resultado exacto de un buen puñado de traiciones. A veces cientos. Se traicionan los sueños más puros y se traicionan también las pesadillas. Por error huimos de tormentas sin caer en la cuenta de que eran tan nuestras y estaban tan enredadas en nuestra propia médula que sin ellas apenas íbamos a poder ser nada. Decimos sálvame, decimos a ti ya no querré clavarte cuchillos en las piernas, no te haré daño, no querré ver tu mueca de dolor en ningún espejo, te amaré de otro modo, te adoraré desde un ser que no existe, llamaré suplicio a mi pasado, lo llamaré calvario hasta llegar a ti. Te diré que eres suave como sueño el cielo y que no me importa cerrar los ojos a todo para siempre si sé que tú luego vas a besarme los párpados. No seré yo. Echaré paladas y más paladas de tierra sobre el monstruo. Me acercaré lo más que pueda a la nada, a una caja sin muerto, a una catedral vacía. Te compraré flores.

No puede ser del todo difícil porque nada es lo que somos en definitiva, llegada la hora de arrancarse el disfraz: la lista escrita en un cuaderno de las cosas sin hacer, toda esa legión innumerable de flechas que no llegaron a salir del arco unidas a las que se perdieron donde la vista no alcanza. Un nutrido ramo de hermosas traiciones, grandes como soles. Y ese ramo y nada más es todo cuanto tendríamos que ofrecernos al hacer promesas de amor, si es que amor es la palabra. El resto no es verdad. Ese escuálido ramillete, y nada más: mira, Nadia, esta amapola desvaída que pierde su color a la velocidad a la que ataca el miedo, es en realidad, podríamos decir, una vida que no viví al otro lado del Atlántico, ni en las cuencas mineras de Chile ni en un suburbio de Zipaquirá, en aquel bar de chapa que había junto a la carretera; esta margarita intacta es una mujer, una entre muchas, descalza bajo el aguacero a la que en cierta ocasión dejé seguir su rumbo y no le dije nada pudiendo haberlo hecho cuando con sus ojos es posible que me estuviera señalando un portal en el Quartier Latin, una *chambre de bonne*, unas medias que terminar de romper del todo y tirar a la basura, una toalla blanca seca y enorme en la que cabíamos los dos; este lirio que tiembla en mis dedos se corresponde con un par de idiomas que no aprendí a hablar pese a haberlo pensado y el silencio infinito que suman todas las palabras que me quedé sin decir en esas lenguas; y la rosa de pétalos absortos es la suma de los callejones cuyas sombras me llamaban a gritos y por los que a la hora de la verdad no me atreví a adentrarme. Mira, en fin, estas flores medio rotas, deberíamos decir en lugar de toda esa vergonzosa palabrería que nos gastamos en circunstancias semejantes, mira estas flores que se deshacen al contacto de los dedos como las alas de una mariposa, todas juntas suman mi ser. Los dos estamos hechos de lo que nunca hicimos, somos la rabia y la espuma de todo ese sinfín de renunciadas que se enganchan

las unas a las otras como los eslabones de una cadena, la mala leche que quedó tras ver pasar las cosas y los trenes y la calma que vino después, las horas, la modorra, la arenilla en el interior de los párpados al despertar. Somos esa nada sucia. Y si algo hubiésemos aprendido de tanto resquemor, de tanto ir y venir, de tanta tristeza de pasos detenidos a destiempo y manos vacías casi siempre, deberíamos, como mucho, proponernos el uno al otro algo que no sea mucho más que esto: renunciemos juntos, soñemos en común algo que después no hagamos, da igual, una casa con jardín, la vuelta al mundo, unamos ambas nada, entrelacemos también esas dos vidas que se quedaron atrás sin ser vividas, las historias apenas atisbadas de un par de seres que cuando debieron correr se quedaron quietos y cuando había que permanecer en el sitio salieron de naja; fantaseemos con el paisaje que no llegará a envolvernos, los barcos, las ciudades, los bosques que se ven desde los trenes, la imagen de nuestros pies colgando desde lo alto de un rascacielos frente a Central Park o de un acantilado irlandés bajo el que rugen las olas rabiosas y verdes. Pero no más promesas pronunciadas de verdad, a corazón abierto, porque son mentira las promesas de verdad, no más deseo de ese que al contacto con la piel se vuelve veneno. Nunca más, mi amor, nunca más esta agotadora persecución del delirio, de ser ambos uno, y ese uno feliz en el centro del viento.

(La intimidad)

Nadia llegó a nuestra cita con diez minutos de retraso. No sé por qué, había dado por hecho que se retrasaría mucho más. Yo me situé en el bar junto a una de las ventanas de manera que pudiera verla aparecer desde la esquina de la calle. Mientras la miraba acercarse, me pregunté cómo sería echarla de menos, es decir, haberla amado mucho, mucho tiempo, y que después se hubiera ido.

En vivo me pareció algo más rellenita que en las fotos. Guapa en cualquier caso, con un pelo rubio extremadamente corto, a lo Jean Seberg, y la piel muy morena. Había que esperar a hablar unos minutos con ella, que te mirara desde muy cerca, para apreciar realmente su atractivo. Tenía esa característica, tan difícil de encontrar, que puede volver loco a un hombre y llevarle a la perdición en tiempo récord. Me refiero a una especie de contraste, de contradicción casi, entre los ojos y la boca. Mientras la mirada es una suave mezcla de inocencia y melancolía, los labios, apenas unos centímetros más abajo, ligeramente entreabiertos, llaman a la puerta del deseo más salvaje. No todo el mundo sabe verlo. Yo pocas veces me había encontrado con un caso tan claro como el de ella. Marilyn Monroe en algunas fotos, quizá. No en todas, desde luego. Pero hay algunas en que si tapas toda imagen con las manos a excepción de los ojos, lo que encuentras es la mirada de alguien que suplica protección y ternura, puede que hasta consuelo. Y si luego haces lo mismo pero dejando al descubierto sólo la boca lo que obtienes es un fragmento de fotografía con el que cualquier adolescente puede encerrarse en el cuarto de baño para hacer sus cosas. Al hablar, según qué fonemas pronunciase, se le veía a Nadia la punta de la lengua. Lo prometía todo al hablar, sin darse cuenta.

Le estuve explicando cómo habían sido los últimos días para mí: hasta qué punto estaba aterrado Jacobo la última noche en que tuve que ir a hacerle compañía, su miedo por primera vez no a las oleadas de angustia a las que más o menos estaba acostumbrado, en la medida en que uno puede habituarse a algo así, sino a seres humanos de los que poder defenderse con armas blancas u objetos contundentes. Le expliqué el trastorno que todo esto me estaba causando, cómo empecé por instinto a registrar su casa y acabé inspeccionando la mía a la que desde ese día no pude ver ya más que como la casa de un muerto. Le conté cómo pasé a ser, a raíz del asesinato, un extraño entre mis propias cosas, esa sensación de haberme sobrevivido a mí mismo convertido en sombra, y cómo me metí en la piel de un deudo curioso que fuerza cajones y rompe candados, manosea los objetos sagrados y acaba leyendo las cartas que no debería leer, mirando sus propias fotos como si mostraran el rostro de un extraño, estudiando a conciencia los subrayados de los libros, clasificando facturas,

billetes de tren, posavasos, tickets de todo tipo y programas de mano de salas de teatro que hace años que ya no existen.

Ella me contó que llevaba poco tiempo en Zaragoza. Me dijo que hacía un par de años que se había separado y que a partir de ahí había querido cambiarlo todo, se había cortado la melena, literalmente, había elegido hasta un nuevo nombre; y también me dijo que quería marcharse pero no sabía adónde ni cuándo, estaba todavía en esa fase en que se sueñan casas imposibles amorradas al mar, con un porche y plantas que trepan por los muros recién blanqueados. Y añadió que no servía para estar sola. En cuanto a lo de Jacobo, se notaba que prefería no dar demasiados detalles. En realidad no quería dar demasiados detalles de nada. Parecía esforzarse en que todo cuanto contase sonara trivial. Jacobo se empeñó, el primer día que se conocieron, en que tenía que leer *El dolor* de Marguerite Duras. Quedaron para que le prestara su ejemplar, se citaron otro día para comentar el libro. A Nadia se le hacía extraño que alguien llegara a obsesionarse de esa manera con una historia, a su juicio, como tantas otras. «Como tantas otras», eso es lo que dijo. Se hicieron amantes. No puede decirse que se vieran a menudo. Tampoco tenían un proyecto juntos ni planes de ninguna clase. Simplemente se llamaban de vez en cuando si desde la perspectiva de alguno de los dos la soledad arreciaba y eso es algo que, como todo el mundo sabe, suele suceder más bien a rachas. Se cocinaban platos el uno al otro, probaban vinos nuevos y luego se acostaban, generalmente algo achispados. Cuando llega a esta parte, Nadia adopta los gestos de un rubor que no termino de creerme del todo. No hay comentarios, no hay detalles. Aparta la mirada, quiere refugiarse en una pequeña pausa para beber otro sorbo de café pero ya su taza está vacía.

De repente me dice que le gustaría ir a casa de Jacobo. Me pregunta si llevo encima las llaves:

—Pues no, no llevo encima esas llaves.

—Yo sí. Están aquí, en el bolso.

—Bueno, entonces podrás ir en cualquier momento.

—Sola no.

—A lo mejor ya has estado allí.

—No. Te digo que sola no me atrevo. Me gustaría que me acompañaras ahora. Serán sólo unos minutos.

—¿Estás segura? Puede que te haga daño entrar ahí.

—Necesito ese daño. Me siento como de hielo, ahora, y no lo soporto. Sólo quiero estar allí un momento, mirarlo todo un poco por encima, recordar los olores. Y esta noche, cuando me acueste, intentaré romper a llorar. Ésa es la idea.

Una vez dentro de la casa empezó a moverse muy despacio de una habitación a otra, se asomó varias veces por la ventana. No se detuvo apenas en el lugar del vestíbulo donde habían sucedido los hechos ni miró más allá de un par de segundos las manchas de sangre seca incrustadas en el gotelé de la pared. Luego se encendió un cigarro y se sentó en un extremo del sofá. Supuse que ése sería su sitio cuando se

pusieran a ver una película o a charlar un rato. Quiso una copa. Le preparé un whisky con un par de cubitos de hielo que me pareció que olían un poco a las colas de merluza que había junto a ellos en el congelador. Con el vaso en la mano se levantó de nuevo y fue caminando, muy lentamente, hacia el dormitorio. Había en sus movimientos algo de autómata, no fijaba la mirada en nada en concreto y a la vez parecía escanearlo todo e ir procesándolo de la manera más neutra. Se quedó quieta, de pie, delante de la cama en la que ahora había solamente un colchón de esos azules de toda la vida, sin funda, que mostraba, en forma de manchas y cercos, el rastro de todos los antiguos inquilinos del piso a lo largo del tiempo, círculos de saliva, sudor, semen, pis y sangre, toda la calidez de la intimidad humana. Allí, mirando ese colchón deformado y vacío, empezó a llorar muy suavemente. La estatua cobró vida dentro de su vestido blanco. «Hijo de puta», dijo. Fui a por un trozo de papel higiénico y se lo tendí a modo de pañuelo y, dedo a dedo, liberé el vaso de la presión de su mano para evitar que acabara rompiéndolo de tanto apretar y lo coloqué en la mesilla de noche. Estuve a punto de decirle algo sobre lo terrible de ese momento y sobre lo bella que estaba llorando a los pies de aquella cama, con las mismas sandalias que se abrochaba en la foto, sin saber dónde tirar la ceniza del cigarro que tenía entre los dedos ni qué hacer con esa punzada repentina de dolor ni dónde poner todo el deseo que le nacía, enfermizo e inoportuno, al mirar esos muebles y esa luz. Estuve a punto de estropearlo todo con palabras pero no lo hice, simplemente me acerqué a ella y la abracé desde atrás, casi sin cautelas. Vi que lo agradecía y la apreté contra mí, y ella echaba hacia atrás la cabeza, buscándome. Y echaba hacia atrás también el culo, buscándome más aún y sin dejar de llorar del todo. Desde una radio lejana, a través del patio de luces, nos llegaba intermitente un tango en la voz del viejo Roberto Goyeneche, *qué me importa perderme mil veces la vida*. Y caímos sobre la cama sin hacer justo cuando empezaban a sonar al otro lado de la ventana los primeros truenos de una tormenta que amenazaba con llevarse en cuestión de minutos la escasa luz que le quedaba a la tarde, y todo era raro y amargo y bellissimo, el vestido blanco sobre la mugre reseca, mi lengua en sus lágrimas, el placer, el desgarró, los sollozos. Luego nos quedamos un buen rato allí, desnudos y en silencio, muy quietos, viendo cómo la oscuridad se apoderaba de la habitación del muerto y escuchando los sonidos que subían de la calle, el goteo de los desagües y las cornisas, las motos que pasaban, el ruido de los neumáticos en el asfalto mojado. Y entonces creo que Nadia tocó la tecla. Nunca sabré cómo supo ni qué oscura magia movió su lengua, pero apoyó la cabeza en mi hombro y juraría que dijo *qué va a ser de nosotros*. Y entonces supe que moriría llamándola, y también que no vendría.

Después de ducharme me sequé con una toalla usada de Jacobo que había quedado olvidada en la percha tras la puerta del cuarto de baño y me pareció que olía a una mezcla de humedad y de él. Más concretamente, a filtraciones de agua en los muros de un patio y a Jacobo llegando a ese patio sonriente, un poco sudado, llevando al hombro su caña de pescar.

(Jergón que chirría)

Marguerite Duras se convirtió en la amante de Dionys Mascolo con quien había entrado en la Resistencia. Mientras esto ocurría, su marido, y compañero de ambos en ese movimiento de liberación, estaba prisionero en el campo de exterminio de Dachau. Lo daban por muerto, poco más o menos. Tras la liberación de los campos lo buscaron incansablemente por todas partes, recorrieron las oficinas, telefonearon a todo el mundo, se desesperaron ante los rumores, escucharon los relatos de los primeros supervivientes que iban llegando a París con cuentagotas. Antelme y Mascolo eran buenos amigos. Los tres eran buenos amigos, en realidad. Ese amor naciente entre Marguerite y Mascolo tenía el telón de fondo de una ausencia insoportable para ambos que lograba convertir su deseo del otro en la peor de las traiciones y de una incertidumbre angustiosa que les hacía imaginar a su amigo casi siempre como moribundo, un nudo de heridas tirado en el suelo, unos latidos fatigosos y últimos contra el fango de cualquier camino, una fiebre que tiembla sola en paradero desconocido o una sombra que se deshace por momentos sobre un catre en el que la sangre traspasa el colchón. El lazo que unía a los nuevos amantes estaba hecho del mismo alambre de espinos que había atravesado el continente de sur a norte a lo largo de toda la Línea Maginot, esa cicatriz kilométrica e inútil.

Un día sonó el teléfono y les llegó la noticia de que Antelme estaba vivo. Aún vivo, milagrosamente: apenas treinta kilos de peso en una enfermería remota. Mascolo no quiso pensárselo dos veces, se las arregló para agenciarse un vehículo destartado y fue en su busca atravesando una Europa que era poco más que una enorme extensión de ruinas y cenizas y desfiles de mutilados y prisioneros en todas direcciones, columnas de camiones, convoyes fantasmas sobre la grava de las carreteras; en todas partes filas de huérfanos pidiendo sopa, banderas pisoteadas, pasos fronterizos con las torretas ya caídas, casamatas recién abandonadas, trincheras de niebla. Se lo trajo como pudo en el asiento trasero del coche, temblando bajo un montón de mantas. Era un saco de huesos, comido por el tifus, al que había que ir dándole cucharadas de agua constantemente y que a veces rompía a sollozar sin saber dónde se hallaba y casi ni con quién. Lo acostaron en la cama, lo cuidaron durante días y días, los dos, Marguerite y Mascolo, porque ambos lo amaban. Porque era su amigo. Pasaban con él las horas, le daban las medicinas en la boca, hacían el esfuerzo de escuchar todo el horror inconexo de sus recuerdos, el grito de su permanente pesadilla, las palabras ya vacías de cualquier sentimiento que pudiera contener un asomo de esperanza. Lo hacían por él, por lo que había supuesto y suponía en sus vidas, en la íntima composición del ser de ambos. Pero también, oscuramente, para

pedir disculpas por un amor con demasiado sabor a puñalada trapera. En *El dolor*, Duras escribe: «Dejó de hacer preguntas sobre lo que había pasado durante su ausencia. Dejó de vernos. Su rostro se cubrió de un dolor intenso y mudo porque se le seguía negando el alimento, porque ocurría lo mismo que en el campo de concentración. Y como en el campo, aceptó en silencio. No había visto que llorábamos. Tampoco había visto que apenas podíamos mirarle, apenas contestarle».

Seguramente Antelme los escucharía follar en la habitación de al lado. Se folla mucho en tiempo de guerra, cuando se han visto tantos compañeros caídos sobre la tierra y la muerte lo cerca todo: los tiempos del miedo son siempre los del amor. Quizá su mente, al menos al principio, no pudiera atribuir un significado exacto a esos jadeos que le llegaban a través del tabique, a los chirridos rítmicos del jergón en plena madrugada. Probablemente todos esos sonidos se confundieran en su delirio con alguna clase de tortura vivida o imaginada semanas atrás, articulaciones que crujen, carne que se desgarrar. Conforme vaya recuperándose poco a poco y sus ojos se abran de nuevo al mundo y, en la medida de sus posibilidades, alcance a comprender algo de lo que ocurre a su alrededor, los seguirá oyendo follar tras el tabique de su cuarto y no podrá moverse, no habrá lugar donde esconderse de ese horror. Pero luego saldrá el sol y entrarán juntos a darle los buenos días, le suministrarán vitaminas y reconstituyentes conseguidas a precio de oro en el mercado negro, le afeitarán, le lavarán el pelo, le darán la sopa a cucharadas, con toda la paciencia del mundo, y también el jarabe y los analgésicos: no tiene derecho a protestar ni mucho menos puede odiarlos, hasta para eso es necesaria cierta fuerza. Marguerite le ama con todas sus fuerzas, pero el amor no basta, casi nunca basta, todo ese amor, ese sentimiento descomunal puede no valer un triste polvo. El deseo ajeno, con todos sus vaivenes, es la más exacta expresión del infierno.

Yo muchas noches he sido Robert Antelme. He sentido que mojaba mi frente su pesadilla. Algunas veces la pared no es una pared, puede ser el otro lado de la calle o varios barrios de una ciudad pero no por eso deja de escucharse el somier. Cuanto más enfermo el corazón, mejor imita ese ruido y más gemidos y palabras le añade. También alguna que otra vez he estado en la piel de Dionys Mascolo, empleándome a fondo sin importarme lo que hubiera alrededor ni al otro lado de ningún tabique. Una vez, recién salido de la adolescencia, me tiré a la chica que le gustaba a mi hermano mientras él dormía en la habitación de al lado. Recuerdo que de madrugada entré en su cuarto de puntillas para ver si en su mesilla o en los bolsillos de su pantalón encontraba más condones que cogerle prestados y me lo encontré despierto y con los ojos húmedos, y me miró de una manera que venía a decir tú no tienes la culpa, y desde entonces para mí el dolor se ha parecido siempre a esa mirada, casi a oscuras, que me perdonaba. Roto el corazón, todo el amor se desborda.

(Cadalso)

Aquellos días con Nadia fueron de lo mejor que me había sucedido en muchísimo tiempo. Hubo tardes en las que ella hasta se puso a hacer ganchillo mientras yo leía tranquilamente recostado en su sofá, con los pies en un cojín que ponía sobre la mesa baja y tapados los dos con una misma manta a la que llegamos a ver como la metáfora del hastío más dulce. Estábamos por lo general sumidos en un estado de melancolía mansa que sólo rompían las intermitentes punzadas de deseo brutal de las que éramos presa en los momentos más inesperados. Nos mirábamos continuamente, hablábamos bastante poco, y ese silencio que nos envolvía contrastaba enormemente con lo desatado del arrebatado que venía justo a continuación, los botones arrancados por la urgencia, sus gemidos de tenista, atrapada contra la encimera de la cocina. Nosotros mismos nos asustábamos de ese contraste y de nuestra propia incapacidad para el término medio. Luego nos consolábamos el uno al otro, sin apenas palabras, por toda la culpa que había allí, retorciéndose bajo la superficie. Nos pedíamos perdón y siempre nos lo dábamos. Ella era la señora de mi amargura, y todas las tormentas, todas las oleadas de miedo acababan deshaciéndose siempre entre sus piernas.

Nos propusimos salir y ver cómo le sentaba el aire a eso que había entre nosotros. La idea era caminar entre la gente, colocarnos entre el resto de las cosas del mundo a ver qué tal y se nos iba de la piel ese aroma tan irreal de gozo y pesadilla. Fuimos a ver una película al cine Eliseos. Primero me estuvo metiendo mano con la mirada fija en la pantalla, más seria que nunca, luego apoyó la cabeza en mi hombro, noté que lloraba y finalmente se quedó dormida. Un día de muchísimo viento hicimos una escapada al pueblo viejo de Belchite, paseamos entre las ruinas casi sin decirnos nada. Nos hizo temblar un avión, creo que de nuestro siglo, que en un momento dado atravesó el cielo. Ella llevaba una pañoleta blanca, se sentaba sobre los cascotes para que la fotografiara. En esas imágenes parece una refugiada italiana asustada entre los restos de un bombardeo que se ha salido del tiempo. Tuvimos que salir de ahí apresuradamente porque, con el cierzo, la torre y todos los muros parecían a punto de vencerse del todo sobre nuestras cabezas.

En esos días volví a la residencia a ver a mi madre. En pocas semanas su memoria y su estado en general habían decaído significativamente. Esta vez no me pidió que la llevara a ningún cementerio. Cuando yo mismo me ofrecí, me miró sin entender, como preguntándose qué demonios podría pintar ella entre las tumbas. Me alegré de que hubiese olvidado la muerte y en general las causas de un dolor que ahora vivía en ella como sin raíz, sólo una nebulosa flotante. La tristeza que todavía permanecía en

su semblante parecía obedecer únicamente a la fuerza de la costumbre. Llega un momento en que la configuración del rostro, las arrugas, las ojeras, la forma de mirar, sirven únicamente para estar triste. Entonces ya es tarde para cualquier redención. Creo que no me reconocía en absoluto, más allá de que mi voz y mi rostro pudieran resultarle lejanamente familiares.

—Atiéndeme un momento, por favor, dime una cosa, ¿tú sabes quién soy yo?

Quiso salirse por la tangente pero le repetí la pregunta. Y, sin dejar de mirarla a los ojos, desde muy cerca, leforcé a contestar.

—Pues mira, no lo sé —dijo por fin—, la verdad es que no lo sé. Pero algo muy mío.

Luego empezó a contarme, una vez más, la historia de su amiga Gisia Paradís. Yo sabía que ese relato, en su boca, no era largo de manera que no opuse resistencia, me armé de paciencia y me acomodé para volver a escuchar, como si fuese por primera vez, la vieja y conocida peripecia de la amiga de mi madre. Lo guapa que era, lo mucho que se querían de jovencitas, y cómo se fue de la dulce Provincia porque quería ser actriz, tan preciosa como era, triunfar en la capital y todo eso. Llegó a trabajar en unas cuantas películas entre el 59 y el 67 pero en su ciudad sólo se hablaba de la pobre Gisia, siempre bajando un poco la voz, de su cabeza loca, de sus historias con hombres y quién sabe si con drogas, engañada, abusada. Todo el mundo se la imaginaba con el rímel corrido por el llanto en uno de esos antros de perdición que no cierran en toda la noche, iluminada en rojo, con una copa en la mano y todos sus sueños por el suelo. Y me contó cómo un día, en no sé qué festival, ella llegó a la dulce Provincia montada en un Mercedes blanco, más grande y reluciente que los que se alquilaban por un dineral para las bodas de postín en aquella época, y que se bajó de él como entonces se apeaban de los coches las grandes artistas, fingiendo una torpeza que les permitía demorarse unos segundos en el proceso, enseñar bien las rodillas y que se le subiera la falda unos centímetros por encima de lo razonable justo cuando se disparaban, casi al unísono, los flashes de los fotógrafos que esperaban amontonados junto a la entrada del teatro. Y me dijo que le había abierto la puerta un caballero que un segundo antes había salido disparado por el otro lado del coche, con ademán de guardaespaldas presidencial, y que ese caballero no era otro que Carlos Larrañaga. Nada menos que Carlos Larrañaga. Y que ese instante valió toda una vida, porque, aunque ella muriera prematuramente no mucho tiempo después, la ciudad entera pudo ver aquello y ella, aunque sin querer del todo, porque ella no era así, qué guapa Gisia siempre, qué luz le nacía, logró darles bien en las narices a todos, contemplar triunfante, aunque sólo fuera ese día, cómo la envidia enmudecía de golpe, las miradas de asombro, el silencio de las cotorras, a qué velocidad la suficiencia de las buenas gentes se transformó en rabia y desconcierto en aquel corro de señoras, algunas con su marido colgado del brazo, que se apiñaban tras las vallas de seguridad, y que aun vestidas con sus mejores galas, recién salidas todas de la peluquería de su barrio, parecían loros cuando no pordioseras a su lado. Siempre me

pregunté, desde niño, por qué mi madre se sentía tan fascinada por esta historia simple y sobre todo por qué, contra natura, se alineaba contra todas sus convecinas y se ponía moralmente al lado de la deslumbrante perdición de Gisia Paradís y en defensa de una vida que ella imaginaba llena de todo lo reprobable: bares de madrugada, drogas para las que no tenía ni nombre, despertares en camas extrañas, bolsas de hielo para el dolor de cabeza, regalos de caballeros que vender por cuatro perras en la almoneda para pagar el alquiler. Probablemente la clave de esa lealtad estaba en que ellas habían hablado de niñas, en los años del barrio, tendidas en la tierra y mirando al cielo de verano, acerca de sus sueños y de todo lo que harían con sus vidas, y se habían deseado suerte la una a la otra con una sinceridad que quizá no exista en la vida adulta. Y creo también que lo que realmente mi madre envidió siempre de su amiga no fue su deriva de artista buscándose la vida en la ciudad nocturna, ni sus vestidos, ni que estrenara medias cada pocos días, ni nada de su mundo de luces rojas y productores babosos. Lo que realmente le envidiaba era todo lo que se había evitado al marcharse, las redes de las que se escabulló aun al precio de arruinar su vida: una boda en la iglesia de Santo Domingo, un 600 atestado de críos camino del pantano de La Peña, la misa de diez, el mercadillo de los martes, los coros de cotorras que esperan a los niños a la salida del colegio, la misa de once, el carné de Educación y Descanso que daba derecho a entrar en la piscina con descuento, los fregoteos infinitos, las pastillas de jabón Lagarto, la pensión de viudedad, la misa de doce, las tardes de domingo tomando chocolate en cafeterías mal iluminadas, las amigas que te dicen que te animes y que vayas con ellas a bailar, la indignidad de todo eso, los solterones, el bingo, la derrota.

La veía mirarme, a mi madre, intentando escudriñar quién era yo exactamente. Siempre me pareció que mirarme la ponía triste, incluso ahora en que ya no sabía ni ante quién se hallaba. Es como si en su memoria mi identidad se hubiese borrado antes que su preocupación por mí; y esa preocupación, que había sobrevivido en sus sesos a mi propio nombre, campara por ahí viuda y sin objeto.

Escucha, mamá, te digo esto precisamente porque sé que no me entiendes ni tampoco comprendes quién soy, de dónde ha salido este que te habla y te toma la mano, y porque, a fin de cuentas, al cabo del rato lo habrás olvidado: soy feliz ahora, ¿sabes?, no es que las cosas vayan mejor de lo que iban antes. Las cosas siempre van mal, ésa es la forma de ser de las cosas. Es difícil de explicar, así, delante de un café con leche de estos asquerosos que te ponen aquí, templaditos y nauseabundos, tan de abuela, y contigo ahí enfrente mirándome con los ojos fijos. Pero creo que te lo debo porque tú siempre has pensado que había poca luz en mi mirada, y has sufrido por ello, y has vivido persiguiendo indicios de alguna alegría mía, por pequeña que fuese. Hay una mujer, ¿sabes?, todavía preguntabas por ese tema no hace ni siquiera un año; y verás, voy a ahorrarme la parte de cómo se llama y a qué se dedica y todos esos detalles que ahora no importan nada, pero si tú supieras, si pudieras entender lo que siento cada vez que mi semen sale disparado hacia el cielo de su boca, cómo se pone

entonces mi corazón, quizá se borraría esa melancolía que se te queda en el rostro cada vez que me miras. Lo pasea por su paladar, no le da ningún asco, se lo traga mirándome y luego me limpia muy despacio con una toallita húmeda, todo sin decir nada, y vuelve a lo que estaba haciendo como si tal cosa, a su libro, a su labor de ganchillo. Y otra vez cruza las piernas, muy seria, en el otro extremo del sofá mientras escucha, ya sin mirarme, todo el desorden de mi respiración. Gracias por sonreír, mamá. Gracias por no estar enterándote de nada y contemplarme sin embargo como si me comprendieras. ¿Sabes? Saco cien euros a veces de tu libreta de ahorro. Para mis cosas. Sí, a estas alturas. Yo que hasta hace poco soñaba con compraros una casa en el campo a papá y a ti. Ahora él está muerto y tú no sé dónde estás, aunque te tenga ahora aquí delante, con esos ojos que son los que siempre me han mirado y que, ciertamente, parecen a simple vista ser algo más de lo que realmente son: las ventanas de una casa deshabitada.

Nos veíamos casi todos los días, Nadia y yo. Casi siempre en su apartamento, un escondrijo pulcro de una sola habitación donde todo era de un blanco immaculado, las paredes, los muebles, las sábanas. Ella decía que vivía allí, pero no tardé mucho tiempo en darme cuenta de que eso no era cierto. Una madrugada que me convenció para que me fuese a dormir a mi casa, me quedé un rato esperando dentro del coche, sólo para comprobar el tiempo que tardaba en apagar las luces, y la vi salir por el portal a los pocos minutos de yo haberme ido y meterse en un taxi que la esperaba y que desapareció calle arriba. Repetí esa operación las noches siguientes y constaté que siempre se iba, nunca se quedaba a dormir allí. Por otra parte, yo no podía conciliar bien el sueño y alguna de las escasísimas noches que pasamos juntos de principio a fin, después de que ella se quedara dormida, me levantaba de la cama y empezaba a dar vueltas por los escasos cincuenta metros cuadrados de la vivienda descontando el dormitorio. Si había pasado la tarde registrando compulsivamente mi casa me resultaba difícil dejar de abrir cajones en el apartamento de Nadia y creo que en cualquier otro sitio donde me hubiese encontrado, eran maquinales y como de autómatas todos esos gestos de aprendiz de espía. Tenía que poner un cierto esfuerzo en reprimirme y en el silencio de la noche está claro que no siempre lo conseguí. Una de las cosas que primero me llamó la atención fue la total ausencia en la casa de ese tipo de objetos que se van acumulando con el simple paso del tiempo, que parecen tener vida propia, como insectos, y se van adueñando de las habitaciones y los muebles inadvertidamente; por ejemplo, no existía ese cajón cualquiera en el que hubiese manojos de llaves que no se sabe muy bien a qué puertas corresponden, pilas para la radio, fotos sueltas tamaño carné, un pequeño costurero, enchufes que no sirven, un cortaúñas, papeles y documentos que todo el mundo tiene guardados por alguna parte, bombillas de repuesto y ese tipo de cosas. No había nada de eso. Nada que hiciese pensar en ese apartamento como algo vivido de verdad. Más bien parecía

uno de esos lugares que se alquilan ya con los muebles y todo lo necesario, incluyendo menaje, toallas y trapos de cocina. En mi primera inspección encontré un ramo de flores rojas, seco ya, dentro de la basura, con su celofán y todo. Días después me apareció, asomando una esquinita por debajo del mueble de la televisión, la tarjeta de bordes dorados que con toda seguridad debió de haberlo acompañado: «Mi adorada Mantis: sangre nueva, mi mismo amor». Estaba firmado por la inicial «I» y la fecha coincidía exactamente con la del día en que se encontró el cadáver de Jacobo.

Ya todo eran coches que me seguían, telescopios tierra-tierra que vigilaban mi casa desde cientos de ventanas. Fui a casa de Jacobo y me traje su hacha y su bate de béisbol para tenerlos escondidos bien a mano, justo al lado de la puerta de entrada. Intentaba permanecer despierto, con las luces apagadas, me hacía cafeteras casi a oscuras y pasaba las horas escudriñándolo todo, los ruidos tras los tabiques, la raya de luz bajo la puerta. Una tarde me pareció que construían en el piso de al lado el cadalso de una horca destinada a mí, oía clavar los clavos, izar los maderos.

Quise llamar a un amigo para que me hiciese compañía, pero estaba muerto. Fuera de Nadia, no se me ocurría a quién recurrir. La telefoneé y me dijo que estaba muy alterado, que me estaba volviendo loco de verdad y que lo mejor que podía hacer era tomarme algún calmante fuerte y meterme en la cama. Que ya vería como a la luz del día volvía a verlo todo de otra manera. Tuve que sollozar al teléfono para convencerla de que cogiera un taxi y se presentara en casa para ayudarme a pasar lo que parecía un trago terrible. Y esa noche la maté. Sus piernas me parecieron más bellas que nunca agitándose en el aire, retorciéndose de todas las maneras mientras la asfixiaba con la almohada hasta el final. Antes de que la abandonase el último hilo de vida le rogué que me amase, a oscuras, desde cualquier pozo en que su alma cayera. Por supuesto, nunca me habría considerado capaz de hacer una cosa así, dudé muy en serio acerca de poder conseguirlo, tuve que convocar al piel roja que a veces siento dentro, pensé en corderos blancos, pensé en una catedral llena de mujeres y candelabros encendidos. No es nada fácil matar a un ser humano pero hay ocasiones en que no queda más remedio que echarle un poco de valor al asunto, e intentarlo con fe. Y, como dicen por esta tierra, cortando cojones se aprende a capar.

(Final)

Vendrán un día los investigadores y sabrán lo que yo supe. Sabrán que Nadia no era inocente y que tampoco vivía realmente en un apartamento en el que era todo blanco. Encontrarán quizá más tarjetas de otros ramos de flores anteriores, podridos ya, desintegrados por los vertederos del mundo. Y en esas palabras verán las señales de un juego de amor. Vendrán un día los investigadores y sabrán como yo supe que Nadia pasaba la mayoría de las noches con su marido en un chalet de Montecanal del que se escapa a menudo para redimir a los hombres, para acariciar los sesos que tiemblan de terror. Y sabrán que sabía que era seguida, de noche y de día, y que unos cuantos sicarios partían las piernas a sus amantes o les hacían cicatrices en el rostro. Averiguarán que un día, en casa de Jacobo, encontraron resistencia y se les fue la mano. Nadie esperaba toparse, en la oscuridad del pasillo, en mitad de la noche, con un loco que se defiende blandiendo un hacha enorme con las dos manos. Registrarán su pisito de esposa consentida, el escondrijo de sus travesuras, los cojines a juego con los estores. Leerán los informes que los mercenarios elaboraban para que los leyese el marido sentado en su despacho: lo que el ojo ve detrás de las cortinas semitransparentes, las posturas obscenas de un par de siluetas, fotografías desenfocadas tomadas con teleobjetivo desde la terraza de enfrente, grabaciones de jadeos tras las puertas, llenas de interferencias pero no las suficientes como para que no puedan apreciarse, aguzando el oído, los ecos de una pasión para él ya olvidada que no podría hacer revivir de otro modo, sin la amenaza de un filo y el acoso de la sangre temblando invisible en el aire desde el primer momento.

Llegarán un día los investigadores y sabrán que su marido la amaba. Y que se masturbaba revisando los informes, mirando esas manchas negras copular tras los visillos, sombras de carne devorándose. Y que se jugaba la cárcel por ella, la ruina, la vida entera, sólo para que ella viera hasta dónde, hasta qué punto. Esgrimía su locura como prueba de amor y la compensaba luego con flores y con joyas cada vez que le rompía un nuevo juguete: he aquí mi amor sobrehumano, mis ojos desorbitados, mis manos sucias por ti. Vendrán los investigadores y no les costará trabajo saber lo oscuramente que se complacía Nadia, a pesar de sí misma y de sus momentos de dudas y de rabia, con ese juego que por nada del mundo se nombraba, con esa ofrenda que se le hacía de peligro a raudales, de pura intensidad envuelta en papel de regalo para sus días de hastío.

Llegarán un día los investigadores y meterán la mano en el cajón de sus braguitas y se las llevarán a la nariz cuando nadie los mire, y husmearán las sábanas, leerán cada papel, y aun con todas las pruebas en la mano no querrán reconocer que era una

zorra ni que merecía morir. Se quedarán solamente en que era joven aún, la pobre, y en que deja un hijo adolescente y una bufanda de lana a medio tejer que iba a ser para él. Se agarrarán a eso para seguirme por mar y tierra y cercarme con sus perros.

Mis hijos estarán ahora regresando del instituto, con sus mochilas a la espalda, a esta hora en la que yo escribo a toda prisa escondido en una habitación del Hôtel du Nord, de nuevo, registrado esta vez con el nombre de mi amigo muerto, a pocos metros del cementerio de Montparnasse donde se reencuentran con la nada el dolor de la Duras y los huesos húmeros de un poeta que murió en un jueves de aguacero. Hoy no nieva en París, tampoco arde ningún coche en el extrarradio y la torre Eiffel se yergue como oxidada bajo un cielo que no es de postal.

No volveré a entrar en mi casa. Hay una dama lívida descomponiéndose sobre mi cama, pienso en sus piernas verdosas abiertas de par en par y en el vestido granate que llevaba puesto. La encontrarán allí los investigadores cuando los vecinos empiecen a quejarse del olor, o bien alguno de los sicarios, si es que la siguieron esa última vez, tire la puerta abajo ante su tardanza. Llegarán a mi casa los investigadores, revolverán mis cosas tal como yo estuve haciendo los últimos meses. Mirarán lo mismo, verán otras cosas. No sabrán ni qué buscan entre tantos libros y recortes y fotos y papeles. Tirarán todo al suelo y lo pisarán después. Rebuscarán en la basura, en el botiquín, meterán sus manazas por todas partes.

Vendrán un día los investigadores y quizás alguno de ellos, en algún momento, quiera saber de verdad. Y puede que se siente en mi sillón orejero de piel envejecida a leer las notas que escribí sobre Celan, la acuarela que le encargué a Jacobo del poeta de Czernowitz cayendo al Sena en la madrugada junto con otras estampas de mi colección de caídos del cielo, Dorothy Hale, en versión de Frida Kahlo, reventada en el asfalto junto a la Casa Hampshire, Evelyn McHale acariciándose el collar y a la vez inmóvil, muerta sobre el techo hundido de una limusina aparcada bajo el Empire State; quizá descubra mi amor por todos los precipitados, los que saltan y los que caen, Hart Crane, Virginia Woolf, Primo Levi, tantos otros que volaron en la noche más negra, gente que se tira al mar, al río, por el hueco de la escalera. Se sorprenderá ante tantas fotos de Auschwitz y de mujeres atadas, de mataderos de hombres y de reses.

Vendrán un día los investigadores y sabrán que mi vida ha sido nada. Verán que me he ido y mis cosas continúan flotando en la densidad del miedo. Se darán cuenta de que muchos de los libros están sin leer. Y de que nunca vino esa muchacha con gabardina y el pelo recogido a curiosear las estanterías. Que no vino nadie, y por tanto esa mujer no fue, como yo hubiera soñado, la francesa que caminaba descalza bajo la lluvia con sus zapatos en la mano. Deducirán que pretendí alejarme de todo pero no acerté a encontrar las puertas de una catedral vacía en la que estaba encerrado. Conocerán que me agoté de gritar para escuchar como respuesta sólo mi propio eco bajo las cúpulas. Sabrán que me venció el cansancio, sabrán que no supe qué hacer con todo mi terror y también que necesité la muerte de mi amigo para

poder contemplarme por primera vez. Vendrán un día los investigadores y sabrán de esta oscuridad, de cómo se me enreda en las grietas del cerebro el deseo y la sangre, la seda y los puñales. Y verán que quise amar y no supe cómo, y que lloré por eso, y que paseé sin rumbo kilómetros y kilómetros las tardes de mi vida sin encontrar nada porque nada había en las calles ni en los libros ni entre los árboles que no manchara el miedo que segregaban mis sesos.

Llegarán los investigadores y sabrán que una noche recorrí de lado a lado varias veces el puente de Mirabeau, descalzo, creo que bello, sin saber qué hacer, sin saber si seré hallado en un meandro del Sena camino de El Havre, enredado entre los juncos de la orilla, o sentado en la cama de una habitación de hotel con toda la vida en marcha, la televisión encendida, mi propio llanto, la mala luz.

Cabo de Gata, agosto de 2012